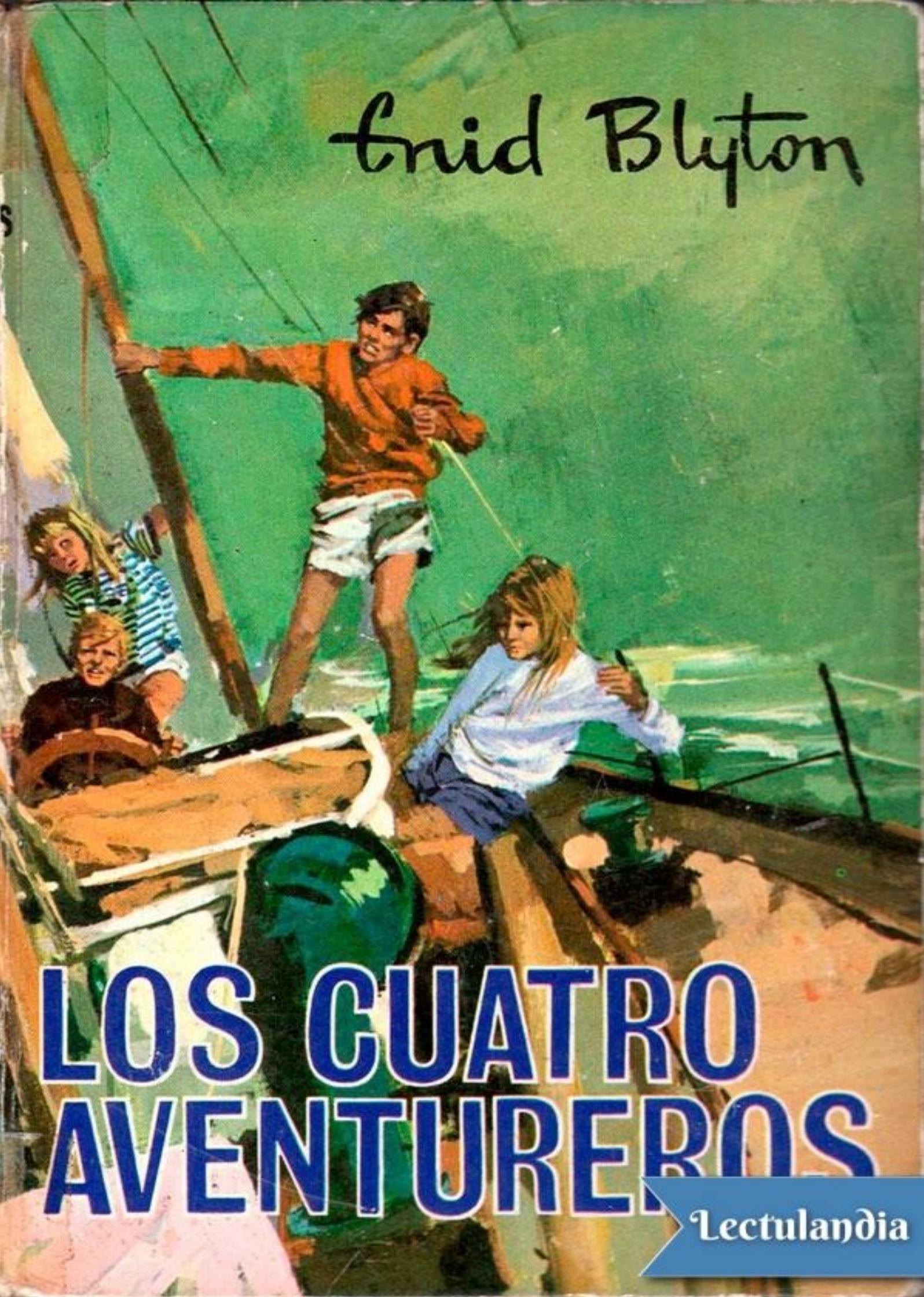


Erid Blyton

An illustration of four children on the deck of a boat. A boy in an orange sweater and white shorts stands in the center, holding a rope. To his left, a girl in a blue and white striped shirt is leaning over the side. In the foreground, a boy in a dark jacket is at the helm. To the right, a girl in a white shirt and blue skirt is sitting on the deck. The background is a greenish sea under a green sky.

**LOS CUATRO  
AVENTUREROS**

Lectulandia

Mientras Europa está en guerra, en un pueblecito pesquero de Escocia, vive Andy, un niño de 14 años pescador y experto marinero que se ha hecho amigo de tres hermanos que están de vacaciones, Tom y sus hermanas, las gemelas Mary y Jill. Los cuatro deciden salir de excursión a la Pequeña Isla con el velero del padre de Andy. Será el comienzo de una serie de aventuras que empezarán con un naufragio y un terrible misterio oculto en las islas.

**Lectulandia**

Enid Blyton

# **Los cuatro aventureros**

**Cuatro Aventureros - 01**

ePub r1.1

Gand 08.09.14

Título original: *The adventurous four*

Enid Blyton, 1941

Traducción: C. Peraire del Molino

Ilustraciones: E.H. Davie

Editor digital: Gand

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Capítulo I

## Empiezan las aventuras

Tres niños corrían por un camino rocoso hacia la playa. Tom iba delante. Era un niño delgado, de doce años, y sus cabellos rojos resplandecían al sol. Volvióse a mirar a las dos niñas que le seguían con sus ojos verdes y brillantes.

—¿Necesitáis ayuda alguna de los dos?

Mary y Jill rieron con sorna.

—No seas tonto, Tom —le dijo Mary—. Somos tan hábiles como tú corriendo por las rocas.

Las niñas eran gemelas y se parecían mucho con sus cabellos rubios peinados en trenzas, y sus profundos ojos azules. A menudo se reían de su hermano Tom, y le decían que debería llamarse Zanahoria, Pelirrojo o Mermelada por el color rojo de sus cabellos.

Estaban de vacaciones en un pequeño pueblecito pesquero de la costa noroeste de Escocia. Su padre pertenecía a las Fuerzas Aéreas, y su madre estaba con ellos, tejiendo punto todo el día en el jardín de la casita blanca que habitaban.

Los tres pequeños, que disfrutaban a su antojo, estaban tan morenos como los moros. Por lo general no llevaban otra cosa que el traje de baño y zapatillas de goma, y pasaban la mayor parte de su tiempo en el mar.

Al principio su madre tuvo miedo de las grandes olas que rompían en la playa, porque pensaba que arrojarían a sus tres pequeños contra la arena, haciéndoles daño si trataban de bañarse en aquel mar tan violento. Pero pronto aprendieron a nadar por debajo de las crestas de las grandes olas y llegar hasta agua más en calma y alejada de la playa.

Tenían un gran amigo... Andy, el niño pescador. Era un muchacho robusto de catorce años, que acababa de salir del colegio y ayudaba a su padre en las tareas de la pesca. Andy tenía los cabellos oscuros, los ojos azules y estaba muy tostado por el sol. Conocía todo lo referente al mar, los botes y la pesca. Era capaz de imitar a cualquier ave marina y hacer que las gaviotas acudieran con sólo llamarlas.

—Andy es maravilloso —decían Mary y Jill una docena de veces al día... y Tom estaba de acuerdo. Cada día los niños iban a charlar con su amigo, y observarle mientras recogía el pescado, lo limpiaba y lo embalaba para ser transportado.

Andy era alto y moreno. Vestía unos pantalones azules muy usados y un jersey azul oscuro. Apreciaba muchísimo a los niños y les llevaba a menudo en su pequeño bote; les había enseñado a nadar como peces, a remar y a trepar por el rocoso acantilado como gatos. ¡La verdad es que a su madre se le hubiesen vuelto blancos

los cabellos de haber visto las cosas que algunas veces intentaban hacer los tres niños!

Andy, sentado en un costado de su bote, sonrió a los tres niños que se aproximaban corriendo por las rocas. Sus dientes blancos resplandecían en su rostro tostado y sus ojos destacaban tan azules como el mar. Estaba remendando una red.



—Deja que te ayude, Andy —dijo Mary, levantando la red rota. Sus dedos eran hábiles y trabajó con Andy mientras los demás se tumbaban sobre la arena caliente.

—Andy, ¿le has preguntado a tu padre lo que queremos que haga? —le dijo Tom.

—Sí, lo hice —replicó Andy—. Dijo que sí... si trabajo de firme toda la semana.

—¡Andy! ¡Qué estupendo! —exclamó Jill, excitada—. ¡Jamás pensé que te lo permitiera!

—¿Quieres decir que tu padre está dispuesto a dejarte su velero para que nos lleves a la Pequeña Isla? —preguntó Mary sin poder dar crédito a sus oídos—. No creí que fuera a decirte que sí.

—Yo también me quedé bastante sorprendido —repuso Andy—. Pero sabe que sé manejar el bote tan bien como él. Nos llevaremos mucha comida, y el viernes nos iremos a la Pequeña Isla. Podemos pasar allí dos días y una noche, dice mi padre... y yo os enseñaré dónde están los nidos de los pájaros más raros... y la cueva con las piedras amarillas... y el acantilado donde se posan y cantan un millón de pájaros.

—¡Oh, será estupendo! —exclamó Tom, sentándose y abrazando sus rodillas—. Y nosotros solos. Sin personas mayores. Una isla pequeña lejos de aquí, hacia el este... y nadie más que nosotros. Demasiado bueno para ser verdad.

Con gran excitación, los niños fueron trazando sus planes.

—Llevemos mucha comida —dijo Tom, que siempre tenía apetito—. No sé por

qué, pero cuando salgo al mar me parece que podría estar comiendo continuamente.

—A mí me ocurre lo mismo —agregó Mary—. Es terrible. Nunca tuve tanto apetito en mi vida como desde que vine aquí.

—Bueno, llevaremos montones de comida —dijo Tom—. Y yo llevaré mis prismáticos para poder ver bien los pájaros.

—Y vosotros traed ropa de abrigo y mantas —agregó Andy.

—¡Oh, Andy! ¡No vamos a necesitarlas! —exclamó Jill—. Este mes de septiembre es casi el más caluroso que he conocido.

—Pronto terminará —repuso Andy—. Y si comienza a hacer frío cuando estemos en el bote, no va a gustaros.

—De acuerdo —replicó Tom—. Llevaremos todo lo que podamos cargar. Oye... ¿qué te parece si llevamos el gramófono? La música suena muy bien sobre el agua.

Andy era aficionado a la música y por eso asintió. El bote era bastante grande, e incluso tenía una pequeña cabina donde sentarse, con una mesita diminuta, un taburete, un banco y una linterna. No era posible permanecer en pie, pero eso no importaba. Los tres niños se habían acurrucado allí con mucha frecuencia mientras Andy dirigía el bote por la bahía.

Siempre habían deseado visitar la isla de la que tanto les hablaba Tom... una isla de pájaros, un extraño lugar rocoso con una cueva curiosa donde la mayoría de las piedras eran amarillas. Mas estaba tan lejos de la costa que no era posible visitarla en un día.

¡Y ahora tenían permiso para ir en el velero perteneciente al padre de Andy y pasar allí la noche! Iba a ser la mayor aventura de sus vidas.

El jueves los niños se agotaron transportando alimentos, mantas y otras cosas hasta el velero. Andy contempló con asombro la cantidad de comida.

—¿Es que deseáis alimentar a un ejército? —preguntó—. Seis latas de sopa... seis latas de fruta... latas de lengua... chocolate... leche condensada... galletas... cacao... azúcar... ¿y qué es esto?

—Oh... eso son salchichas en conserva —repuso Tom, poniéndose bastante sonrojado—. La señorita Macpherson, de la tienda del pueblo, dijo que eran buenísimas... por eso compré algunas. Imagínate guisando salchichas en la Pequeña Isla, Andy.

—A Tom le vuelven loco las salchichas —comentó Jill—. Le gustan para desayunar, para comer, para merendar y para cenar. Oye... ¿tendremos bastante con estas mantas, Andy?

—Sí —repuso Andy, contemplando la curiosa colección de mantas viejas que Jill había conseguido reunir—. Ahora acordaros de llevar todos ropa de abrigo... faldas y jerseys, vosotras... y pantalón corto y un jersey para ti, Tom. ¿No tienes pantalones largos, verdad?

—No —replicó Tom con pesar—. Y supongo que tu padre no me dejaría unos, ¿verdad, Andy?

—Sólo tiene los que lleva, y los de las fiestas —contestó Andy—. Y yo nada más tengo estos que ves. ¿Vas a traer ahora el gramófono? Si quieres podemos ponerlo en la cabina para que esté a salvo.

Tom fue a buscarlo y no tardó en llevarlo al bote con un paquete de discos. También llevó una lata de caramelos y una máquina fotográfica.

—Me gustaría tomar algunas fotos de los pájaros —observó—. En nuestro colegio tenemos un club-pájaro, y me imagino que si pudiera lograr algunas fotografías les ganaría a todos. ¡Caramba! ¿Verdad que vamos a tener buen tiempo?

—¿A qué hora partiremos, Andy? —preguntó Jill, contemplando con argüí lo el hermoso pesquero que iba a llevarles a su aventura. Ahora su vela castaña estaba recogida... pero mañana ondearía en la brisa llevando el velero kilómetros y kilómetros sobre el mar verdeazul.

—Estad aquí a las seis y media —les dijo Andy—. Así creo que podremos llegar a la isla sobre las tres de la tarde.

Aquella noche los tres niños apenas pudieron dormir. Mary y Jill no cesaban de llamar a Tom, y al fin su madre fue a verles muy enojada.

—Ahora, si oigo un grito más, no permitiré que os marchéis mañana —les dijo—. Tenéis que levantaros a las seis... y ya son casi las nueve y media. A dormir.

Los niños tenían tonto miedo de que su madre les prohibiera realmente ir a la Pequeña Isla que no dijeron ni una palabra más. Dieron media vuelta y se quedaron dormidos.

A las seis los tres se estaban vistiendo apresuradamente. Hacía un día espléndido. El cielo del este resplandecía entre tonalidades rojas al amanecer y ahora era rosa y oro. El sol ya calentaba sus rostros cuando se asomaron a la ventana de la casa.

Su madre estaba despierta, y los niños le dieron un beso de despedida y corrieron hacia la playa por el camino rocoso. Andy ya estaba allí... pero ante la sorpresa de los niños, parecía preocupado.

—Estoy pensando que no deberíamos ir —dijo en cuanto vio a los niños.

—¡Andy! ¿Qué quieres decir? —exclamaron.





—¿Tal vez no visteis el cielo esta mañana? —les dijo Andy—. Estaba tan rojo como el geranio de vuestra ventana. Era un cielo muy extraño... y creo que habrá tormenta hoy o mañana.

—Oh, no seas aguafiestas, Andy —le dijo Tom, subiendo al bote—. ¿Y qué importa una tormenta? Estaremos en la isla antes de que estalle... y si llega mañana podemos quedarnos un día más en la isla. Tenemos comida suficiente.

—Si mi padre no se hubiera ido a pescar en el barco de mi tío creo que impediría que nos fuésemos —dijo Andy, vacilando—. Pero tal vez la tormenta estalle hacia el este. Adelante, entonces. Celebro ver que os habéis puesto jerseys. Si se levanta viento, esta noche hará frío.

—Debajo llevo el traje de baño —observó Jill—. Y mis hermanos también. Vamos, Andy... empuja. ¡Estoy deseando partir!

Andy empujó. El bote resbaló sobre las piedras hasta montar sobre las olas. Andy subió con agilidad. Él y Tom cogieron los remos. No pensaban izar la vela hasta salir de la bahía y hallarse en mar abierto.

Era una mañana espléndida. El mar estaba lleno de destellos y su color era azul y púrpura en la distancia, y verde claro Junto al bote. Mary hundió su mano en el agua fría. Se sentía muy feliz. Jill también. Se había tendido de espaldas sobre el bote mirando al cielo azul y sintiendo el balanceo del velero sobre las olas.

Tom también era muy feliz. Le gustaba manejar los remos, y disfrutaba pensando en su desayuno, planeando lo que iba a comer.

Sólo Andy no era tan dichoso. Sentía en su fuero interno que no debiera haber partido con los niños aquella mañana. Estaba seguro de que no iba a ser el día maravilloso que había planeado. Deseaba que su padre estuviera allí para aconsejarle

y observaba atentamente el cielo en busca de nubes. Mas no se veía ninguna.

—Ahora sí que ha empezado realmente nuestra aventura —dijo Jill—. ¡Ya ha empezado!

¡Pero no sabía qué aventura tan extraordinaria iba a ser!

## Capítulo II

### Perdidos en la tormenta

En cuanto el bote abandonó la bahía, Andy izó la vela. Era muy bonita, de color castaño como las de todos los otros pesqueros del pueblo. La brisa la fue hinchando y el velero adquirió velocidad. Los niños dejaron los remos.

—Yo dirigiré —dijo Tom, cogiendo el timón. La vela flameaba y rociadas de espuma surgían de la proa del bote. Era precioso.

—Vamos hacia el noroeste —dijo Andy—. ¿Sabes guiarte por el sol, Tom?

—Naturalmente —repuso Tom que había aprendido a saber la hora con un error de media hora a lo sumo por la posición del sol—. ¿Voy bien, verdad, Andy? Y yo diría que son casi las siete y media por el sol.

—Son las siete y media —intervino Jill, consultando su reloj. Y agregó algo en voz baja al oído de Mary, que se puso a reír.

—¿De qué te ríes? —quiso saber Tom.

—Te lo diré dentro de un minuto —replicó Jill. El bote volaba sobre el agua verde, y la espuma que levantaba del mar caía sobre los niños como una ducha fría y plateada.

—¡Cielos! —exclamó Tom al cabo de un minuto—. Tengo apetito. ¿A qué hora vamos a desayunarnos?

Las gemelas estallaron en un torrente de carcajadas.

—¡Eso es lo que acabo de decir a Mary hace sólo un minuto! —exclamó Jill—. Le dije: «Adivino que la próxima cosa que va a decir Tom es que tiene hambre y qué hay del desayuno». Y vaya si lo has dicho.

Tom rió.

—Bueno, me figuro que vosotras sentiréis lo mismo —dijo—. Bajad a la cabina y ved lo que preparáis para el desayuno. Andy y yo estamos ocupados.

Las niñas bajaron a la diminuta cabina que estaba abarrotada de comida y otras cosas.

—¿Qué vamos a desayunar? —preguntó Jill—. ¿Qué te parecen estos pastelillos de piña... y estos huevos duros que la señora Andrews nos preparó anoche... y un poco de leche condensada... y chocolate?

Era un desayuno bastante peculiar, pero los cuatro niños lo encontraron estupendo. Llevaban tres barras de pan, mantequilla con la que untaron las rebanadas de pan, y cogiendo un huevo duro en la mano, mordían primero el huevo y luego el pan. Jill puso un papel con sal sobre cubierta para ir sazonando los huevos.

—¡Tonta! —le dijo Tom cuando el viento se llevó el papel con la sal—. ¡Como si

el mar no tuviera bastante sal! ¿No hay más?

Quedaba un poco en una lata y como ésta no se la llevó el viento, tuvieron suficiente. Había un barril de agua fresca y todos bebieron un vaso.

—Ha sido un desayuno estupendo —observó Tom—. Podría repetirlo ahora mismo.

—Voy a quitarme la falda y el jersey —exclamó Jill—. ¡Me estoy asando!

—Yo también —agregó Mary. Los niños también tenían calor, ya que ahora el sol calentaba de firme. Tom se quitó el jersey, pero Andy no. Siempre lo llevaba puesto hiciera el tiempo que hiciese.

—Esto es sencillamente maravilloso —exclamó Jill, tendida sobre una manta en la cubierta y sintieron de cuando en cuando las rociadas de espuma en su rostro y brazos calientes—. ¡Me encanta sentir el cabeceo del bote arriba, abajo, y abajo y arriba todo el tiempo! ¿Puedo turnarme contigo y tomar pronto el timón, Tom?



—Todos podéis hacerlo —replicó Tom—. Se experimenta una gran sensación aquí sentado guiando el bote. ¡Cómo se levanta el viento! La vela ondea como las alas de un pájaro.

El velero parecía volar sobre el agua.

—Si seguimos así estaremos en la Pequeña Isla antes de las tres —comentó Andy.

—Tengo tanto calor al sol —dijo Jill. Estaba resguardada y apenas sentía el viento—. Ojalá pudiera ir arrastrada por una cuerda en el agua fría.

La mañana fue transcurriendo. El sol se elevó más y más y a mediodía hacía tanto calor que todos se pusieron los sombreros. El viento seguía soplando con fuerza y azotaba las crestas de las olas mientras el bote seguía volando.

—Son más de las doce —exclamó Tom—. ¿Qué os parece...?

—¡Si comiéramos! —cantaron todos, sabiendo exactamente lo que Tom iba a decir.

—Yo tengo más sed que apetito —observó Jill—. ¿Por qué estás preocupado, Andy?

—Por el extraño color que va tomando el cielo a lo lejos —replicó Andy,

señalando hacia el oeste con la cabeza.

Todos miraron.

—Es un tono cobrizo —observó Tom.

—Se está aproximando una tormenta —dijo Andy, husmeando el aire como un perro—. Puedo olería.

Andy decía siempre que era capaz de oler las tormentas y siempre tenía razón. Los niños miraron hacia el este con aire preocupado.

—¿Llegaremos a la isla antes de que estalle? —preguntó Jill—. Una tormenta es algo que está muy bien para ser leído en un libro... pero la verdad es que no me agradaría encontrarme con una en alta mar.

—Haremos lo que podamos —replicó Andy—. El bote no puede ir más aprisa de lo que va ahora. ¡La vela casi está a punto de reventar!

El mar fue adquiriendo un color extraño... un azul acastañado.

—Es por causa del reflejo de ese cielo extraño —dijo Jill, nerviosa—. ¡Escuchad! Resulta curioso hallarnos aquí en el mar, a kilómetros de distancia de la tierra, mientras el cielo y el mar hacen cosas extrañas como éstas.

Entonces ocurrió otra cosa incluso más extraña. El viento que había estado soplando con tanta fuerza, cesó por completo. Echaba los cabellos de los niños hacia atrás cuando miraban al oeste... y al minuto siguiente no había ni un soplo de brisa. El mar semejaba una balsa de aceite. El pequeño velero dejó de correr a impulsos del viento y quedó silencioso sobre las olas como si estuviera anclado.

—¡Mirad! Es curioso —dijo Tom—. ¡Ahora no hay ni un soplo de brisa! Andy, no llegaremos a la isla si no se levanta viento. ¿Remamos?

—No —repuso Andy con el rostro muy pálido bajo su bronceado—. No, Tom. Tendremos mucho viento dentro de unos minutos... más del que necesitamos. Debemos recoger un poco la vela. El bote volcaría si le dejásemos toda la vela cuando vuelva a levantarse el viento. Va a ser una galerna. La oigo aproximarse.

Se oía un extraño zumbido en el aire sin que al parecer procediese de parte alguna. Luego una enorme nube púrpura surgiendo del oeste cubrió el sol por completo. Todo se oscureció y comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia.

—Ya se acerca —dijo Andy—. Ayúdame a sujetarla vela, Tom. Coge el timón, Jill. Mantenía en la misma posición de antes. Tira, Tom, tira.

Tiraron de la gran vela castaña... pero antes de haber hecho lo que deseaban estalló la tormenta. Un gran trueno sonó tras la nube negra, y un relámpago dividió el cielo en dos.

Y entonces llegó la galerna. Tom y las niñas no habían imaginado jamás que pudiera existir un viento semejante. No conseguían oír sus voces a menos que gritasen. Andy gritó a las niñas:

—Bajad a la cabina, de prisa, cerrad las puertas y quedaros allí.

—Oh, déjanos quedar aquí —exclamó Jill, pero Andy parecía tan severo y dominante que no se atrevieron a desobedecerle. Casi cayeron dentro de la cabina y cerraron la puerta. Afuera, el viento parecía tener voz... una voz que aullaba, gemía, y azotaba al mar levantando enormes olas que ladeaban constantemente al pequeño bote. Las latas de conservas y todas las cosas comenzaron a caer. Las niñas las recogieron poniéndolas donde no pudiesen volver a deslizarse.

El paquete de discos cayó con estrépito.

—¡Qué lástima! —exclamó Jill—. ¡Se han roto todos!



Y sí lo estaban... todos menos uno. Era una pena. Las niñas colocaron con todo cuidado el único disco sano en lugar seguro preguntándose qué dirían los chicos cuando lo supieran. Pero ya no tenía remedio.

Arriba, sobre cubierta, los dos muchachos luchaban contra el viento y el mar. Tom no tuvo tiempo de ponerse su jersey, de manera que sólo llevaba su traje de baño y unos calzones cortos. Temblaba cada vez que una ola le rociaba de espuma y cuando le azotaba el viento.

La cubierta estaba mojada y resbaladiza. Las olas tenían un tinte verde oscuro y el bote las remontaba una tras otra. Arriba, y abajo, arriba y abajo, mientras Andy luchaba con la vela.

—¿Qué es lo que intentas? —le gritó Tom, que estaba al timón.

—Recoger toda la vela —le respondió Andy a voz en grito—. No podemos continuar así. Volcaremos.



Pero no necesitaba preocuparse... ya que de pronto la vela se liberó por sí sola del mástil, flameó alocadamente por un segundo, y luego se alejó por el aire. ¡Había desaparecido! Sólo quedaba un fragmento pequeño que ondeaba furiosamente al viento. El bote aminoró su marcha al punto, ya que no tenía la vela que lo impulsara. Pero incluso el pequeño trozo de vela que quedaba era suficiente para llevarle a buena marcha sobre las olas.

Andy no dijo nada. Sujetó el timón con Tom y ambos muchachos hicieron frente a la tormenta. Los truenos estremecían los cielos, y los relámpagos iluminaban la vasta extensión del mar azul gris. Caía la lluvia de cuando en cuando y los niños inclinaban la cabeza y cerraban los ojos para evitarlo. El viento y la espuma les azotaban. ¡Si esto era una aventura ya duraba demasiado!

—¿Tú crees que no nos ocurrirá nada, Andy? —gritó Tom—. ¿Estamos cerca de la isla?

—¡Creo que la hemos pasado! —replicó Andy—. A la velocidad que hemos ido ya debíamos estar allí. ¡Dios sabe dónde estamos!

Tom miró a Andy en silencio. ¡Habían pasado la isla! ¡Tras ellos estaba la tormenta! ¡Sin vela! ¿Qué iban a hacer?

## Capítulo III

### ¡Naufragio!

Durante mucho tiempo el bote siguió adelante con su pedazo de vela flameante al viento. Tom pensó que la vela debía haber alcanzado ya la gran nube negra que seguía cubriendo el cielo, ya que el viento era tan fuerte.

—Yo creo que este viento es casi un huracán, ¿verdad? —le gritó Tom.

—Bastante parecido —fue la respuesta de Andy—. Pero ahora está amainando.

Y en efecto era así. De cuando en cuando había un momento de calma durante el cual el viento se convertía en una brisa exagerada. Luego volvía a soplar con furia. Los truenos no retumbaban sobre sus cabezas, sino más plegados y hacia el este. Los relámpagos brillaban de cuando en cuando, pero no iluminaban el mar con la brillantez y furia de dos o tres horas atrás.

Luego, tan repentinamente como había venido, la tormenta desapareció. Era de lo más sorprendente. Una sábana del cielo azul brillante fue apareciendo por el oeste y haciéndose mayor a medida que la gran nube volaba hacia el este. El mundo volvió a iluminarse y cesó la lluvia. El viento se convirtió en brisa y el bote ya no parecía subir y bajar empinadas colinas.

Se abrió la puerta de la cabina y dos caras amarillentas les miraron con aire triste.

—Nos hemos mareado de mala manera ahí abajo —comentó Jill—. Ha sido terrible.



—¡Qué tormenta más espantosa! —dijo Mary—. ¿Estamos cerca de la isla?

—Dice Andy que la hemos pasado —repuso Tom, pesimista—. No sabemos dónde estamos.

—¡Cielos! ¡Mirad, la vela ha desaparecido! —exclamó Mary, sorprendida—. ¿Qué utilizaremos como vela?

—Hay una vieja en la cabina —replicó Andy—. Id a buscarla, ¿queréis?... y veré si puedo hacer algo con ella.

El sol había vuelto a brillar y calentaba de firme. El pobre Tom, que estaba calado hasta los huesos, lo agradeció. Se quitó su traje de baño mojado y se puso el jersey. ¡Ah, así estaba mejor!

Andy no parecía notar ni el frío ni la humedad. Tomando la vela vieja la estuvo observando con atención, y decidió que podría arriarla con la ayuda de Tom. Necesitaban una vela fuera como fuese para llegar a alguna parte.

—Oí decir a mi padre que hay algunas islas rocosas algo más al norte de la Pequeña Isla —dijo Andy mientras su empapado jersey humeaba bajo el ardiente sol—. Iremos hacia allí. Tal vez haya alguien allí o puede que podamos hacer señales a algún barco para que nos ayude. No creo que en este momento podamos regresar a nuestras casas con facilidad.

Por fin la vieja vela ondeó a impulsos de la brisa. Andy puso rumbo norte. Eran ya casi las cinco, y los niños estaban hambrientos.

Jill y Mary habían olvidado su mareo y fueron abajo en busca de algo de comer. Pronto estuvieron todos alimentándose con buen apetito y sintiéndose mucho mejor. Se bebieron todo el agua que quedaba antes de que Andy supiera que no había más.

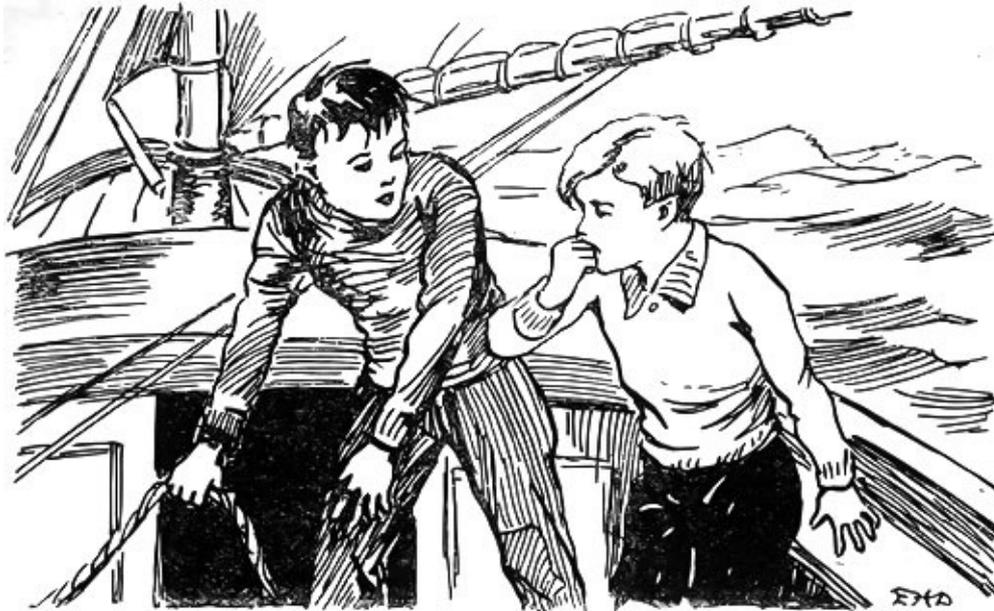
—No debiéramos haberlo hecho —les dijo—. Si no damos con esas islas, mañana no tendremos agua. Deja esas manzanas, Mary. Por la mañana puede que agradezcamos su jugo.

Mary estaba a punto de morder una jugosa manzana, mas se apresuró a dejarla. En silencio, ella y Jill guardaron las manzanas cuidadosamente en la cabina. Las dos niñas estaban preocupadas. ¿Qué estaría pensando su madre al ver que se desencadenaba aquella tormenta? Deseaban encontrarse a salvo en sus casas.

El bote avanzaba en dirección norte. El sol se fue ocultando por el oeste y la sombra púrpura del bote se alargaba sobre el agua. Era una tarde preciosa.

—¡Mirad! ¡Gaviotas! —exclamó Andy al fin—. Tal vez nos estemos aproximando a tierra. Aunque no la veo. Creo que lo mejor será echar el ancla para pasar la noche.

Y entonces los niños se llevaron un gran chasco. ¡No tenían ancla! Andy estaba horrorizado. ¿Cómo era posible que hubiese olvidado lo que su padre le advirtiera... que llevase el ancla vieja porque la suya la había prestado al tío Andy? ¿Cómo «pudo» olvidarse? Ahora no podían anclar el bote. ¡Ahora tendrían que seguir navegando hasta llegar a tierra... y durante la noche podrían chocar contra una roca!



Andy contempló con desaliento el mar incansable. Bueno, no les quedaba otro remedio que esperar lo mejor. Uno de ellos debería estar siempre de guardia durante la noche. Si el cielo no se nublaba sería una noche de luna. Tal vez tuviesen suerte y vieran tierra.

Jill y Mary estaban agotadas, y Andy les ordenó que bajaran a descansar.

—Será mejor que vayas tú también, Tom —le dijo—. Esta noche tendrás que hacer un turno de guardia sobre cubierta y será mejor que duermas mientras puedas.

—Pero yo no quiero dormir —replicó Tom—. Podré permanecer despierto toda la noche.

—Ve abajo, Tom —insistió Andy con aquel tono de voz que les obligaba a obedecerle. Tom bajó a la cabina con las niñas. Dejaron la puerta abierta porque hacía calor. Las niñas se tendieron en la litera y Tom se acurrucó en el suelo sobre un montón de mantas. A los dos minutos estaba dormido. No sabía lo cansado que estaba. El viento, la lluvia y el mar se habían llevado toda su fortaleza por un tiempo.

Andy quedó solo en cubierta. El sol se había puesto entre resplandores dorados. El cielo se tornó rosado y el mar también. Ahora era de noche y las primeras estrellas comenzaron a brillar en el cielo que se iba oscureciendo.

El pequeño bote avanzaba y avanzaba. Andy deseaba con desesperación que pronto tuvieran tierra a la vista. Recordaba claramente lo que su padre dijera. A la derecha, y más allá de la Pequeña Isla, hacia el norte había otras islas, ahora desiertas, pero que en un tiempo fueron ocupadas por algunos colonos que trataron de vivir a costa de trabajar duramente aquel suelo rocoso. ¡Si allí pudieran conseguir ayuda!

La noche cayó oscureciendo las aguas. La luna apareció en el cielo, pero las nubes ocultaban continuamente su luz. Primero el mar parecía plata resplandeciente, luego negra pez, y de nuevo plata. Andy deseaba poder ver algo más que mar, pero no había otra cosa.

El muchacho permaneció en cubierta hasta medianoche. El viento de la noche le hizo cubrirse los hombros con una manta, aunque en realidad no sentía frío. Al cabo de un rato llamó a Tom con un silbido.

Tom se despertó.

—Ya voy —dijo con voz somnolienta, y subió a cubierta. Estremeciéndose y Andy le echó la manta por encima.

—Mantén la misma ruta —le dijo—. Si ves algo, llámame.

Resultaba extraño permanecer solo en cubierta. La vela vieja flameaba y crujía un poco. El agua hacía «plas, plas, plas» contra los costados del bote. La luna salió de entre las nubes como si fuera un bote de plata navegando por el cielo.

Llegó una gran masa de nubes y la luna desapareció por completo. Tom no veía nada en absoluto. Aguzó la vista para escudriñar la oscuridad, pero aparte de las crestas blancas de las olas cercanas, no pudo ver nada.

Pero sí pudo oír algo de pronto. Parecían olas rompiendo. Tom deseaba que saliera la luna... y mientras lo anhelaba se deslizó de entre las nubes por un segundo, antes de volver a desaparecer.

Y en ese corto espacio de tiempo Tom vio algo que le llenó de sobresalto. ¡El mar rompía contra grandes rocas precisamente delante del bote!

—¡Andy! ¡Andy! —gritó Tom, girando el timón—. ¡Hay rocas ante nosotros!



Andy subió los escalones dando tumbos, completamente despierto. Oyó el romper de las olas y supo en seguida que las rocas se hallaban ante ellos. Tomó el timón.

Y entonces se oyó un ruido chirriante y un largo gemido del bote. ¡Había encallado! Se había lanzado directamente contra las rocas... y allí estaba sobre ellas, gimiendo, medio volcado, y tal era su inclinación que las niñas fueron lanzadas de la litera en la cabina.

—¡Agárrate, Tom! —gritó Andy sujetándole al ver que Tom estaba a punto de caer por la borda—. ¡Agárrate! ¡Está encallado!

El bote embarrancó. Al parecer se hallaba entre dos rocas que lo sujetaban fuertemente en toda su extensión. Las olas rompían a un lado de su cubierta.

Por espacio de unos instantes los niños apenas se atrevieron a respirar... y por fin habló Andy:

—Está encallado —dijo—. Es posible que tenga un agujero en el fondo, pero no se hundirá mientras está así sujeto. Debemos esperar a que amanezca.

De manera que aguardaron, agarrándose con dificultad a los costados del barco inclinado. La aurora no estaba lejana y fue iluminando el cielo por la parte este mientras aguardaban. La luz se fue haciendo más fuerte, y luego un borde dorado apareció en el horizonte. El sol iba a salir.

Y a la luz dorada del sol naciente vieron algo, no lejos de ellos, que les hizo gritar de alegría.

—¡Tierra! —gritaron, y hubiesen bailado de contento de no haber estado la cubierta tan inclinada. ¡Y cierto que ante ellos había tierra!

Una playa arenosa se extendía hasta un acantilado rocoso. Árboles raquíticos crecían más al interior de la isla dorada por el sol naciente. ¡Era una isla desolada, rocosa y solitaria... pero por lo menos era tierra! Un lugar donde poder encender fuego y hervir agua para calentarse. Un lugar donde tal vez otras personas pudieran prestarles ayuda.



—Tendremos que ir nadando —dijo Andy—. No está muy lejos. Una vez

hayamos sorteado estas rocas todo irá bien. En realidad, ahora que la marea ha bajado un poco, casi podríamos andar sobre las rocas hasta el agua menos profunda de la playa.

Andy alargó su mano para ayudar a Mary. Tom ayudó a Jill. Medio vadeando medio nadando, se fueron abriendo camino entre las rocas y llegaron a la playa. El sol tenía ya fortaleza y calentaba sus cuerpos ateridos. ¡Qué contentos estaban de haber seguido el consejo de Andy y haberse puesto ropa de abrigo!

—Bueno —dijo Andy cuando llegaron a la playa—. Treparemos a esos acantilados para ver si podemos distinguir alguna cosa.

Subieron a los rocosos acantilados, y una vez arriba miraron a su alrededor. Un bosquecillo raquítrico crecía un poco alejado, sobre la ladera de una colina. Arbustos bajos se retorcían aquí y allí como si quisieran esconderse del fuerte viento que soplaba siempre en la isla. La hierba cubría la tierra rocosa, y florecían algunas margaritas, pero no había ni rastro de casa alguna ni de ningún ser viviente. Andy tomó una determinación rápidamente.

—Si hemos de permanecer aquí algún tiempo, debemos sacar todo lo que tengamos en el bote —dijo—. Gracias a Dios que tenemos bastante comida y algunas mantas. Ahora la marea está baja... cuando suba cubrirá por completo la cubierta de nuestro bote... de manera que hemos de volver allí y llevarnos todo lo que tenga valor. Vamos, Tom. Vosotras podéis quedaros a mitad de camino, en el agua poco profunda, y nosotros os llevaremos las cosas hasta el final de las rocas, y entonces vosotras podéis llevarlas hasta la playa. Será mejor que no ir todos por encima de las rocas exponiéndonos a que se nos caiga algo.

Y así comenzaron a vaciar el bote de todo lo que contenía... alimentos, mantas, el gramófono, la máquina fotográfica, los prismáticos, el taburete, la cafetera, la mesa, las herramientas, las cerillas, la estufa, ¡todo! Les llevó mucho tiempo... y antes de que terminaran, la marea había llegado hasta la cubierta, inundándola, y la cabina estaba llena de agua.

—No podemos hacer más —dijo Andy—. Vamos a descansar... y a comer algo. Estoy muerto de hambre.

## Capítulo IV

### En la isla desconocida

Un grupo de niños de aspecto grave se sentó en la playa para desayunarse. Habían sido valientes durante la tormenta... pero ahora estaban todos muy cansados y bastante asustados. Era extraño pensar que tal vez tuvieran que permanecer mucho tiempo en la isla desconocida antes de ser rescatados... suponiendo que se hallasen en la ruta de los barcos y vapores que recorrían aquellos mares.

Andy se hizo cargo de la situación. Era el mayor y el más sensato, y los otros le respetaban. Era bastante maduro para sus catorce años y contempló el bote naufragado con el ceño fruncido.

—Bueno, estamos en un buen aprieto —exclamó—. Pero lo olvidaremos por el momento para disfrutar del desayuno. Será mejor que primero consumamos todo el pan, porque se estropeará pronto. Comeremos todo lo que pueda estropearse... esa lata de carne que está abierta, Tom, y que comenzamos anoche... el resto de la mantequilla... y esos bollos que nos dio la señora Andrews. ¿Y si tomásemos algo caliente? No es que tenga frío, pero nos hará bien algo caliente. Mirad... he traído las cerillas envueltas en este plástico para que no se mojaran. No podemos encender la estufa hasta que saquemos la lata de aceite del armario del bote... la olvidamos... de manera que será mejor que encendamos fuego en la playa.

Tom y Jill recogieron leña, y pronto estuvo el fuego encendido. Andy subió al acantilado para ver si daba con algún arroyo para llenar la cafetera que habían sacado del bote. Tuvo que andar bastante hasta encontrar un manantial que descendía por la colina distante. Llenó la cafetera y regresó a la playa.

—Bueno... el fuego arde bien —dijo—. Encontré un manantial, de manera que no hemos de preocuparnos por el agua. ¿Dónde está el bote de cacao...?, debemos terminar la lata de leche condensada que abrimos, o se estropeará.

Pronto hirvió la cafetera, y los niños prepararon el cacao. Le agregaron leche condensada, bebiéndolo con fruición. El cacao era bueno. Las gemelas, que tenían frío, reaccionaron en seguida. Sus ropas estaban empapadas y aunque el sol calentaba de firme, estaban ateridas.

Tom bostezó. No estaba acostumbrado a permanecer despierto media noche. Las niñas también estaban cansadas, ya que se habían mareado mucho durante la tormenta.

Andy había tendido las mantas al sol. Las tocó viendo que estaban casi secas.

—Será mejor que nos quitemos la ropa mojada y la colguemos en los arbustos para que se seque —dijo—. Nos envolveremos en esas mantas y nos tenderemos al

sol en ese rincón resguardado, y dormiremos para compensar la mala noche.

De manera que al cabo de tres o cuatro minutos, todo lo que podía verse de los niños eran cuatro paquetes tendidos al sol durmiendo apaciblemente bien resguardados del viento en un cómodo rincón de la playa. Sus ropas húmedas estaban esparcidas sobre los arbustos y ya humeaban bajo el ardiente sol.

Andy se despertó el primero. Al momento recordó dónde estaba y todo lo ocurrido. Se incorporó para contemplar su bote. La marea estaba bajando de nuevo, y el bote tenía un aspecto extraño tan inclinado, y aprisionado entre dos grandes rocas. Andy preguntó qué diría su padre al saber lo ocurrido. Era algo serio perder un bote pesquero.

El sol estaba alto en el cielo. Andy se quitó la manta y fue a ver su ropa colgada en los arbustos. Estaba completamente seca. Se la puso yendo luego a inspeccionar el montón de cosas que habían sacado del bote. Estuvo buscando entre ellas hasta encontrar un hilo para pescar.

En la playa cogió un gusano de arena, lo sujeto al anzuelo, y subiéndose a las rocas donde el agua era profunda a su alrededor, hizo descender el hilo hasta el mar. A los diez minutos había pescado su primer pez y volvía a cebar el anzuelo.

Tom fue el segundo en despertarse, y le asombró oír el mar tan de cerca. Fue recordando todo lo que había ocurrido y se puso en pie de un salto. Despertó a las niñas y se pusieron sus ropas secas. Vieron a Andy que les saludaba con la mano.



—¡Andy nos está procurando la comida! —exclamó Jill—. Supongo que debes tener tanto apetito como de costumbre, Tom...

—¡Podría comerme una ballena! —replicó Tom como si fuera cierto.

Fue divertido guisar pescado sobre el fuego. Olía estupendamente. No quedaba ya pan, así que los niños tuvieron que comer el pescado solo, pero tenían tanto apetito que no les importó.

—Son casi las dos de la tarde —observó Andy, mirando al sol—. Ahora lo primero que hay que hacer es buscar un buen sitio para dormir esta noche. Luego podemos explorar la isla, si tenemos tiempo. La comida que trajimos no va a

durarnos mucho, pero de todas formas siempre podemos pescar... y espero que también encontremos algunas bayas comestibles.

—¡Mirad! —exclamó Tom de pronto señalando el montón de cosas—. Allí hay una gaviota. ¡Nos abrirá las latas... o se comerá nuestro cacao!

Andy dio unas palmadas y la gaviota alzó el vuelo chillando con fuerza.

—Desde luego no podemos dejar nuestros alimentos a la vista —observó Andy—. Las gaviotas se lo comerían en seguida. Mirad... quedan dos o tres peces para la cena... Será mejor que hagamos un hoyo en la arena y los enterremos debajo de unas piedras grandes hasta que los necesitemos. ¡Si los dejamos al descubierto las gaviotas van a darse pronto un buen banquete!

Enterraron el pescado. Andy, puesto en pie, estuvo observando el acantilado.

—Me pregunto si habrá alguna cueva donde poder dormir durante la noche —dijo. Pero al parecer no había ninguna cueva, aunque los niños la estuvieron buscando con suma atención a lo largo del acantilado.

—¿Cómo sabrán que estamos aquí? —preguntó Jill—. Tendríamos que poner alguna señal, ¿no os parece?, algo que indicara a los barcos vapores que pasen cerca, que estamos aquí.

—Sí —repuso Andy—. He estado pensándolo... Quitaré la vela del bote y la ataremos a un árbol en lo alto del acantilado. Ésa será una magnífica señal.

—¡Buena idea! —exclamó Tom—. Ondeará al viento y se verá a muchos kilómetros.

—Antes de eso hemos de buscar donde pasar la noche —dijo Andy—. Ahora parece que quiere volver a llover... ¿veis esa nube de ahí? No me gustaría mucho empaparme mientras duermo. Vamos.

Dejaron la arenosa ensenada y treparon por el acantilado. Fue difícil, pero por fin llegaron arriba, y volvieron a inspeccionar la isla. No podían verla en toda su extensión, porque la colina del centro les impedía hacerlo... de modo que no supieron si era grande o pequeña. Por el momento, todo lo que sabían era que no se veía señal alguna, ni ningún otro ser viviente, ni tampoco casas u otros edificios.



—¡Cómo me gustaría ver un par de vacas! —observó Jill.

—¿Para qué? —exclamó Mary con sorpresa—. No sabía que te gustaran tanto las vacas, Jill.

—Y no me gustan —repuso Jill—. Pero las vacas representarían una granja, tonta... y una granja representa una casa... y una casa representa montones de gente, y ayuda, naturalmente.

Los otros rieron.

—Bueno, esperemos ver una o dos vacas para ti, Jill —dijo Tom—. ¿Qué camino tomamos, Andy?

—Nos dirigiremos a la colina —repuso Andy—. Allí hay helechos y brezos, y tal vez encontremos alguna cueva en la montaña, donde poder dormir. Los helechos y brezos hacen una buena cama, pero además tenemos las mantas para taparnos.

Corrieron a la montaña. Tenía algunos pinos y abedules inclinados por el viento, pero no encontraron ninguna cueva donde resguardarse. Estaba cubierta de espesa maleza consistente principalmente en helechos y brezos, con algunos pocos tojos... pero en realidad no había ningún sitio que les ofreciera un refugio seguro para dormir.

—Bueno, tendremos que levantar una especie de tienda de campaña —dijo Andy al fin—. No pienso mojarme esta noche. Ya me he mojado bastante tiempo.

—¿Una tienda, Andy? —exclamó Tom—. ¿Y de dónde vamos a sacarla? Comprándola en unos almacenes, supongo...

—Voy a traer la vela vieja del bote —explicó Andy—. Podemos utilizarla como señal durante el día, y como tienda de campaña por la noche. Es lo bastante grande para cubrirnos bien a todos.

—¡Andy, «tú» tienes buenas ideas! —exclamó Jill—. A mí nunca se me hubiera ocurrido. Bueno, ¿quieres que vayamos a ayudarte?

—No —replicó Andy—. Vosotros quedaros aquí con Tom y ayudarle a construir

una especie de armazón donde poder ayudar la vela. Necesitaréis algunas ramas fuertes bien clavadas en el suelo. Yo iré a buscar la vela.

Andy regresó de nuevo a la playa y trepó y vadeó hasta el bote. No tardó en regresar con la vela vieja.

Los otros buscaron buenas estacas. Las que encontraron en el suelo eran demasiado delgadas y quebradizas.

—Servirán para encender fuego —dijo Tom—. Tendremos que cortar algunas ramas de los árboles.

Fue difícil, pero por fin lo consiguieron. Entonces clavaron las ramas más robustas en el suelo formando un círculo lo bastante grande para cobijarlos a todos.

Acababan ya, cuando llegó Andy inclinado bajo el peso de la vela. La arrojó al suelo, jadeante.

—Creí que nunca acabaría de subir el acantilado —dijo—. Vaya... habéis preparado unas paredes magníficas. La vela quedará muy bien encima de ellas.

Ocho manos dispuestas ayudaron a colocar la gran vela castaña sobre el círculo de estacas firmemente clavadas en el suelo. El peso de la vela la mantenía baja, y cuando los niños hubieron terminado, habían construido una tienda redonda de color castaño y sin puerta. Pero como los niños podían entrar por cualquier sitio sólo levantando la vela, ¿qué importaba que no tuviese puerta?

—Recogeremos un buen montón de brezos y los pondremos dentro para tendernos —dijo Tom—. ¡Y con nuestras mantas, estaremos tan cómodos y calentitos como tostadas! ¡En realidad puede que tengamos demasiado calor!

—Bueno, si es así, levantaremos un lado de la tienda para dejar que entre la brisa —dijo Jill—. ¡Oh, qué emocionada estoy! ¡Ahora con esta tienda, me parece que tenemos una especie de casa!

—Ahora no tenemos tiempo de explorar la isla —dijo Andy, contemplando con sorpresa el sol poniente—. Hemos tardado mucho en construir la tienda. Veremos la isla mañana.

—¡«Será» divertido! —exclamó Mary—. ¡Quisiera saber qué encontraremos!

## Capítulo V

### Sacando el mejor partido de las cosas

Los niños volvían a tener apetito. Andy pensó que lo mejor era traer todo lo de la playa y dejarlo cerca de su tienda.

—Podemos hacer que nuestra tienda sea una especie de casa —dijo—. No vamos a estar subiendo y bajando ese acantilado rocoso cada vez que necesitemos una taza o una cafetera. Además, aquí estamos cerca del manantial, y podemos conseguir agua siempre que queramos.

De modo que durante la hora siguiente los niños fueron a recoger todas sus pertenencias. Algunas les costó un gran esfuerzo subirlas por el acantilado. El gramófono les resultó casi imposible de transportar, hasta que a Andy se le ocurrió la idea de atarle una cuerda e irle izando poco a poco.

—¡Cielos! ¡Todos los discos se han roto! —exclamó Tom, decepcionado, examinando los fragmentos.

—Sí... se cayeron y se rompieron durante la tormenta —dijo Jill—. Déjalos aquí. Ya no sirven. Sólo hay «uno» que no se ha roto... pero ¿dónde está?

Por fin lo encontraron.

—¡Qué lástima! Es un disco muy tonto... «tenía» que ser el único que no se ha roto —observó Mary—. Por un lado canta una niña una canción de cuna, sin música siquiera... y por la otra cara canciones infantiles. ¡Las más tontas que he oído!

—Oh, bueno... tráelo —dijo Tom—. ¿Y dónde está mi máquina fotográfica? No parece que haya nada interesante que retratar... pero quién sabe...

Cuando lo hubieron llevado todo a la tienda estaban muy cansados. Guisaron el resto del pescado y abrieron una lata de melocotón. Comieron una cada uno, partieron una barra de chocolate en cuatro pedazos y luego bebieron cacao caliente. Fue una buena comida y disfrutaron. El sol acababa de ponerse y comenzaron a brillar las primeras estrellas.

—Bueno, hemos tenido un día de aventuras —comentó Jill, bostezando—. He dormido toda la mañana... pero la verdad es que vuelvo a tener sueño.

—Nos acostaremos temprano —dijo Andy—. Yo también estoy cansado.

—No podemos lavarnos los dientes —exclamó Jill, que estaba siempre pendiente de sus uñas, dientes y cosas por el estilo—. Ojalá tuviera un cepillo de dientes.

—Bueno, aquí tienes uno —le dijo Tom con una sonrisa, entregándole el cepillo que utilizaban para limpiar la cubierta del bote de pescar—. Límpiarte los dientes con éste.

Jill lo cogió en seguida y se puso a cepillar el cabello de Tom, cosa que le

disgustó.

—¡No hagas eso, tonta! —exclamó—. Voy a oler a pescado toda la noche.

—Vamos —ordenó Andy—. Recogeremos más brezos para nuestras camas. Tom, apaga, el fuego. No se vaya a incendiar toda la montaña, los brezos están muy secos.

Tom apagó el fuego, y las niñas llenaron la tienda con más ramas. Andy cogió la manta más grande y la extendió sobre la capa de brezos.

—Las niñas podéis dormir en este lado de la tienda y Tom y yo en el otro —dijo—. Por suerte tenemos muchas mantas.

Ninguno se desnudó. En primer lugar no tenían ropa de noche, y por otro lado ni siquiera se les ocurrió. La vida parecía muy distinta en aquella isla desconocida. Nadie tampoco pensó en lavarse... aunque el cabello de Tom olía tanto a pescado que Andy le amenazó con echarle por encima una cafetera llena de agua.

—Mañana por la mañana me lavaré la cabeza en el manantial —repuso Tom, somnoliento—. Ahora no puedo ir. ¡Me estoy quedando dormido!

Se envolvieron en sus mantas y se tendieron sobre el lecho de ramas. Era muy blando y mullido, y resultaba cómodo después de haber presionado algunos puntos salientes.

Tom se durmió en seguida. Las niñas permanecieron despiertas un par de minutos. Jill tenía mucho calor porque la tienda no tenía ventilación, y con los cuatro dentro quedaba muy caliente, y el techo quedaba sólo a un brazo de distancia de sus cabezas.

—Andy —exclamó Jill en voz baja—. Tengo «tanto» calor. ¿No podríamos dejar que entrase algo de aire?

—Sí —repuso Andy, y alzó un lado de la vela para dejar que entrase la brisa. Era estupendo, porque ahora las niñas podían ver el exterior. La luz de la luna bañaba la montaña y todo estaba claro hasta que las nubes taparon la luna. Mary se quedó dormida contemplando cómo los helechos se mecían al viento. Luego se durmió Jill. Sólo Andy permanecía despierto, apoyado sobre un codo, contemplando la colina y escuchando el rumor de las olas en la distancia, bajo el acantilado.

Era lo bastante maduro para comprender que aquella aventura tal vez no terminase bien, y se preguntaba qué sería lo mejor para todos.

«Desde luego hemos de colocar una señal todos los días —pensó—. Tal vez la vea algún barco. También hemos de buscar otro sitio mejor para vivir, porque si cambia el tiempo, esta tienda no nos servirá de nada. Y quisiera saber también si sería posible sacar el bote de entre las rocas y repararlo. De poder hacerlo, tal vez lográsemos regresar a casa».

Mientras pensaba en todas estas cosas se le fueron cerrando los ojos y pronto estuvo soñando en que había logrado liberar el bote de las rocas, pero que se transformaba en un gran vapor que parecía tener manos y que estaba pescando en un

remanso. Había un olor tan fuerte a pescado que Andy abrió los ojos adormilado... descubriendo que la cabeza de Tom estaba precisamente debajo de su nariz. Andy diose media vuelta, sonriendo.

«¡Qué sueño más tonto!», pensó... y luego, al segundo siguiente, estaba soñando otra vez.

Aquella noche los niños durmieron profundamente, e incluso cuando las nubes se acumularon sobre la luna dejando caer un gran chaparrón, ni se despertaron. Las gotas de lluvia tamborileaban sobre la tienda, pero no mojaron a los pequeños durmientes. Algunas entraron por el lado que Andy dejara levantado para que pasase el aire, pero ellos no notaron nada.

Despertaron cuando el sol estaba ya muy alto... a eso de las ocho de la mañana. Como de costumbre, fue Andy quien se despertó primero, y salió de la tienda con sigilo. Pero ya había despertado a Tom, y cuando éste bostezó ruidosamente, se despertaron también las niñas.

Era una hermosa mañana de sol con algunas nubes que recorrían el cielo como grandes vellones de algodón. Lo primero, claro está, era desayunar... ¡pero había que atraparlo!

De manera que Andy y Tom se fueron a pescar desde las rocas y las niñas consiguieron coger unos veinte langostinos grandes en un remanso de la playa arenosa. Cocinaron su pesca, comiéndola con buen apetito.

—Me siento sucia —observó Jill—. Iré a lavarme al manantial. ¿Vienes, Mary?

—Sí —repuso Mary—. Y voto porque todos nos bañemos hoy. Eso también nos limpiará algo.

Todos se sintieron algo más limpios y aseados después de lavarse en el arroyo. El siguiente trabajo de Tom y Andy fue colocar la señal. Encontraron un buen árbol... por lo menos lo era para su propósito, ya que había sido alcanzado por el rayo en otro tiempo, y ahora se erguía desnudo en lo más alto del acantilado.

Los niños tardaron cerca de una hora en subir al árbol y sujetar la vela-señal. Ondeaba bien a impulsos de la brisa y Andy estaba seguro de que podía verse a mucha distancia. Bajaron del árbol yendo al encuentro de las niñas.

—¿Qué os parece si explorásemos la isla ahora? —les preguntó Tom—. ¡Me apetece dar un buen paseo!

—¡Bien, puede que la isla sea demasiado pequeña para un buen paseo! —replicó Andy—. Veremos. ¿Estáis dispuestas, niñas?

Sí lo estaban. Primero subieron a la colina y se detuvieron en lo alto, desde donde dieron una ojeada para ver qué descubrirían desde allí.

Desde la cima de la montaña pudieron ver toda la isla... que desde luego no era muy grande... sólo tenía un kilómetro y medio de largo por uno de ancho, y el mar azul la rodeaba por todas partes.

¡Pero no lejos de allí habían otras islas! Se les veía azuladas y cubiertas de bruma en la distancia. Pero por lo que los niños pudieron ver, no habían en ellas ninguna clase de casas o edificios. Parecían tan desoladas y solitarias como su isla. Los gritos de las aves marinas llegaban hasta ellos en la colina, y grandes gaviotas blancas planeaban a su alrededor... pero exceptuando ese ruido y el lejano romper de las olas, no se oía nada más. Ni voces... ni rumor de un cuerno... ni el motor de un aeroplano. ¡Por lo que podían ver u oír era como si estuviesen perdidos en el mismo centro del océano!

—Yo no creo que en estas islas viva ni un solo ser humano —dijo Andy, con el rostro bastante preocupado—. Vamos, bajemos por este lado de la montaña. Hemos de verlo todo.

Mientras bajaban la montaña, y cuando llegaron de nuevo al nivel del llano, Tom se detuvo con asombro.

—¡Mirad! —exclamó—. ¡Patateras!

Los niños miraron... y, efectivamente, a su alrededor se veían unas plantas que parecían patateras. Andy arrancó una... y agarradas a sus raíces había una docena o más de pequeñas patatas blancas.

—¡Es extraño! —dijo Andy, intrigado—. En algún tiempo u otro «ha debido» vivir gente aquí... y plantaron patatas. Algunas han seguido creciendo. Pero el caso es... si aquí ha habido gente... ¿dónde vivían? ¡Tienen que haber vivido en alguna parte!

—Qué raro —dijo Tom, mirando a su alrededor como si esperase que las cosas brotasen del suelo.

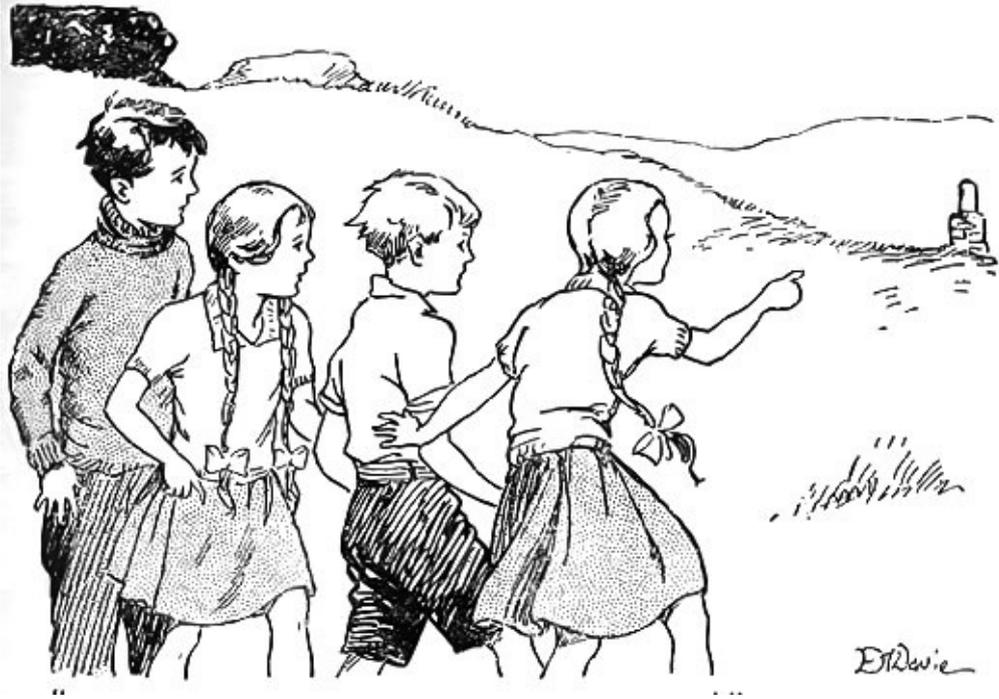
Y entonces Jill lanzó un grito.

—¡Me parece que veo la chimenea de una casa! ¡Mirad! Allí donde el terreno desciende bruscamente.

Los otros miraron en aquella dirección. El terreno descendía hasta una especie de hondonada, bien protegido del viento... precisamente el lugar apropiado para edificar una casa. Se dirigieron por el abrupto terreno hasta la depresión, sin saber exactamente lo que esperaban encontrar.

¡Y qué sorpresa tuvieron cuando al fin llegaron a la hondonada y miraron abajo!





## Capítulo VI

### Una casita extraña

Los cuatro niños permanecieron en lo alto del hoyo profundo. La depresión llegaba hasta el mar... ¡y en ella había un grupo de pequeñas edificaciones!

¡Pero qué extrañas! Los tejados habían desaparecido, las chimeneas también, excepto la que habían visto, las paredes estaban medio derrumbadas, y todo aparecía desmantelado y desierto.

—¡Nada más que ruinas! —exclamó Tom con asombro—. ¿Qué habrá ocurrido para que todas las casas se hayan hecho pedazos?

—Creo saberlo —replicó Andy—. Hace un año o dos hubo una gran tormenta por esta parte... tan grande que la gente de nuestro pueblo tuvo que internarse varios kilómetros porque el mar batía nuestras casas e inundaba nuestras calles. La tormenta debió ser todavía peor en estas islas sin protección... y yo creo que el mar entraría en este hoyo y haría pedazos las casas. Mirad esa chimenea de ahí... toda negra y rota... yo diría que la alcanzó un rayo.

Los cuatro niños contemplaron la pobre casa y las edificaciones que la rodeaban. Allí había habido una granja... una pobre granja tal vez, cuyo granjero trataría de cultivar unas patatas en el suelo rocoso, criar algunas cabras y vacas y sacar del mar el pescado suficiente para poder ir viviendo.

Ahora la gente se había ido, incapaz de batallar con las tormentas del mar que habían barrido su granja y destruido su medio de vida.

—Esto explica lo de las patatas —dijo Jill—. Ese lugar donde están las patatas debió ser en otro tiempo un campo cultivado.

—Bajemos al hoyo y echemos un vistazo —propuso Andy.

De manera que bajaron a la hondonada y recorrieron las casas en ruinas. No quedaba nada... los muebles habían desaparecido, e incluso faltaban las puertas de las cercas. Algas de la playa crecían en el suelo de la granja.

—Aquí debió vivir un niño —observó Andy, cogiendo un tren de madera roto de entre un grupo de hierbajos.

—Y aquí hay una taza rota —dijo Jill, inclinándose sobre un montón de escombros. Estuvieron deambulando hasta que al fin llegaron a un pequeño establo de madera donde tal vez guardasen un par de vacas durante el invierno. Por alguna razón había escapado del embate de las olas y seguía en pie, con su única ventana rota, y su suelo cubierto de hierbas.

Andy lo examinó cuidadosamente.

—Esto no es mal sitio para hacer una casita para nosotros —dijo—. Estaba

pensando en que tendríamos que hacernos una como fuese... pero ésta servirá si lo arreglamos un poco. La tienda no nos serviría de nada si cambia el tiempo... y además iba a ser un gran inconveniente el tener que quitar la señal del árbol cada noche para montar la tienda, y volverla a colocar por las mañanas.

—¡Oh, sí! —exclamó Tom con gran entusiasmo—. ¡Hagamos aquí nuestra casa! Será muy divertido. Entonces podremos dejar la vela como señal el mayor tiempo posible. Entraron todos en la choza. No era muy grande... parecía un cobertizo para bicicletas, aunque el techo era más alto. Una pared de madera dividía en dos la estancia.

—Lo echaremos abajo —dijo Andy—. Será mejor tener una habitación grande que dos pequeñas.

—Bueno, será mejor que comencemos a trabajar lo antes posible, ¿no? —exclamó Tom con gran vehemencia—. Tendremos que traer todas nuestras cosas aquí... y hacer que parezca una casa de verdad. Y habrá que quitar todas esas hierbas.

—Sí... y luego cubriremos el suelo con arena limpia —agregó Jill—. Escuchad... vosotros quitad las hierbas y Mary y yo iremos al campo de patatas y traeremos las más grandes que encontremos, y las coceremos con piel para la comida.

—Una excelente idea —repuso Tom, sintiendo apetito al instante—. Vamos, Andy... empecemos a limpiar esto ahora mismo... no podemos hacer gran cosa hasta que esté limpio.

Los dos niños se pusieron a trabajar. Fueron arrancando los hierbajos y amontonándolos fuera. Cogieron manojos de brezos, y utilizándolos como cepillos, limpiaron las telarañas de las paredes y el techo. Tom acabó de romper los cristales que quedaban en la ventana, y fue recogiendo los fragmentos rotos con sumo cuidado y luego los echó al fondo del montón de escombros para que nadie pudiera cortarse con ellos.



Andy preparó un fogón rudimentario fuera de la choza, con piedras del hogar de la granja en ruinas.

—No podemos encender fuego dentro porque la choza no tiene chimenea —les dijo Andy—, y nos ahogaríamos con el humo. De todas formas, he preparado el fogón resguardándolo del viento y podremos cocinar muy bien. Mary, puedes cocer aquí las patatas, una vez se hayan calentado las piedras. Tom, trae unas ramas y encenderemos fuego.

Mary y Jill se asomaron al interior de la cabaña. Ahora estaba limpia y aseada, aunque desnuda. Las dos niñas habían arrancado muchas patatas del viejo campo, y las lavaron en el agua del manantial. Estarían estupendas asadas con piel... aunque era una lástima que no quedase mantequilla, ni sal.

Tom fue a buscar arena limpia de la playa. Había encontrado un cubo viejo, con un agujero en el fondo. Puso una piedra plana sobre el agujero, y así la arena no se salía. Llevó seis cubos llenos de arena a la choza y la extendió sobre el suelo de tierra. Quedó muy pulcro y limpio.

—Tendremos que traer montones de helechos y brezos otra vez para las camas —dijo Jill—, lo mismo que hicimos en la tienda. ¿Verdad que será una casa muy bonita? Traeremos la mesita y el taburete... y todas las tazas y cosas. Así parecerá una casa.

Los niños habían olvidado por completo lo serio de su aventura. Era tan divertido trabajar en su nueva casa. ¡Incluso Mary comenzó a pensar si habría algo que pudiera utilizar como cortina para la ventana!

Comieron patatas y chocolate, con mucha agua fresca del manantial. Tom hubiera comido tres veces más, pero tuvo que contentarse con cinco patatas grandes y una barra entera de chocolate.

—Esta noche tendremos pescado —les prometió Andy—. Las aguas que rodean la isla están llenas de peces. ¡Tendremos siempre qué comer mientras no nos cansemos del pescado! También buscaremos mariscos.

Después de comer los niños se separaron. Las niñas fueron a los matorrales más próximos para traer helechos y brezos para las camas, y los niños hacían viajes hasta la tienda para traer todas sus pertenencias.

—Cuando baje la marea esta noche iré a buscar la lata de aceite que está en el armario del bote —dijo Andy—. No se habrá estropeado con el agua del mar porque cierra herméticamente. Entonces podremos guisar en la estufa, lo mismo que en el fuego, si queremos.

Aquella tarde los niños estuvieron muy ocupados. Mary y Jill trajeron helechos y brezos suficientes para hacer dos camas, una a cada lado de la cabaña. Primero amontonaron los helechos sobre el suelo por ser más duros, y luego pusieron encima los brezos suaves. Extendieron una manta sobre cada cama, y colocaron otra,

cuidadosamente doblada encima para usarla como sábana por la noche.

—Las camas pueden servirnos como sofás para sentarnos durante el día —dijo Mary, muy complacida por el aspecto de su obra—. Supongo que tendremos que ir añadiendo más brezos cada día, Jill, porque los iremos aplastando con nuestro peso. Pero eso podemos hacerlo fácilmente.

Los niños trajeron los cacharros... tazas, platos y platitos... de loza gruesa y común, usados por los pescadores que se hacían a la mar en el bote del padre de Andy. Ya estaban en la cabaña... ¿pero dónde iban a colocarlos?

—No podemos dejarlos en el suelo —dijo Mary—. Se romperían. Ojalá tuviésemos un estante donde poner las cosas. Tendríamos mucho más espacio si pudiésemos quitarlos de en medio.

Andy desapareció durante unos minutos, para regresar con una tabla de madera. Sonrió ante la sorpresa de los niños.

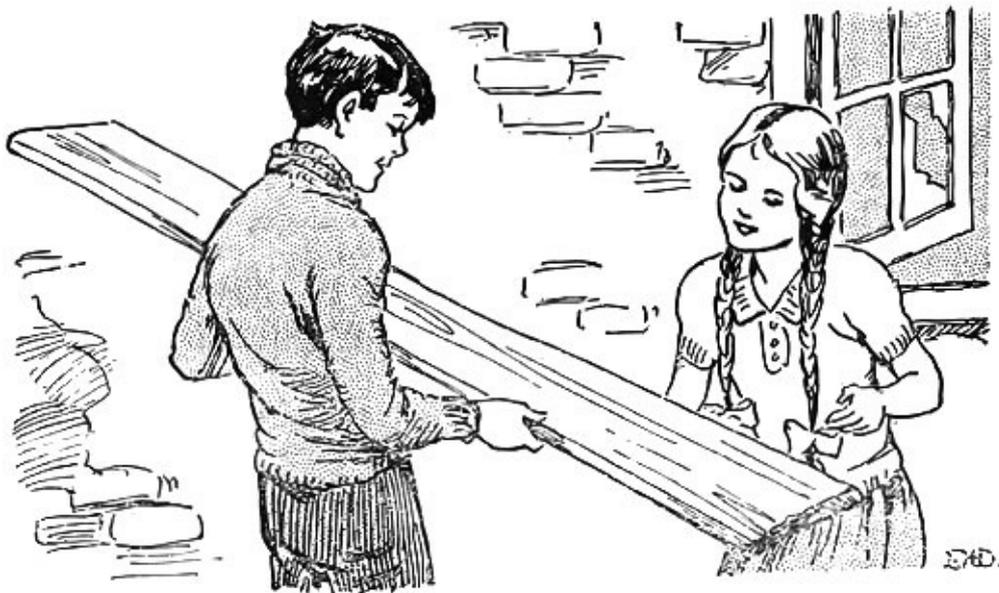
—Me acordé de haber visto un estante viejo en lo que debió ser la cocina de la granja —explicó—. De manera que fui a burearlo y lo arranqué de la pared. Tom, ¿dónde pusiste las herramientas y la caja de clavos?

—Ahí, junto a nuestra cama —replicó Tom.

Andy cogió el martillo y la caja de clavos.

—¿Dónde queréis el estante? —preguntó a las niñas.

—Allí, al fondo de la cabaña, a la altura del hombro —repuso Mary—. ¡Qué estante tan bonito, Andy... cabrá todo!



¡Y así fue! Una vez lo hubo clavado, Andy, las niñas colocaron la loza, la cafetera, y una o dos sartenes, los prismáticos, la cámara fotográfica y otras cosas. Como el gramófono no cabía en el estante lo pusieron en un rincón.

¡Ahora sí que estaba bonita la cabaña! Tenía dos camas a los lados... la mesa en el centro con el taburete... el suelo cubierto de arena limpia... y al fondo el estante

con todas las cosas. Los niños estaban muy satisfechos.

Andy llenó la estufa de aceite.

—Esta noche puedes hacernos puré de patatas para variar —le dijo a Mary—. Tienes una sartén pequeña, ¿verdad?

—Sí —contestó Mary—. Las herviré y las aplastaré... ¡pero tendrán un gusto extraño sin mantequilla ni sal! Y abriremos otra lata de fruta.

Los niños se fueron a pescar, y las niñas se apresuraron a recolectar más patatas, a traer más agua, y encender la estufa. Se sentían atareados e importantes.

La cena fue deliciosa y disfrutaron con ella. Ni siquiera echaron en falta la sal en las patatas. Cenaron sentados ante la entrada de la cabaña contemplando el mar. Las gaviotas chillaban en el aire, y el batir de las alas ribeteadas de blanco llegaba hasta ellos de cuando en cuando.

—¡Ahora, a dormir! —dijo Andy con un bostezo—. ¡Será divertido dormir por primera vez en nuestra casita! Vamos, niñas... ya lavaréis los platos mañana. ¡Estamos todos agotados!

## Capítulo VII

### Un extraño descubrimiento

Al día siguiente los niños fueron a asegurarse de que su vela-señal seguía atada al árbol en lo alto del acantilado. Así era. Ondeaba al viento para indicar a cualquier barco que pase, que allí había gente que necesitaba ayuda.

—¿Y si no vienen a auxiliarnos? —preguntó Tom—. ¿Tendremos que quedarnos aquí todo el invierno?

—Sí... ¡a menos que quisieras ir nadando todos esos kilómetros hasta casa! —exclamó Andy.

Los niños se miraron unos a otros. ¡Pasar allí el invierno! Estaba muy bien correr una aventura en una isla por espacio de tres o cuatro días... pero quedarse allí todo el invierno, con el frío intenso y las tormentas constantes, no era un pensamiento agradable.

—No estéis tristes —dijo Andy—. Puede que cualquier día nos rescaten. No puedo imaginar que no pasen barcos por estas islas. Al fin y al cabo no hace tanto tiempo que aquí vivía gente... y debían traerles provisiones de cuando en cuando... de manera que deben venir barcos. Y tal vez viva gente en las otras islas. Creo que con la marea muy baja podremos cruzar hasta la otra isla por esa línea de rocas de ahí... y explorarla. ¡A lo mejor encontramos montones de gente!

Todos se animaron. ¡Naturalmente! Habían unas cinco o seis islas cerca de la suya; seguro que en alguna habría gente, por lo menos en las mayores. La suya era tan pequeña que maravillaba que alguien hubiese osado edificar en ella una casa y tratado de vivir en aquel suelo árido.

Fueron a ver si su bote seguía aprisionado entre las dos rocas. Sí... allí estaba, ladeado mientras la marea bañaba su cubierta.

—Puede que una marea más fuerte lo libere de las rocas —dijo Andy—. ¡Si fuese así... y pudiera repararlo! Intentaríamos regresar a casa.

—Bueno, ahora ya no queda nada en el bote que podamos llevarnos —observó Tom—. ¡Creo que nos lo hemos llevado todo... cuerdas, redes, incluso los remos!

Era bien cierto. Los niños habían sacado todo lo que contenía el armario, junto con la lata de aceite. Puede que las cuerdas no les fueran necesarias... pero no obstante, Andy pensó que debían llevárselas. Los niños volvieron a explorar la isla sin encontrar nada de interés. Vieron que la gente de la granja había utilizado el sector llano de la isla para sus campos. En cierto lugar, Jill descubrió unas matas de habichuelas que crecían enredadas entre unas zarzas y gritó excitada:

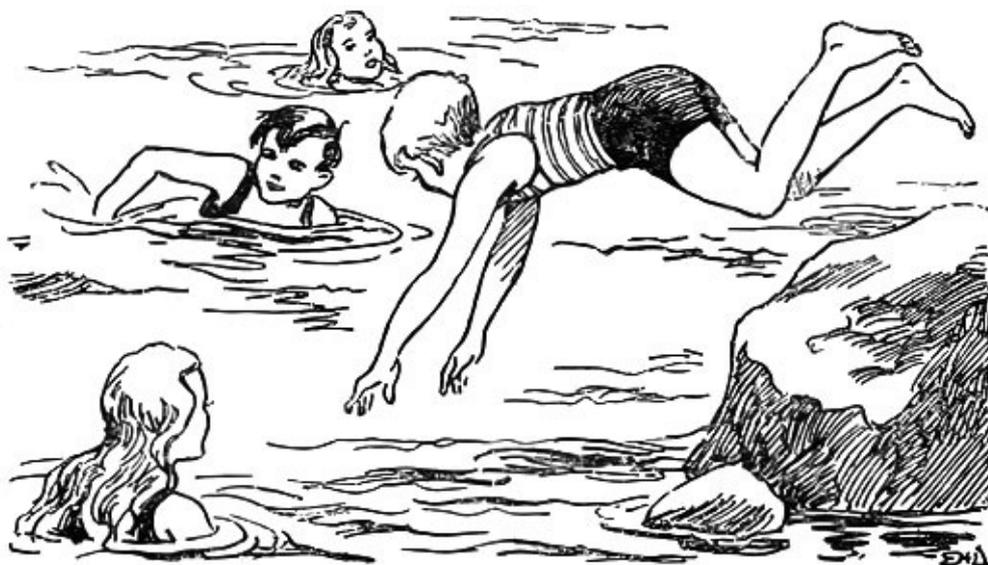
—¡Habichuelas! ¡Las comeremos para cenar!

Los otros acudieron a ver.

—Supongo que también se han ido reproduciendo solas —dijo Andy—. Tal vez hubiese antes un campo de habichuelas por este sitio. ¡Bueno... no nos va a ir demasiado mal con patatas, judías y pescado!

Aquella tarde no quedaba más que hacer, excepto bañarse y pescar. La casita estaba terminada... ya no podían añadirle nada. Ni tampoco podían hacer nada por su bote naufragado. Era inútil dar un paseo por la isla puesto que era tan pequeña... De manera que Tom propuso primero darse un baño, y luego pescar.

El mar estaba templado por el radiante sol. Nadaron sobre las grandes olas chapoteando perezosamente. Luego salieron del agua y se tumbaron al sol para secarse. Después, los niños se sentaron en las rocas a pescar y las niñas fueron en busca de langostinos, gambas y mejillones.



Aquella tarde la marea estaba muy baja. El viento había cesado por completo, y el mar estaba casi en calma... todo lo que podía estarlo en aquel la costa rocosa. Los niños, de pie sobre el acantilado, contemplaron las otras islas que había hacia el norte, azuladas por la niebla estival.

—Parece realmente como si estuvieran flotando sobre el agua —dijo Jill con aire soñador—. Son preciosas. Ojalá pudiésemos visitarlas.

—Bueno, será bien sencillo si esperamos a que baje la marea —replicó Andy, señalando la línea de rocas que ahora estaba al descubierto y que parecía llegar hasta la isla siguiente—. Me gustaría seguir esas rocas mañana por la mañana cuando la marea haya bajado otra vez. Podríamos llevarnos comida para todo el día... y ver lo que hay en la otra isla... y volver por las rocas por la noche con la marea baja.

—¡Oh, sí! —exclamaron las gemelas, y Tom bailó una especie de danza de guerra sobre las rocas. ¿Quién sabe lo que iban a encontrar en la otra isla?

Aquella noche Jill asó patatas con piel y las dejó enfriar para llevárselas al día

siguiente.

—Coceremos las salchichas que hay en la lata, dejaremos que se enfríen y también las llevaremos —dijo Jill—. Cuando regresemos mañana por la tarde podemos coger algunos peces para la cena.

A la mañana siguiente corrieron a ver si la marea había vuelto a descubrir las rocas. Sí... rocas grises y verdes, algunas desnudas, y otras cubiertas de algas. Entre ellas habían grandes hoyos. El mar se veía azul y centelleante detrás de la línea de rocas.

—¡Vamos! —exclamó Andy—. Será mejor que nos vayamos ahora, antes de que suba la marea.

Bajaron del acantilado hasta la playa arenosa. Saltaron sobre las rocas, y luego fueron avanzando con cuidado sobre ellas. Algunas resbalaban, tanto que en un par de ocasiones los niños casi se caen en las hoyas profundas de aspecto impresionante. En ellas nadaban peces muy grandes, y Andy estaba seguro de que habrían cangrejos comestibles.

—Pero no tenemos tiempo para ponernos a pescar aquí —dijo—. Si no nos damos prisa nos atraparé la marea.

Cierto... la marea iba subiendo... pero antes de que pudiera alcanzar la línea de rocas por donde caminaban los niños, ya habían llegado a su final y vadeado la playa arenosa de la isla siguiente.

—¡Ahora estamos en la isla número dos! —exclamó Tom—. ¡Cielos! ¡«Tengo» hambre!

Los demás también tenían.

—Bueno, si nos lo comemos todo ahora, tendremos que aguardar siglos hasta nuestra próxima comida, a menos que encontremos algo en esta isla —dijo Andy. Él también tenía apetito... de manera que se comieron las salchichas y las patatas, y luego chuparon un caramelo cada uno.

Luego se pusieron a explorar la segunda isla. ¡Comenzaron por subir a los acantilados... y tuvieron una gran sorpresa!

—¡Mirad! ¡Cuevas! —dijo Tom, señalando unas aberturas grandes y negras en el acantilado—. ¡Mirad eso! ¡Cuevas de todas formas, tamaños y clases! Vamos a echarles un vistazo.

Se encaminaron a la primera cueva... y justamente ante ella Andy se detuvo mirando algo que había en la arena.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Tom.

—¡Mirad! —exclamó Andy, señalando una colilla de cigarrillo que rodaba ligeramente a impulsos de la brisa.

—¡Una colilla! —dijo Tom, mirando a su alrededor como si buscara al que había fumado el cigarrillo—. ¡Vaya! Alguien ha estado aquí... y no hace mucho. ¡Pero no

hay ni una sola casa en la isla entera o en ruinas!

—Tal vez la gente viva en esas cuevas —observó Jill, mirando tímidamente la primera.

—Entremos y lo sabremos —replicó Andy.

Sacó un rollo impermeable de su bolsillo que contenía media vela y una caja de cerillas. Andy nunca corría el riesgo de que se le mojasen las cerillas... y ahora los niños se alegraban de que fuera tan cuidadoso, pues ninguno deseaba entrar en las cuevas sin luz.

Andy encendió la vela y abriendo la marcha penetró en la primera cueva seguido de los otros. El suelo estaba cubierto de una gruesa capa de arena plateada y las paredes de la cueva eran altas y lisas. Al cabo de un trecho formaba un arco antes de estrecharse. A través de él los niños penetraron en otra cueva, y la escasa luz les dejó ver unas paredes de roca gris y una alta bóveda. El suelo de la cueva comenzó a subir y a hacerse rocoso. La cueva se estrechó hasta convertirse en un pasadizo cuyo techo era a veces tan bajo que tenían que agachar la cabeza.



Y luego llegaron a la «Cueva Redonda», que fue el nombre que dieron inmediatamente a la última y extraña cueva. Era casi perfectamente redonda y como el suelo se inclinaba hacia el centro, les parecía estar en el interior de una pelota hueca.

¡Pero no fue la redondez de la cueva la que impresionó a los cuatro niños... sino su contenido!

Amontonadas por todas partes habían cajas, sacos y grandes bidones con extrañas palabras pintadas. Algunos montones llegaban hasta el techo de la cueva, otros sólo hasta la mitad.

—¡Canastos! ¡Mirad esto! —exclamó Tom con el mayor asombro—. ¿Qué habrá dentro de todas estas cajas y cosas... y por qué están aquí?

La pequeña llama de la vela oscilaba iluminando el extraño conjunto de la cueva.

Andy la puso con cuidado sobre una roca, y tiró del cuello de un saco castaño oscuro que estaba abierto. En su interior había papel azul. Lo levantó... lanzando un grito de sorpresa.

—¡Azúcar! ¡Cada vez resulta más extraño! ¡Yo esperaba encontrar un tesoro, o algo así... y es azúcar! Me pregunto qué habrá en los otros sacos y cajas.

Los niños no pudieron abrirlas, pero algunas ya estaban abiertas, como si alguien hubiese sacado parte de su contenido. Las cajas estaban llenas de latas de conserva... habían latas de sopa, carne, verduras, fruta, sardinas... todo lo que puede imaginarse. Había un bidón de harina, latas de sal, incluso latas de mantequilla y manteca bien cerradas.

—Andy... la verdad, no lo entiendo —dijo Jill con voz extraña—. ¿Cómo ha llegado esto aquí? ¡Y a quién suponéis que pertenece! Por lo que sabemos, no hay una sola persona en la isla.

—Yo no sé más que tú, Jill —repuso Andy—. Es como un sueño; pero de todas formas no tenemos necesidad de morirnos de hambre mientras haya aquí toda esta comida.

—¿Pero podemos llevárnosla si pertenece a alguien? —preguntó Mary, asustada.

—Podemos pagar al propietario —replicó Andy—. Mi padre y vuestra madre pagarán gustosos, para evitar que muramos de hambre, si vamos a pasar aquí el invierno.

—Bueno... entonces adelante... llevémonos todo lo que queramos —dijo Tom, sintiendo tanto apetito que no pudo aguardar ni un minuto más—. Haremos una lista de todo lo que cojamos, y pagaremos la cuenta y algo más, cuando encontremos al propietario de esta curiosa despensa.

—Tom tiene razón —dijo Andy con voz extraña—. ¡Es una despensa... «muy...» curiosa!

## Capítulo VIII

### Cada vez más extraño

Cada niño escogió lo que quiso para llevárselo. Necesitaban azúcar y sal. La mantequilla en la lata les iría de primera, y carne y fruta en conserva. Jill creyó que podría hacer algunos panecillos con la harina, o por lo menos algunos bollos. También recogieron botes de leche en polvo y cada niño llevó una buena carga por los estrechos pasadizos que unían la «Cueva Redonda» con la cueva de la playa.

Cuando salieron al aire libre, Tom aspiró con fuerza y dejó su carga en el suelo.

—Cielos, qué atmósfera más cargada hay ahí dentro —dijo.

—Lo que me intriga es por qué no estaba más cargada «todavía» —replicó Andy—. Debe entrar aire por algún agujero de la «Cueva Redonda» que no hemos visto. Recoge tus cosas, Tom, la marea está subiendo. No podemos quedarnos en esta playa. El mar llegará hasta la cueva dentro de poco.

—Tenemos aún unos diez minutos —repuso Tom, sacando una abultada libretita de su bolsillo—. Quiero hacer una lista de todas las cosas que hemos cogido, por si acaso después de comerlas olvidamos cuántas eran.

—Tom siempre tan honrado —exclamó Jill—. Bien, yo te iré diciendo las cosas, Tom, y tú las anotas. Tres latas de piña, una bolsa grande de azúcar, tres latas de lengua, cuatro latas de...

—No tan aprisa —dijo Tom, escribiendo apresuradamente.

Una vez lo hubo anotado todo, cerró la libreta de golpe guardándola de nuevo en su bolsillo. Luego recogió su carga y se dispuso a seguir a Andy por el empinado y rocoso sendero.

Hasta que la marea volvió a bajar aquella noche, los niños quedaron prisioneros en la segunda isla, ya que no había otro camino para regresar a la suya que la línea de rocas. Ahora estaba completamente cubierta por la marea, y grandes rociadas de espuma saltaban al aire cuando el agua chocaba contra las rocas por encima de las cuales caminaron aquella mañana temprano.

—¿Alguno tiene un abrelatas? —preguntó Tom mientras la boca se le hacía agua al leer las etiquetas de las latas.

Andy sí tenía. En sus bolsillos había casi todo lo que cualquiera podría necesitar, desde un abrelatas a caramelos.

—Supongo que lo mejor será que abras una lata —dijo Andy con una sonrisa—. Te he visto meter el dedo una docena de veces dentro del paquete de azúcar... y si sigues así no va a quedar nada cuando llegemos a nuestra isla. ¡Abre una lata de lengua y así tal vez no tengas tanta gana de azúcar!

Todos disfrutaron comiendo lengua, que estaba realmente deliciosa. Después tuvieron sed, y como no habían encontrado ningún arroyo ni manantial en la segunda isla, no sabían qué hacer.

—Bueno, ¿por qué no abrimos una lata de piña? —propuso Tom al fin—. Estará fresca y jugosa, y luego podemos beber el jugo de la lata.

De manera que abrieron una lata de piña. Las dos latas fueron cuidadosamente enterrados por los niños, ya que aunque la isla parecía solitaria y abandonada, no podían soportar el afearla dejando latas vacías esparcidas por doquier. Las gaviotas revoloteaban a su alrededor mientras comían, chillando con fuerza. Andy las imitó excitándolas todavía más, y al fin se posaron detrás de los niños casi al alcance de su mano.

—Estas gaviotas saben que donde hay gente puede haber comida —observó Andy—. ¿Pero cómo saben eso? Estas islas parecen completamente desiertas.

—¿Y cómo han llegado todos esos comestibles a la «Cueva Redonda»? —preguntó Jill—. ¿Creéis que pueden llevar ahí años... y que han quedado olvidados?

—No —replicó Andy—. No llevan aquí mucho tiempo. El azúcar está suelto... y ya sabes que se endurece y apelmaza si lleva mucho tiempo almacenado. Además, la colilla de cigarrillo que encontramos... no había sido fumado hace más de una semana o dos, o el viento la hubiera deshecho del todo.

—Andy, ¿no crees que sería conveniente quedarnos en «esta» isla y vivir aquí en vez de regresar a la nuestra? —observó Mary—. ¡Entonces estaríamos cerca de un buen almacén de comestibles!

—No, yo no lo haría —repuso Andy al punto—. Olvidas que hemos dejado una señal en nuestra isla... y si algún barco la ve y fuese a recogernos, podríamos estar en «esta» isla, incapaces de ser rescatados porque la pleamar nos impediría el regreso.

—¿Pero no podríamos atar la señal en algún lugar de «esta» isla? —preguntó Tom.

—No —contestó Andy—. Ningún barco podría llegar hasta aquí. Esta isla está casi totalmente rodeada por unos arrecifes de las peores rocas que he visto. Mirarlos allí.



Los niños obedecieron. Andy tenía razón. A cierta distancia de la costa había una línea de rocas casi ininterrumpida. Entre las rocas y la costa, el mar quedaba atrapado formando una especie de laguna o estanque tranquilo y en calma.

Tom frunció el ceño con aire intrigado.

—Bueno, si ningún barco puede llegar a rescatarnos si nos quedamos en esta isla —observó—, ¿cómo diantres pudieron desembarcar todos esos comestibles en la cueva?

Andy miró a Tom con la misma expresión intrigada.

—Sí..., es extraño —dijo—. Bueno..., tal vez pueda hacerse con la marea alta. Pero no podemos arriesgarnos. Debemos vivir en la primera isla, y cuando necesitemos comida habrá que venir aquí y traerla... y puede que nos tropecemos con la gente que ha hecho de la «Cueva Redonda» esa extraña despensa.

Mary se puso en pie para ver cómo era la isla siguiente. Parecía mucho mayor que las dos primeras. No había ninguna cadena de rocas que llevara hasta ella, tan sólo se veía una extensión de mar azul. Para llegar a la tercera isla habría que nadar o utilizar un bote.

—¿No crees que lo mejor sería dejar una nota en la cueva diciendo que estamos en la primera isla y que quisiéramos ser rescatados? —dijo Tom—. La gente puede volver en cualquier momento... y podríamos irnos embarcados en su bote.

Andy meneó la cabeza.

—Creo que no dejaremos ninguna nota... ni nada que indique que hemos estado aquí —dijo—. Hay algo misterioso en todo esto, y si se trata de un secreto, será mejor que lo mantengamos hasta saber qué es.

—¡Oh, Andy! ¿Qué quieres decir? —exclamó Mary.

—No lo sé —replicó Andy—. Es sólo un presentimiento que tengo, nada más. Tal vez me equivoque..., pero uno de nosotros vendrá cada día cuando baje la marea para ver si hay alguien antes de dejarles saber que estamos aquí.

—Bien, Andy... ¿y las huellas que hemos dejado alrededor de la cueva? —dijo Tom.

—La marea las borrará —repuso Andy—. Mira sobre el acantilado, Tom..., verás que la marea ha entrado ya en la cueva. No hay nada que demuestre que nosotros hemos estado aquí.

—Excepto que falta parte de la comida —comentó Mary—. Has olvidado eso, Andy.

—No, no lo he olvidado —repuso Andy—. Hay tanta en la cueva que no creo que nadie eche de menos lo que nos hemos llevado. Me figuro que no lo van a comprobar. Nadie va a pensar que puede haber entrado algún extraño en la cueva.

Los niños deambularon por la isla cogiendo arándanos, que crecían en gran número. Era un medio de apaciguar su sed, el comer aquellos arándanos pequeños y jugosos. La isla estaba completamente desierta. No daba la impresión de que hubiese vivido alguien en ella alguna vez.

La marea comenzó a descender y la franja de rocas fue emergiendo. Los niños bajaron a la playa para regresar a su isla. Llevaban atados a la espalda los comestibles, y Andy les recomendó a todos que tuviesen mucho cuidado.

—¡No vayamos a perder nuestra comida en uno de esos pozos profundos! —dijo—. De manera que no corras tanto, Tom. ¡Tienes siempre tanta prisa!

Las rocas estaban mojadas y resbaladizas, pero los niños tuvieron mucho cuidado. Una vez una ola grande mojó a Jill, que lanzó un grito.

—¡Oh!, ¿se ha mojado la comida?

—Sí..., ¡está empapada! —replicó Tom—. Pero no importa..., son todo latas, Jill.

Al fin llegaron a la cabaña y todos se alegraron al verla: realmente parecía como si regresasen a casa.

Cansados, tomaron asiento sobre sus camas, pero Tom no pensaba acostarse sin cenar. Quiso sopa caliente, más lengua y una lata de melocotón. Así, que hubo que encender la estufa, y Tom fue a llenar la cafetera.

Todos los niños disfrutaron de la cena, aunque tenían tanto sueño que después no se molestaron en recoger nada. Cuando se metieron en la cama lucían ya las primeras estrellas.

—Es demasiado pronto para acostarse —murmuró Jill, somnolienta—. ¡Pero no puedo estar despierta ni un minuto más!



Y se durmió en seguida. Mary lo mismo. Tom apagó la estufa y se tumbó también. Andy permaneció sentado unos minutos mirando hacia la segunda isla y preguntándose un montón de cosas.

Luego se quedó dormido..., ¡aunque no por mucho tiempo!

Un extraño ruido le despertó. Sobresaltado, hubo de levantarse intrigado y alarmado.

—¡Tom! ¡Despierta! —gritó Andy—. Escucha ese ruido. ¿Qué es?

Tom se despertó y estuvo escuchando.

—Es un motor de motocicleta —dijo, medio dormido.

—¡No seas tonto! —exclamó Andy—. ¡Una motocicleta en esta isla! Tú sueñas. Vamos, despierta..., te digo que es un ruido muy raro.

El ruido se fue alejando hasta perderse en el silencio. Las gaviotas chillaron pero pronto se apaciguaron. Andy estuvo escuchando un rato más, y como no oyera nada, volvió a tumbarse en la cama.

«Cada vez más extraño —se dijo en su interior—. Hemos llegado a unas islas misteriosas... y yo tengo que averiguar lo que está ocurriendo... ¡o no me llamo Andy!»

## Capítulo IX

### Los misteriosos visitantes

Al día siguiente los niños hablaron del ruido extraño que oyera Andy.

—Te digo que sonaba exactamente como el motor de una motocicleta —decía Tom con firmeza, y nada podía hacerle cambiar de opinión.

—Si no supiera que no hay ningún lugar para poder aterrizar en estas islas rocosas, yo hubiera dicho que ese ruido era el de un avión —observó Andy, pensativo—. Pero es una tontería. ¿Por qué iba a venir aquí un avión? ¿Y dónde iba a aterrizar?

—¡Tal vez fuese una lancha motora! —exclamó Jill de pronto, y los otros la miraron. Por alguna razón a nadie se le había ocurrido pensar en las lanchas motoras entonces.

—¡Sí..., creo que eso era! —replicó Andy—. Tenía ese rumor palpitante de los motores. ¿Y qué es lo que está haciendo aquí una motora? Pero, de todas formas..., ¡eso significa que pueden rescatarnos!

—¡Claro! —exclamó Tom—. Bueno..., vamos a buscar esa lancha. ¡Qué sorpresa van a llevarse cuando nos vean! Se preguntarán de dónde salimos.

—Tom, no tengas tanta prisa —le dijo Andy, empujando al impaciente muchacho hasta hacerle caer sobre el lecho—. Yo creo que aquí está ocurriendo algo extraño... ¡y antes de dejarnos ver, será mejor que averigüemos si seremos bien recibidos!

—¡Oh! —dijo Tom, sorprendido. Las niñas se alarmaron.

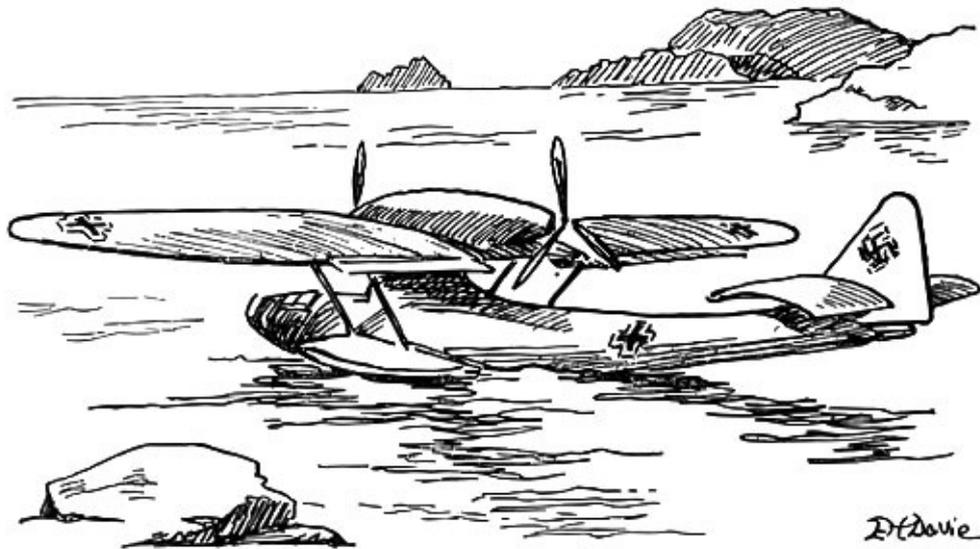
—¿Qué quiere decir... algo extraño? —dijo Jill.

—Como os dije ayer, no sé qué es —repuso Andy—. Pero lo que haremos es ver dónde está esa lancha. No debe haber visto nuestra señal porque llegó por la noche... y sabemos que no está en este lado de la isla o la hubiésemos visto esta mañana. Voto porque vayamos a ese borde rocoso desde donde se divisa la mejor vista de la segunda isla y veamos, si por casualidad, una lancha ha podido atravesar el arrecife y penetrar en el tranquilo canal interior.

Los cuatro niños fueron al acantilado. Andy les hizo tenderse en el suelo y arrastrarse como los pieles rojas en cuanto llegaron.

—Será mejor que no nos dejemos ver, por si «hay» alguien ahí abajo —susurró. De modo que arrastrándose como las serpientes fueron acercándose al borde... y al llegar allí tuvieron la mayor sorpresa de su vida.

En las aguas tranquilas que rodeaban la segunda isla había un hidroplano grande y poderoso.



Sí..., un gran hidroplano cuyas alas se extendían ampliamente sobre el agua azul. No se oía el motor de ninguna lancha. Lo que Andy había oído a medianoche fue el motor del hidroavión.

—¡Cáscaras! ¡Mirad eso! —susurró Andy con el rostro rojo como una amapola por la excitación—. ¡No se me ocurrió que fuese un hidroavión! ¡Qué cosa más extraordinaria!

—Levantémonos y gritemos —suplicó Jill—. Estoy segura de que les encantará rescatarnos.

—¿Es que no has visto el signo que hay en las alas? —le preguntó Tom con voz extraña, y las niñas miraron. En cada ala estaba pintada una cruz gamada..., el signo del enemigo, del enemigo de medio mundo.

—¡Cielos! —dijo Mary, aspirando el aire con fuerza—. ¡Enemigos! ¡Y utilizando estas islas! ¿Es que les pertenecen?

—Naturalmente que no —replicó Andy—. Pero están desiertas y apartadas de las rutas marítimas normales... cosa que ha sido observada por el enemigo, que las está utilizando como una especie de base para algo..., hidroplanos, tal vez.

—Bueno..., ¿y qué vamos a hacer? —preguntó Tom.

—Tendremos que pensar —repuso Andy—. Una cosa es segura: que no nos dejaremos ver hasta que descubramos algo más. No quiero que nos hagan prisioneros.

—Entonces, para eso eran los comestibles... para la gente que viene aquí —observó Jill—. Supongo que los hidroplanos vienen aquí en busca de alimento y gasolina. Es una buena idea. Cómo me gustaría poder escapar de aquí y decírselo a mi padre..., él sabrá lo que hacer. ¡Me figuro que limpiaría este lugar, sirva para lo que sirva!

—Escuchad..., ¿no será mejor que quitemos nuestra señal mientras esté aquí ese avión? —preguntó Jill—. Si la ven por casualidad, el enemigo sabrá que hay gente en la isla. ¿Y el bote? También pueden verlo.

—No lo creo —repuso Andy—. Está bien escondido entre esas dos rocas. Pero sí será mejor que quitemos la señal. No volveremos a ponerla. Vamos, Tom..., la quitaremos ahora mismo.

—Iremos con vosotros —dijeron las niñas, pero Andy meneó la cabeza.

—No —les dijo—. De ahora en adelante, alguien ha de vigilar ese aparato. Debemos averiguar todo lo que podamos. Volveremos lo antes posible..., pero vosotros debéis quedaros aquí vigilando.

De manera que las dos niñas quedaron allí, en tanto que los niños corrían al otro lado de la isla para quitar la señal ondeante.

—No sé dónde diantre íbamos a escondernos si fuésemos descubiertos y nos buscasen —dijo Andy, enrollando la vela—. No hay un solo lugar donde esconderse..., ni una cueva, ni nada.

Tom estaba nervioso. ¡No quería verse perseguido en aquella isla desolada!

—Ojalá pudiésemos ver cuántos hombres hay en el hidropiano —observó—. Y qué es lo que están haciendo.

—¿Dónde están tus prismáticos? —le preguntó Andy de pronto—. Es precisamente lo que necesitamos. ¡Así podremos verlo todo con detalle!

—¡Y mi cámara fotográfica! —exclamó Tom, saltando de alegría—. ¿Qué me dices de mi cámara? Podríamos tomar algunas fotografías del hidropiano... y entonces todo el mundo «tendrá» que creernos cuando regresemos... si es que «regresamos» alguna vez.

—¡«Es» una buena idea! —replicó Andy, complacido—. ¡Caramba! Si podemos tomar algunas fotografías de ese «hidro» en las que se vea la cruz gamada con claridad, nadie podrá dudar de nuestra historia cuando volvamos a casa. Tom, vamos a buscar tus prismáticos y tu máquina fotográfica.

Ocultaron la vela entre unos arbustos y corrieron a la cabaña. Cogieron los prismáticos y examinaron la cámara fotográfica para ver si era preciso renovar la película. No... en su interior había una nueva.

—Será mejor que no gastes todo el rollo en el avión —le dijo Andy—. Puede que hayan otras cosas interesantes que fotografiar..., ¡nunca se sabe!

—Oh, tengo tres o cuatro películas —repuso Tom—. Traje muchas pensando que iba a conseguir buenas fotografías de pájaros, ya sabes. Vamos..., regresemos a ver qué tienen que comunicarnos las niñas.

Las niñas se alegraron mucho al verles, pues tenían mucho que contar.

—¡Andy! ¡Tom! En cuanto os fuisteis, los hombres del hidropiano sacaron una especie de bote redondo —explicó Jill, excitada—. Y fueron remando hasta la playa, donde entraron en nuestra cueva. ¡Qué suerte que el mar haya borrado todas nuestras huellas!

—Sí, desde luego —replicó Andy—. Tom, dame los prismáticos. Voy a echar un

vistazo.

Andy miró a través de los potentes lentes. Eran de tanto aumento que parecían acercar el hidroavión hasta el alcance de la mano. El muchacho vio las grandes cruces gamadas pintadas osadamente en las alas, y el bote de goma sobre el agua, mientras los hombres visitaban la cueva... bien para llevarse algo, o para guardar algo en ella, Andy lo ignoraba.

—Parece que hay alguien en el «hidro» —observó Andy—. ¡Y mirad..., unos hombres salen de la cueva!

Andy pudo verlos muy claramente con los prismáticos... y los otros pudieron verlos también, aunque no con tanto detalle. A ellos les parecieron muñecos lejanos.

—Han ido a buscar alimentos a la cueva —exclamó Andy, excitado—. Y me figuro que habrá algún depósito de gasolina en cualquier otra parte para repostar cuando lo necesiten. ¡Alimentos... y... gasolina..., justamente lo que pensaba! Utilizando estas islas, los aviones enemigos se evitan el tener que recorrer cientos de kilómetros para ir a abastecer en sus propios países. ¡Vaya..., «sí» que hemos descubierto algo curioso!

Los hombres subieron a su bote de goma y remaron de nuevo hasta el hidropiano. Luego desaparecieron en el interior del aparato.

—Me está entrando un apetito feroz —dijo Tom al fin—. ¿No podemos ir a comer algo?

—Yo me quedaré aquí vigilando, y tú y las niñas podéis ir a comer —les dijo Andy—. No encendáis fuego, hagáis lo que hagáis..., el enemigo vería el humo. Utilizad la estufa si queréis guisar algo. Y más tarde traedme algo a mí de comer y beber.

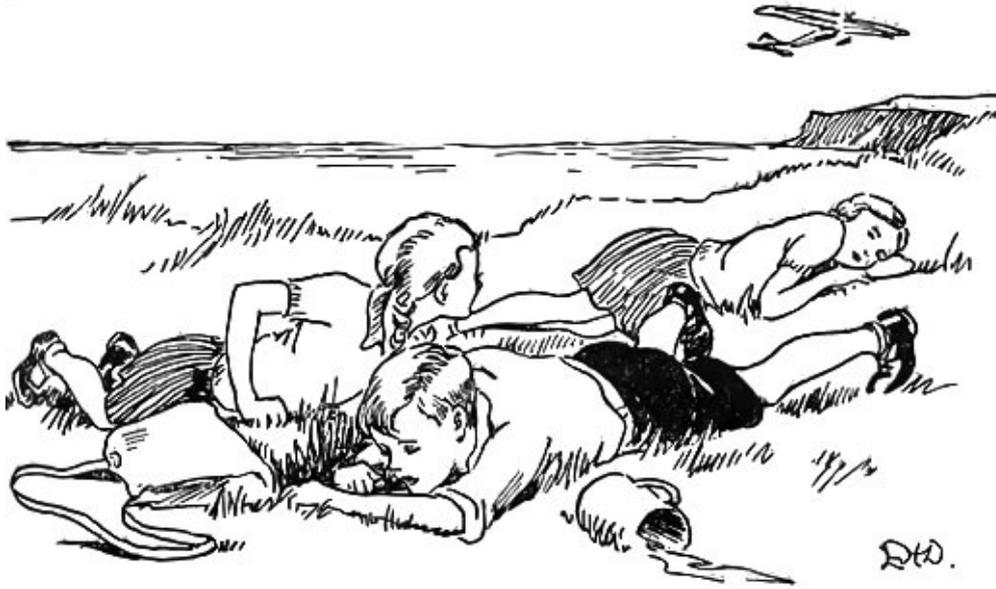
—De acuerdo —replicó Tom, y él y las niñas se arrastraron por el borde del acantilado. En cuanto estuvieron fuera de la vista del avión, se pusieron en pie para encaminarse a su cabaña.

Comieron apresuradamente, sin guisar nada en absoluto. Prepararon un paquete de comida para Andy y fueron a llevárselo.

Pero a mitad de camino oyeron un ruido. «¡R-r-r-r-r-r! ¡R-r-r-r-r-r-r! ¡R-r-r-r-r-r-r!» Se detuvieron al punto para escuchar.

—¡Es el hidroavión que se va! —exclamó Tom... y entonces volvieron a oír el ruido más fuerte que nunca. «R-r-r-r-r-r».

—¡Mirad..., está ahí! —exclamó Jill—. ¡Cuerpo a tierra o van a vernos!



Jill había visto al biplano elevándose en el aire por encima del acantilado. Los tres niños se pegaron al suelo, permaneciendo completamente inmóviles. El hidroplano voló sobre su isla, elevándose cada vez más hasta que al fin no fue más que un puntito en el cielo.

—¡Hemos escapado por un pelo! —dijo Tom, sentándose y enjugándose la frente—. ¡Cielos! ¡Por poco me estalla el corazón! He derramado el agua que llevaba para Andy. ¡Tengo que ir a buscar más!

—¡Qué susto ver acercarse ese enorme avión! —comentó Jill—. ¡Dios mío..., si tenemos muchos sustos como éste, van a salirme canas!

## Capítulo X

### ¡Y ahora... a la tercera isla!

Los niños se alegraron de que se hubiese marchado el hidroavión.

—Suerte que ya habíamos quitado nuestra señal cuando voló por encima de nuestra isla —observó Andy, comiendo lo que los otros le habían llevado—. No pude avisaros. De repente se puso el motor en marcha, se deslizó sobre las aguas tranquilas, y luego se elevó en el aire.

—Andy, ¿tú crees que habrá algo que ver en las otras islas? —preguntó Tom.

—Es posible —repuso Andy—. Creo que deberíamos tratar de averiguarlo. Esa tercera isla tiene una forma tan particular..., muy larga y muy estrecha. En el otro lado puede que haya un puerto natural para hidroaviones. Tal vez los haya a montones.

—Bueno, hasta ahora sólo hemos oído uno —dijo Tom—. No me parece que anden muy atareados si es que «hay» muchos allí.

—No..., tienes razón, Tom —dijo Andy—. Bien, ¿qué te parece si vamos a ver lo que descubrimos? No sé todavía cómo llegaremos a la tercera isla..., creo que tendremos que nadar. Aunque no creo que las niñas puedan nadar tanto trecho.

—Yo no podría —intervino Jill, recordando la gran extensión de mar entre la segunda y la tercera isla—. Vosotros, los chicos, tendréis que ir sin nosotras; Mary y yo nos quedaremos y procuraremos tener paciencia.

—¿Vamos mañana? —preguntó Tom con impaciencia—. Podríamos ir hasta la segunda isla con la marea baja por la mañana y luego nadar hasta la tercera isla. Podríamos llevar algo de comida envuelta con cuidado en tu tela impermeable.

—Sí..., haremos eso —repuso Andy. Una gran excitación embargaba a los niños..., la sensación de que un secreto desconocido iba a ser suyo. Jill estremeciéndose un poco..., era todo tan emocionante.

—Hay una cosa que me preocupa —dijo Andy—. Supongamos que «somos» descubiertos, por cualquier razón..., «necesitamos» encontrar un lugar donde escondernos.

—Bueno, pues no hay ninguno en esta isla —replicó Tom—. De manera que debemos esperar «no ser» descubiertos.

Aquel día no ocurrió nada más. No llegó ningún hidroavión a las tranquilas aguas de la segunda isla. No se oía otro ruido que el que hacían las gaviotas en el aire. Era un día espléndido y los niños disfrutaban bañándose y tomando el sol.

Gracias al almacén de comida que habían descubierto en la segunda isla, tenían mucho que comer. Andy pescó algunos peces y Jill los frió con la mantequilla de la

lata. Estaban deliciosos. Ahora que tenían leche en polvo la tomaban con té o cacao, y también endulzaban sus bebidas con el azúcar que habían traído de allí.

—¡Realmente ahora estamos bien provistos! —exclamó Tom, que como siempre disfrutaba con la comida—. La próxima vez traeremos otra buena provisión de latas de la «Cueva Redonda»..., vi algunas de habichuelas con salsa de tomate. Me gustarán.

Los niños se turnaron para montar guardia y vigilar la segunda isla desde el acantilado. Pero no había nada que ver. Fueron a acostarse temprano porque a los niños les aguardaba una dura y larga jornada al día siguiente.

—Primero tendremos que pasar por esa hilera de rocas —dijo Andy—. Y luego atravesar la isla y nadar hasta la tercera. Tendremos que regresar a la segunda isla a tiempo de poder pasar por encima de las rocas con la próxima marea baja. Vosotras no preocuparos por nosotros. Volveremos sin novedad.

—Ojalá fuésemos nosotras también —dijo Jill—. ¿No crees que Mary y yo podríamos ir por las rocas hasta la segunda isla y esperaros allí? Sería más divertido para nosotros jugar allí que en esta isla desierta. Hay muchas bayas que podríamos coger..., ahora están maduras y dulces.

—De acuerdo —replicó Andy—. Pero vigilad si llega algún avión. Si oís alguno, tumbaos debajo de un arbusto. No deben veros.

—Está bien —dijo Mary—. Podéis confiar en que lo haremos.

De manera que a la mañana siguiente los cuatro niños volvieron a recorrer el arrecife de rocas resbaladizas con la marea baja. Los niños llevaban sólo el traje de baño. Andy había hecho un paquete con el impermeable y lo llevaba sobre los hombros con la comida suficiente para todo el día. Las niñas podrían coger lo que quisieran de la cueva.

Los cuatro fueron hasta la segunda isla y fueron por entre la maleza hasta el lugar desde donde se divisaba la tercera isla. Se extendía en el mar ante ellos, como una serpiente azul y marrón. Más allá se veían todavía otras dos islas.

—¿Crees de veras que podrás nadar tanto trecho, Tom? —le preguntó Mary, preocupada, contemplando la gran extensión de agua que separaba la segunda isla de la tercera.

—Naturalmente —repuso Tom, que no estaba dispuesto a renunciar a esta aventura por nada. De todas formas, la distancia era mayor de lo que Tom había nadado hasta entonces.

—Bueno..., adiós, de momento —les dijo Andy a las niñas—. Bajaremos a la playa por aquí, vataremos todo lo que podamos y luego a nadar. ¿Has traído los prismáticos de Tom, Jill? ¡Bien..., pues con ellos podrás ver cómo llegamos a la tercera isla!

Los niños bajaron a la playa, se metieron en el agua, y luego, cuando dejaron de

hacer pie, nadaron. Andy era un nadador resistente... y se mantuvo junto a Tom por si acaso el niño se veía en dificultades.



Continuaron nadando, a braza, porque Andy dijo que era el estilo menos cansado. Cuando Tom comenzó a jadear a mitad de camino, Andy le habló:

—Descansamos un poco flotando, Tom. Eso nos repondrá. Estamos muy lejos todavía.

Los dos niños flotaron de espaldas sobre el agua, que estaba algo movida, pero muy caliente. Flotaron como troncos de madera tendidos sobre el agua. Fue un buen descanso para Tom.

Luego comenzaron a nadar de nuevo..., pero parecía como si Tom no fuese a alcanzar la playa de la tercera isla. Tenía los brazos muy cansados. Sus piernas perdieron fuerza. Jadeaba y tragaba agua, y Andy comenzó a alarmarse.

—Descansa —le gritó a Tom—. ¿Tú crees que podrás nadar todo lo que falta?

—No lo sé —repuso el pobre Tom, terriblemente avergonzado de sí mismo. Pero «no» conseguía mover los brazos con propiedad. Estaba agotado.

Andy no estaba nada cansado. Era fuerte como un caballo, y avanzaba junto a Tom, preguntándose qué hacer.

—Prueba otra vez, Tom —le dijo—. Es inútil querer regresar. Estamos ya más allá de la mitad.

Tom miró hacia el acantilado de la tercera isla. Todavía estaba muy lejos. Volvió a nadar tratando de mover con energía sus fatigados brazos. Pero al cabo de seis brazadas no pudo nada más. Se puso de espaldas para flotar de nuevo.

Andy estaba realmente alarmado.

—Tom, no puedes seguir —le dijo—. Tendré que ayudarte. Nadaré de espaldas y tú debes tenderte de frente y apoyar tus manos en mis hombros. Así podré arrastrarte sobre el agua, aunque muy despacio.

—Gracias, Andy —le dijo Tom, enfadado consigo mismo por su poca resistencia, pero incapaz de hacer nada más. Se apoyó en los hombros de Andy, y éste, tendido de

espaldas sobre el agua, con la cabeza en dirección a la tercera isla, comenzó a mover valientemente sus morenas piernas.

Iban muy despacio, desde luego. Y ahora Andy comenzaba a cansarse. El arrastrar a otro no es lo mismo que nadar solo, y comenzó a jadear. ¿Y «ahora» qué iban a hacer? Si los dos se encontraban en dificultades, la cosa iba a ser muy seria.

No se pasó mucho tiempo antes de que ni a Tom ni a Andy les quedaran fuerzas... y Dios sabe lo que hubiese ocurrido si Andy, moviendo desesperadamente sus piernas no encuentra algo duro debajo. ¡Era una roca! Fue tanteando con los pies y por fin descubrió una roca bajo el agua. Habían llegado a una especie de arrecife semejante al que unía su isla con la segunda..., pero estas rocas quedaban cubiertas por la marea.

—¡Tom! ¡Tom! ¡Baja los pies y ve tanteando las rocas! —jadeó Andy—. Podemos descansar aquí... y tal vez continuar nuestro camino hasta que lleguemos a la arena.

Tom pronto encontró apoyo en las rocas del fondo, e inmediatamente se sintió mejor. Él y Andy se dieron las manos y juntos reemprendieron la marcha por las rocas sumergidas, hiriendo sus pobres pies, pero acercándose poco a poco a la playa. ¡Por fin se acabaron las rocas y sintieron la arena bajo sus pies! Bien.

—¡Cielos! No me he divertido mucho —dijo Tom—. Siento haber sido tan débil, Andy.

—No te preocupes —repuso Andy—. Hiciste cuanto pudiste. Ahora ya ha pasado todo.

¡Pero en su fuero interno no pensaba así! ¿Cómo diantres iba a conseguir que Tom regresara otra vez a la segunda isla recorriendo aquella gran extensión de agua? ¡Jamás, jamás lo conseguiría! Andy estaba realmente muy preocupado.

Pero no lo demostró. Al sonreír a Tom, sus ojos azules resplandecieron en su rostro tostado.

—¡Aquí estamos por fin! —dijo—. ¡Y puede que tengamos grandes sorpresas!

Se tendieron en la playa al sol durante un rato para secarse. Tom se sintió mucho mejor después de conseguir algo del paquete impermeable. ¡Casi se sentía con ánimos de volver nadando! Era maravilloso el efecto que la comida producía en Tom.



—Ahora me siento un hombre nuevo —dijo, poniéndose en pie—. Vamos, Andy, viejo camarada, subamos al acantilado y atravesemos la isla para ver si podemos descubrir algo.

Andy también se levantó, y los dos niños subieron al acantilado, sentándose en la cima para recobrar el aliento. La isla era semejante a las otras dos..., cubierta de helechos, acebo y hierba, y con gaviotas blancas revoloteando sobre ella.

Atravesaron la estrecha isla y por fin llegaron al acantilado opuesto.

—Ahora tírate al suelo por si acaso hay alguien por ahí —dijo Andy, y los dos niños se arrastraron cuerpo en tierra hasta llegar al borde desde donde podían divisar el agua que había abajo.

¡Y lo que vieron les llenó de tal asombro y alarma que por espacio de cinco minutos ninguno fue capaz de pronunciar palabra!

# Capítulo XI

## El secreto de las islas

A los niños les costaba dar crédito a lo que estaban contemplando. En el nordeste de la tercera isla había un buen puerto natural de aguas extremadamente profundas... y en estas aguas había lo menos siete u ocho submarinos.

¡Submarinos! ¡Una base de submarinos en aquellas islas desiertas! No era de extrañar que tantos barcos nuestros hubieran sido enviados al fondo de las aguas alrededor de aquellas islas.

—Es un verdadero nido de submarinos —susurró Andy, al fin—. ¡Submarinos enemigos! No puedo creerlo. Vaya, Tom, hemos descubierto un secreto sorprendente.

Los niños contemplaron el puerto. Algunos de los submarinos, como enormes cocodrilos grises, estaban fuera del agua. Un par de ellos salían del puerto mostrando el periscopio. Era un lugar extrañamente silencioso considerando que había allí tantos submarinos. No se oían voces... ni ruidos de motores..., sólo un rumor palpitante y apagado de cuando en cuando.

—Aquí se proveen de combustible y alimentos —susurró Andy—. Son submarinos pequeños..., este puerto puede albergar a una docena o más. Es un lugar perfecto para submarinos. ¿Te has fijado que no han construido muelles ni diques... ni una sola cosa que pudiera verse en caso de que pasaran por aquí nuestros aviones? Todo lo que tendrían que hacer en ese caso es sumergirse... y ya no queda nada que ver. Lo almacenan todo en las cuevas..., cielos, es sorprendente.

Durante mucho tiempo los niños estuvieron observando la extraña perspectiva. Dos submarinos se deslizaron silenciosos hacia la entrada del puerto..., situado entre dos arrecifes de rocas altas. Un tercer submarino entró yendo a situarse perezosamente junto a los otros, y los hombres que lo tripulaban salieron a cubierta y miraron a su alrededor.

Al principio, Tom estuvo tan lleno de sorpresa y alarma, tan dominado por la excitación, que no pudo pensar en otra cosa que en la vista de aquellos extraños bajeles. Luego, otra idea vino a su mente y se volvió a Andy.

—Andy —le dijo—. «Tenemos» que volver a casa y contar lo que hemos visto.

—Lo sé —repuso Andy—. Yo también estaba pensando en eso, Tom. Y hemos de sacar a las niñas de estas islas. Todos corremos peligro. Si el enemigo supiese que les estamos espiando, no sé lo que sería de nosotros.

—No me importa el peligro que corramos —replicó Tom, y era sincero—. Lo que sé, es que hemos de decir a nuestra gente que existe esta base submarina. Hay que destruirla. Andy, esto es serio.

Andy asintió. Ambos muchachos parecían haberse hecho hombres en aquel momento. Se miraron gravemente a los ojos y lo que vieron les satisfizo. Cada uno de ellos supo que el otro haría todo lo que estuviera en su mano y más.

—¿Tú crees que van a creernos si volvemos a casa con una historia semejante? —dijo Tom—. Los mayores tienen ideas extrañas algunas veces. Pueden pensar que lo hemos inventado... o que nos equivocamos.

—Traeremos tu cámara fotográfica y haremos unas cuantas fotos —dijo Andy—. Nadie puede dudar de unas fotografías. Y otra cosa que debemos hacer es tratar de recuperar nuestro bote. «Hemos» de sacarlo de entre las rocas como sea y repararlo. Es nuestro único medio de poder regresar a casa.

Contemplaron el puerto un rato más, y luego se arrastraron por lo alto del acantilado hasta llegar a unos arbustos. Agazapados entre ellos, corrieron hasta el final del puerto. Más allá había una caleta, y en la arena, varios botes pequeños. No se veía a nadie.

La vista de los botes excitó a Andy. ¡Si pudieran apoderarse de uno! Entonces él y Tom podrían remar hasta la segunda isla felizmente. Andy sabía perfectamente bien que Tom no podría regresar a nado... y no tenía intención de dejarle solo en aquella isla llena de submarinos.

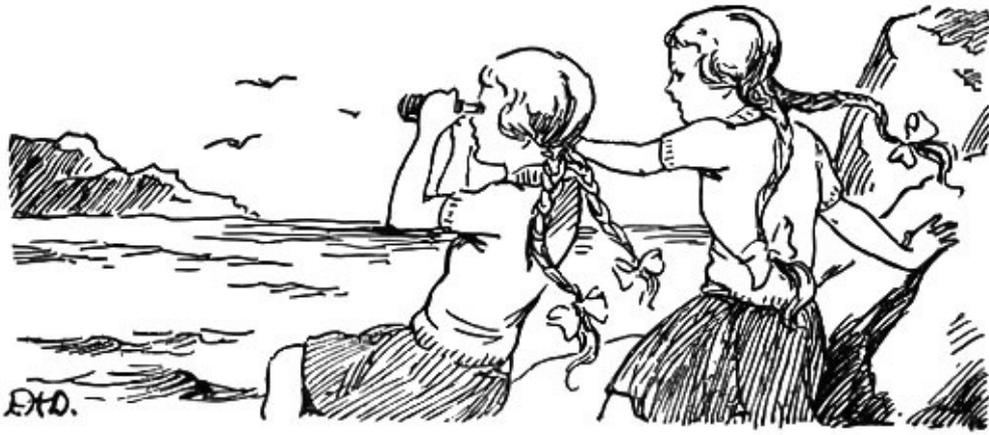
—Tom —le dijo—, ¿ves esos botes? Bueno, ¿qué te parece si esperamos hasta la noche... y luego bajamos a la caleta y cogemos uno? Podríamos remar con facilidad hasta la segunda isla. Eso nos ahorraría el tener que nadar... e incluso puede que podamos llenarlo de provisiones y agua e intentar el regreso a casa. Intentaríamos colocar la vela como fuese.

—Buena idea, Andy —replicó Tom, con el rostro resplandeciente de excitación—. ¡Pero, escucha! ¿No se preocuparán mucho las niñas si no regresamos nadando antes de la marea baja de esta noche?

—Iremos al acantilado del otro lado de esta isla y les haremos señas —propuso Andy—. Tienen los prismáticos y nos verán con claridad. Por señas trataremos de hacerles comprender que nuestros planes han sido alterados, pero que estamos bien.

—Bueno —repuso Tom—. Vamos ahora mismo. ¡Estoy tan excitado que tengo que hacer algo!

Los niños fueron al otro lado de la isla. Al cabo de un rato las niñas aparecieron, saludándoles con la mano. Jill se llevó los prismáticos a los ojos.



—¡Los muchachos están muy contentos y excitados por algo! —observó—. Señalan, agitan las manos y no cesan de hacer señas. Parece como si quisieran hacernos comprender algo.

—Bueno, sólo puede ser que han descubierto algo emocionante y quieren hacer algo —dijo Mary, cogiendo los prismáticos para mirar—. Sí... Tom parece loco. Bueno, ya lo sabremos cuando regresen esta noche. Sólo espero que Tom sea capaz de nadar hasta aquí. Esta mañana tuve miedo de que se ahogara.

Los niños desaparecieron al cabo de un rato. Se sentaron en un hueco soleado y terminaron el resto de la comida. Andy encontró un arroyuelo y bebieron. Luego estuvieron charlando tranquilamente en espera de que llegara la noche.

Por fin llegó. La Luna estaba detrás de las nubes y sólo daba una ligera claridad de cuando en cuando. Los niños fueron silenciosamente a lo alto del acantilado que dominaba la pequeña ensenada contigua al puerto. Ya habían planeado la forma mejor para bajar. Andy iba delante. Trepaba como un gato. Tom le seguía, tratando de no dejar caer ninguna piedra.

Llegaron a la playa. Era arenosa y sus pies no hacían ruido. Se quedaron al amparo de la sombra del acantilado unos minutos, escuchando. No se oía ruido alguno, excepto el ligero batir de las olas rompiendo en la arena. Los botes no estaban lejos, puestos boca abajo y en fila. Nadie los vigilaba. ¿Y por qué iban a vigilarlos? Nadie había pisado aquellas islas desde que se fueron los colonos..., excepto las tripulaciones de los hidroaviones y submarinos enemigos.

Los niños se arrastraron por la arena plateada.

—Coge el bote de la izquierda —susurró Andy—. Es de nuestro tamaño.

Llegaron junto al bote... y entonces oyeron voces. Parecían venir del lado más apartado del acantilado y se oían claramente en la noche. Los niños no entendieron las palabras..., pero al oírlas fue suficiente para hacerles quedar inmóviles junto al bote que habían escogido.

Tom estaba temblando. ¿Y si los sorprendían en el momento de llevarse el bote? Sería demasiada mala suerte. Los niños escucharon hasta que las voces se fueron alejando y luego alzaron la cabeza con sumas precauciones.

—Cuando la Luna se esconda tras esa espesa nube, daremos la vuelta al bote y lo echaremos al agua —susurró Andy—. Tú coge por este lado y yo cogeré el otro. Estate preparado.

—De acuerdo —susurró a su vez Tom. De manera que cuando la Luna se ocultó tras la negra nube, los niños se pusieron en pie. Dieron la vuelta al bote sin apenas hacer ruido, aunque era incómodo y pesado. Luego lo arrastraron por la arena hasta el agua. Tom se subió y tomó los remos. Andy también se subió luego de darle un empujón. La Luna seguía escondida.

Silenciosamente, los niños remaron mar adentro con la esperanza de que la Luna permaneciera oculta tras la nube hasta que ellos estuvieran lejos. No se oían gritos. Ni pasos apresurados. ¡Hasta el momento no habían sido descubiertos!

Remaron de prisa. Cuando la Luna volvió a salir, estaban lejos de la pequeña ensenada.

—¡Mira! Gira un poco más —exclamó Andy—. Estamos pasando el extremo de la isla. ¡Lo hemos hecho bastante bien para llegar aquí tan aprisa!

Pronto dieron la vuelta al extremo final de la tercera isla, y entraron en el ancho brazo de mar que se extendía entre ella y la segunda isla. Luego se dirigieron a la playa bajo el acantilado donde habían dejado a las niñas.



Jill y Mary aguardaban allí. Habían estado muy preocupadas desde que se hizo de noche, viendo que los niños no regresaban. No podían imaginarse lo ocurrido, y estaban en un estado de gran alarma y temor.

Y por fin Jill, mirando a través de los prismáticos cuando la Luna salió de entre las nubes, había visto un pequeño bote que se aproximaba por el brazo de mar que separaba las dos islas. Se agarró al brazo de Mary.

—¡Mira! ¡Un bote! ¿Es el enemigo?

Las niñas miraron y miraron mientras el corazón les latía con fuerza. No podían ver quién iba en el bote. Cuando arribó a la playa, se oyó el canto de la gaviota.

—¡Andy! —exclamó Jill, y casi se cae del acantilado—. ¡Podría conocer su canto de gaviota en cualquier parte!

Los niños subieron al acantilado y llegaron al borde rocoso. Las niñas les abrazaron con entusiasmo, tan contentas estaban de verles.

—¡El bote! ¿De dónde lo habéis sacado? —exclamó Mary.

—Ahora os lo contaremos —replicó Andy, y los cuatro se sentaron en el acantilado fresco y, olvidándose de la brisa helada, charlaron y escucharon con avidez.

Las niñas apenas podían creerlo. Les parecía imposible.

—Y ahora que tenemos un bote, lo llenaremos de alimentos y agua, y veremos si conseguimos volver a casa —dijo Andy—. Es lo único que podemos hacer... y debemos hacerlo.

—Pero, Andy —dijo Jill—, supongamos que el enemigo descubre que les falta un bote..., ¿no se alarmarán y registrarán las islas?

—Sí..., desde luego que sí —dijo Andy—. Y por eso debemos comenzar mañana. Esta noche dormiremos bien..., cogeremos muchas provisiones de la cueva... y veremos si podemos regresar a casa.

—¡Si consiguiéramos alejarnos antes de que el enemigo descubra que les ha desaparecido un bote! —dijo Tom—. Oh, ¿creéis que lo lograremos?

## Capítulo XII

### Una aventura osada

Los niños no pasaron muy buena noche después de todo, ya que estaban demasiado excitados para dormir. Habían ido todos en el bote remando hasta su isla, y luego de dejarlo atado en la playa, fueron a su cabaña.

A la mañana siguiente durmieron hasta tarde, ya que ninguno se durmió antes de medianoche... ¡y fueron despertados por el ruido palpitante que oyeron dos noches antes!

—¡Otra vez el hidroavión! —exclamó Andy, poniéndose en pie de un salto, y corriendo hasta la puerta de la cabaña llegó a tiempo de ver pasar el avión sobre su cabeza. Estuvo volando en grandes círculos hasta que se dispuso a aterrizar en las mansas aguas de la segunda isla.

—Eso significa que hoy no podemos irnos —dijo Tom al punto—. Hemos de conseguir alimentos para aprovisionar el bote... y no podemos hacerlo estando ese avión ahí.

—No..., no podemos —dijo Andy—. Pero te diré lo que podemos hacer, Tom. Podemos remar hasta la tercera isla, dejar atado nuestro bote en un lugar escondido, trepar a lo alto del acantilado, y tomar algunas fotos de la base submarina. Ya sabes que queremos sacar algunas fotografías.

—Sí..., podríamos hacer eso —repuso Tom—. Aunque tendremos que andar con mucho cuidado.

—Lo tendremos —repuso Andy—. Jill, ¿qué tenemos para comer?

Habían salchichas en conserva, habichuelas y salsa de tomate. Jill exhibió con orgullo unos panecillos hechos por ella. Comieron en silencio, meditando sobre todo lo ocurrido.

—Puede que este avión no se quede mucho tiempo —observó Andy—. Estuvo poco la última vez. Supongo que habrá venido a abastecer el almacén... o tal vez a llevarse provisiones. Habrá movimiento en este lado de la isla..., de manera que remaremos hacia el «otro», donde no seamos vistos, y luego hacia la tercera isla, y ataremos allí el bote. Vosotras debéis quedaros aquí.

—Oh, vosotros siempre hacéis cosas emocionantes —suspiró Mary—. ¿No podemos ir con vosotros? Yo no veo por qué no.

—Bueno, si hacéis exactamente lo que se os diga, podéis venir —concedió Andy tras unos instantes de reflexión. No le agradaba la idea de volver a dejar solas a las niñas. Tal vez fuese mejor que les acompañasen.

Las niñas estaban emocionadas. Recogieron las cosas del desayuno y lavaron los

cacharros. Prepararon la comida para llevársela. Era una gran cosa el haber descubierto el almacén de la cueva..., ahora tenían mucha comida y de todas clases. ¡Confiaban en que el avión no se lo llevase todo!

Lo pusieron todo en el bote. Los niños remaron, teniendo buen cuidado de mantenerse al otro lado de la cueva cuando llegaron a la segunda isla. Remaron a toda prisa por el espacio de agua que separaba aquella isla de la tercera, y llegaron a su punto más apartado. Allí había una pequeña playa entre altos acantilados... tanto... que parecía que iba a desprenderse alguna roca grande de un momento a otro.

—Precisamente el lugar que buscábamos —dijo Andy, entrando en la playa—. Saltad, niños. Llevaros la comida. Ayúdame a subir el bote, Tom. Subiremos toda la playa y lo dejaremos debajo de este saliente del acantilado. Allí estará bien escondido.



Dejaron allí el bote. El extremo sobresalía un poco y podía ser visto. Jill corrió hasta una roca cubierta de algas y cogiéndolas a puñados, exclamó:

—¡Convirtamos el bote en una roca! ¡Cubrámoslo con algas!

—¡Muy buena idea! —dijo Andy—. ¡No sabía que las niñas tuvieran ideas tan estupendas!

—¡Espera y verás las magníficas ideas que tenemos! —exclamó Mary.

Fueron arrancando algas y el bote no tardó en estar cubierto de ellas y tener el aspecto de otra roca más, sin que nadie pudiera averiguar que no lo era, aun pasando muy cerca.

—Así está bien —observó Andy—. Ahora avanzaremos cautelosamente por este extremo de la isla hasta llegar a la pequeña caleta de donde robamos el bote. ¡Nos asomaremos desde el acantilado para Ver si dan señales de haber descubierto su desaparición! Luego gatearemos hasta lo alto del otro acantilado que domina la base submarina y Tom hará unas cuantas fotografías.

Todo fue bien. Manteniéndose junto a los altos arbustos de helechos y acebo, los niños no tardaron en llegar al acantilado bajo el cual se hallaba la caleta de los botes. Cautelosamente, Andy separó algunas ramas de helecho para asomarse y ver la playa.

Allí estaban el resto de los botes, todavía boca arriba. No había nadie allí. Por lo que Andy pudo ver, no habían echado de menos el bote. ¡Bien!

Andy y los demás miraron hacia la playa. Tom estaba satisfecho.

—En tanto no echen de menos nuestro bote, estamos a salvo —observó—. Yo creo que el enemigo se siente tan seguro aquí que no entra en sus cabezas que puedan robarles un bote. No creo que lleguen a echarlo en falta.

—Espero que tengas razón —dijo Andy—. Pero no pensemos que el enemigo es descuidado o estúpido. Debemos pensar que son listos e inteligentes, y tratar de ser lo mismo nosotros. Ahora arrastrémonos hasta el próximo acantilado... y vosotras podréis ver los submarinos. ¡Será un buen espectáculo!

Muy despacio y con sumas precauciones los cuatro avanzaron por entre los arbustos hacia el siguiente acantilado. Todos estaban agazapados en el suelo y atisbaron entre los matorrales. Las niñas lanzaron una exclamación de sorpresa.

—¡Cielos! —exclamó Jill—. Uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco..., seis..., siete... ¡Cuántos submarinos hay aquí! Y todos van marcados con la cruz gamada.

—¡Una base submarina tan cerca de nuestra propia tierra! —dijo Mary—. ¡Y nadie lo sabe!

—¿Dónde está tu cámara fotográfica, Tom? —susurró Andy.

Tom la llevaba colgada del hombro. Con cuidado la despojó de su funda impermeable y se dispuso a tomar las fotos.

—Los dos primeros negativos son del hidroplano —dijo el niño en tono bajo—. Terminaré el resto del rollo con las fotos de los submarinos. Las fotos pueden ampliarse cuando llegemos a casa. ¡Entonces nadie podrá dudar de nosotros ni decir que lo hemos inventado!

«¡Clic!», hacía la cámara.

—Una foto tomada —dijo Tom—. He cogido a esos dos grandes submarinos que están juntos.

«¡Clic! ¡Clic! ¡Clic! ¡Clic!» Tom tomó las fotos con todo el cuidado posible para que fuesen buenas. Pronto hubo agotado todo el carrete.



—Esperaré a que estemos de vuelta en la cabaña para sacar el carrete en un rincón oscuro —dijo el muchacho—. ¡Ha sido un buen trabajo!

Metió la cámara en su funda, y los cuatro continuaron mirando los submarinos. Mientras observaban, entró uno en el puerto y salieron dos.

—Irán a hundir más barcos nuestros, supongo —exclamó Andy, furioso—. ¡Si pudiésemos detenerlos! Pero ya acabaremos con todos cuando demos la noticia en casa. Me figuro que enviarán aquí un par de barcos de guerra.

—¿Estamos seguros para comer algo? —preguntó Tom—. Tengo apetito.

—Ojalá me dieran un duro cada vez que oigo a Tom decir eso —dijo Jill, riendo.

—Bueno, sólo digo lo que estáis pensando todos —replicó Tom—. ¡Apuesto a que tenéis hambre!

¡Era cierto! Andy encontró un bosquecillo de arbustos no lejos de lo alto del acantilado. Allí la maleza era más alta que los niños y una vez se hubieron instalado entre la fronda, nadie hubiera podido verlos, ni desde arriba, ni pasando cerca de allí.

Comieron muy a gusto. Se tumbaron cara al cielo azul y lo contemplaron entre las ramas. Era maravilloso que el tiempo siguiera siendo tan bueno. Hubiera sido terrible que hubiese estado lloviendo todos los días.

—Ahora será mejor que regresemos —dijo Andy.

—Oh, ¿por qué? —preguntó Jill, somnolienta—. Estaba casi dormida.

—¡Te diré por qué! —exclamó Andy—. Suponiendo que echen de menos el bote robado..., bueno, el primer lugar que registrarían sería esta isla. Y nos encontrarían. No..., lo mejor que podemos hacer es regresar ahora, aguardar a que se vaya el avión y entonces ir directamente a la cueva y llenar nuestro bote de alimentos. Entonces podremos marcharnos esta noche.

—De acuerdo. Entonces vámonos ahora —dijo Jill, levantándose. Echaron un último vistazo a la base submarina y otro a la caleta de los botes. Luego emprendieron la marcha con sumas precauciones hacia la pequeña playa donde habían escondido su bote.

Allí estaba todavía envuelta en las algas. ¡Nadie lo había descubierto! Los niños lo echaron al agua, montaron en él, y Andy lo empujó antes de saltar.

Remaron por turnos. Estaban a mitad de camino de la segunda isla, en la costa opuesta a donde estaba la cueva almacén, cuando ocurrió una cosa terrible.

¡El hidroplano eligió aquel momento para abandonar las aguas de la segunda isla y elevarse en el aire, dispuesto a partir!

Los niños no tenían tiempo de subir el bote a la playa y esconderse. ¡Estaban en pleno mar, donde podían ser vistos fácilmente!

—Agacharos en el fondo del bote y así el piloto tal vez piense que no va nadie —ordenó Andy. Recogieron los remos rápidamente y se agazaparon. El avión se elevó rápidamente, y los niños apenas se atrevían a respirar, confiando que se alejase sin

reparar en ellos.

Pero de pronto alteró su curso y comenzó a trazar círculos volando cada vez más bajo. Fue bajando lo suficiente para examinar el bote y luego, elevándose otra vez, voló hacia la tercera isla y amerizó en la base submarina.

Andy se incorporó con el rostro pálido bajo su bronceado.

—Ya está —dijo—. ¡Nos han visto! Ahora contarán sus botes..., verán que falta uno... ¡y vendrán a por nosotros!

## Capítulo XIII

### Tom desaparece

Los niños se miraron unos a otros con la mayor desesperación. ¡Pensar que el hidroavión había tenido que levantar el vuelo precisamente en aquel momento! Qué mala suerte.

—Bueno, no podemos permanecer aquí sentados mirándonos los unos a los otros —dijo Andy con valentía—. Tenemos que hacer algo y de prisa. ¿Pero qué? ¡No puedo ni pensar!

A nadie se le ocurría nada, Andy deseaba ansiosamente que alguna persona mayor estuviese allí para hacerse cargo de la situación e indicarle cuál era el mejor camino a seguir. Pero allí no había ninguna persona mayor. Aquello tenía que decidirlo él... y decidirlo bien, porque tenía dos niñas a su cuidado.

—Será mejor que vayamos remando a la cueva almacén y carguemos el bote de comida mientras podamos —dijo al fin—. Luego nos iremos en seguida y esperemos que ese avión no nos descubra en el mar. Es lo único que podemos hacer.

Era un largo trecho hasta la cueva, pero por fin llegaron completamente extenuados. No había nadie por allí; amarraron el bote y saltaron. Al cabo de poco estaban en la «Cueva Redonda» acarreando montones de latas y cajas.

—¡Cielos! ¡Tenemos bastantes provisiones para varias semanas! —exclamó Tom.

—¡Puede que las necesitemos! —replicó Andy—. Dios sabe lo lejos que estamos de casa. Tampoco tengo idea de cuál es la dirección, pero haré cuanto pueda.

Tom se dirigía al bote con montones de cosas. Andy contempló la cantidad de alimento que había ya en el fondo del bote y meneó la cabeza.

—Es suficiente —declaró—. ¡Si no, el bote nos resultará demasiado pesado para remar! ¡Vamos!

Subieron todos. Remaron hasta más allá del arrecife rocoso donde habían encontrado una entrada, y luego hacia su isla. Andy deseaba recoger las mantas porque estaba seguro de que haría mucho frío por la noche.

—Vosotros id a buscar toda la ropa de abrigo que tengamos —les dijo Andy—. Y traed también un par de tazas y un cuchillo. Yo tengo un,, abrelatas.

Las niñas corrieron hacia la cabaña... y mientras, los niños oyeron el ruido que tanto temían oír... el del motor del hidroplano retumbando sobre el agua.

—¡Ahí viene otra vez! —exclamó Andy, furioso—. Siempre en el peor momento. Échate al suelo, Tom. ¡Espero que las niñas tengan el sentido de hacer lo mismo!

El avión sobrevoló la isla como si estuviese buscando algo. Luego salió al mar y estuvo trazando grandes círculos. Andy alzó la cabeza para observarle.

—¿Sabes lo que está haciendo? —dijo—. Está dando vueltas sobre el mar buscando nuestro bote... igual que el halcón vuela sobre los campos en busca de ratones. Es una suerte que no nos hayamos marchado en seguida. Ahora creo que será mejor aguardar a que sea de noche... y huir en la oscuridad. Si intentásemos irnos ahora nos verían fácilmente.

Aguardaron hasta que el ruido del motor del avión se fue alejando. Estaba sobrevolando el agua en busca del bote robado. Andy se puso en pie y llamó a las niñas con su grito especial. Ellas se habían refugiado debajo de unos arbustos.

—Se ha ido, de momento. Ayudadnos a sacar todas estas cosas y a esconderlas. Si descubren el bote aquí y se lo llevan, y nosotros quedamos prisioneros en esta isla, por lo menos estaremos bien provistos.

—Si logramos marchar esta noche podremos volver a cargar los alimentos con facilidad —observó Tom.

Todos trabajaron de firme enterrando las latas y cajas en la arena suelta del fondo de la playa. Subieron el bote a la playa, y luego se sentaron a descansar, acalorados y rendidos.

Y entonces Tom lanzó un gemido de desaliento. Los otros pegaron un respingo y le miraron con temor.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Andy.

—¡Mi cámara! —exclamó Tom, y su rostro era la imagen del horror—. ¡Mi cámara... con todas las fotografías que tomé! ¡Me la dejé en la cueva almacén!

—¡Que la dejaste en la «cueva»! —exclamaron todos—. ¿Y cómo?

—Bueno, tenía miedo de que golpease contra las rocas mientras recorría los pasadizos —explicó Tom—. De modo que me la quité con la intención de recogerla al irme. Y se me olvidó.

—¡Atontado! —le dijo Jill.

—No me llames eso —replicó Tom, casi a punto de llorar.

—Bueno, atontado es una palabra demasiado buena para ti —dijo Mary—. Tonto de remate sería mejor. No es posible que tengas ni un poco de cerebro para haber hecho una cosa así, de manera que no debes tenerlo.

Tom se puso muy encarnado, y parpadeando tragó saliva para deshacerse el nudo que sentía en su garganta. Comprendía lo valiosas que eran las fotos que había tomado. ¿Cómo pudo olvidar su cámara?

—Anímate, Tom —le dijo Andy—. Sé cómo te sientes. Yo sentí lo mismo al darme cuenta de que había olvidado el ancla del barco. Es terrible.



Tom le estaba agradecido a Andy por no reñirle, pero de todas formas se sentía muy desgraciado. Habían corrido tanto riesgo para sacar aquellas fotos... y ahora se habían perdido por culpa de su descuido.

—Voto por que comamos algo —propuso Andy, pensando que aquello animaría a Tom, pero no fue así. Por primera vez Tom no sentía apetito. No pudo comer nada. Permaneció sentado cerca mirando tristemente a los otros.

El avión no volvió, y los niños aguardaron la noche para poder marchar.

Jill bostezaba.

—Debo hacer algo durante estas dos o tres horas —anunció—, o me quedaré dormida. Voy a buscar la cafetera, la llenaré de agua en el manantial, y la llevaré al bote. Hay un gran barril para agua y lo iré llenando.

—Buena idea —repuso Andy—. Tú y Mary podéis hacerlo. Yo iré a los arbustos donde dejamos la vela, para ver si sigue allí. No creo que tenga tiempo de preparar una especie de mástil para este bote, de manera que la vela no nos servirá para eso, pero puede sernos útil para cubrirnos en caso de que se ponga a llover.

Las niñas se fueron. Andy hizo una seña a Tom, que seguía apesadumbrado, y atravesó la isla hasta los arbustos donde había dejado la vela.

Tom se quedó solo.

«No me quieren con ellos —pensó el niño, muy equivocado—. Me desprecian. ¡“Yo” también me desprecio! Oh, Dios mío... si pudiera recuperar mi máquina fotográfica».

Pensó en el arrecife que llevaba a la segunda isla, pero era inútil pensar en ir por allí entonces porque la marea estaba subiendo.

¡Pero entonces se acordó del bote! Realmente no era una gran distancia desde donde estaba para ir remando a la cueva. ¡Qué contentos se pondrían los otros si volviera con su cámara!

El niño no se paró a pensar. Arrastró el bote él solo, aunque casi se arranca los brazos. Lo metió en el agua, y se subió. Tomando los remos se puso a remar rápidamente hacia la segunda isla. Allí se detendría en la playa, y correría a la cueva para recuperar su cámara.

«¡Y regresaré aquí casi antes de que los otros se den cuenta de que me he ido!», pensó.

Nadie se hubiese enterado de lo que Tom había hecho, si Andy no se vuelve casualmente a mirar mientras iba a recoger la vela vieja. Ante su enorme asombro vio que su bote se alejaba.

No pudo ver que era Tom quien remaba, y por un momento permaneció inmóvil preguntándose qué habría ocurrido. ¿Sería otro bote y no el suyo? Corrió rápidamente a averiguarlo.

Pronto vio que se trataba de su bote. Vio el lugar donde Tom lo había arrastrado hasta el agua. Entonces pudo ver cómo el bote doblaba muy de prisa, velozmente, la punta del acantilado.

«Ése ha sido Tom», se dijo para sus adentros. Las niñas llegaron en aquel momento y le llamaron a gritos.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué pones esa cara? ¿Dónde está el bote?

—Tom se ha ido con él —repuso Andy, enfadado.

—¡«Tom»! ¿Qué quieres decir, Andy? —preguntó Jill con el mayor asombro.

—Supongo que estaría disgustado por haber olvidado su cámara y ha ido a recuperarla —dijo Andy—. Realmente es un atontado. Pueden verle y apresarle. Estoy seguro de que pronto empezarán a buscarnos. ¡La verdad es que sacudiría a Tom hasta que le castañeteasen los dientes!

Las niñas miraron a Andy con desaliento. No les agradaba la idea de que su hermano se hubiera ido solo en el bote. Bueno... tendrían que aguardar pacientemente a que Tom regresara. En realidad no iba a llevarle mucho tiempo. El sol se estaba poniendo. Estaría de regreso al oscurecer, y entonces todos juntos podrían emprender la aventura de regresar a casa.

Jill dejó la cafetera con el agua abajo en la playa. Estaba cansada. Mary sentóse a su lado y contemplaron el mar por donde Tom debía regresar. Andy paseaba de un lado a otro, impaciente. Comprendía perfectamente que Tom deseara recuperar su cámara y rehabilitarse delante de los demás para que dejaran de considerarle descuidado y torpe... pero ¡ojalá no se hubiese ido en su precioso bote!



Los tres niños aguardaron y aguardaron. El sol estaba cada vez más bajo. Al fin desapareció en la línea del horizonte y las primeras estrellas comenzaron a brillar en el cielo oscuro.

Y Tom seguía sin regresar. Las niñas ya no veían nada en el mar, que ahora estaba negro, mas permanecían atentas por si oían el batir de los remos.

—Tom ya debiera haber regresado —dijo Andy, preocupado—. ¡Ha tenido tiempo de recoger una docena de cámaras! ¿Qué estará haciendo?

Nadie lo sabía, y permanecieron sentados en la fría playa, nerviosos y preocupados. ¡Si por lo menos Tom volviera! Nadie iba a regañarle. Nadie le pondría mala cara. Sólo deseaban su vuelta.

—Yo creo que le habrán cogido —exclamó Andy al fin—. No puede haber otra razón para que no regrese. ¡«Ahora» estamos en un bonito aprieto! ¡Sin Tom... y sin bote!

## Capítulo XIV

### Un prisionero en la cueva

¿Qué le habría ocurrido a Tom? Muchas y grandes cosas. Había remado felizmente hasta la playa donde estaban las cuevas escondidas en el acantilado. Luego de subir el bote a la arena, penetró en la primera cueva. Recorrió el pasadizo rocoso, tambaleándose hasta llegar a la extraña cueva redonda que estaba llena de comestibles.

Como no tenía linterna tuvo que ir tanteando en la oscuridad para buscar su cámara. Le llevó bastante tiempo el encontrarla.

—¿Dónde la «puse»? —se preguntaba el niño, nervioso—. ¡Oh, si por lo menos tuviese una cerilla!

Pero no la tenía. Tanteó latas y cajas... y por fin su mano se posó sobre una máquina fotográfica, segura en su funda impermeable.

«Bien —pensó Tom—. Ahora sólo tengo que correr hasta el bote y regresar. Debo darme prisa o los otros estarán preocupados».

Pero Tom tuvo un sobresalto terrible cuando iba a salir de la «Cueva Redonda» para volver a la playa. ¡Oyó voces!

El niño permaneció completamente inmóvil mientras el corazón le latía de prisa. ¿Qué voces eran ésas?

Se fueron acercando. ¡En la playa habían hombres! ¡Y habrían descubierto su bote! ¿Era el enemigo?

¡Pobre Tom... sí que «era» el enemigo! Tom no había oído el ruido del hidroplano al aterrizar sobre el agua. Ni siquiera vio el bote de goma que se aproximó rápidamente a la playa, pero ahora sí oía las voces de los hombres.

Habían visto el bote en la playa y habían ido a examinarlo. Pronto cayeron en la cuenta de que se trataba del bote robado, que ya había sido echado en falta y lo andaban buscando.

Los hombres comprendieron en seguida que el propietario del bote estaba en... la cueva. E iban a buscarle allí.

Tom regresó a la «Cueva Redonda», ocultándose detrás de un montón de cajas. Estaba completamente seguro de que le descubrirían... y mientras se acurrucaba allí tembloroso y asustado, tomó la «firme» determinación de no decir que otros habían ido con él a las islas. Tal vez consiguiera hacer creer a aquellos hombres que era el único... y de este modo puede que no buscasen a los demás.

«He sido un perfecto tonto al exponerme a un peligro semejante —pensó el pobre Tom—. Pero por lo menos tal vez pueda evitar que persigan a los otros».

Los hombres entraron en la «Cueva Redonda». Llevaban potentes linternas que dirigían a todas partes... y casi al momento vieron los pies de Tom que asomaban detrás de una caja.

Le sacaron a rastras y él se incorporó. Parecieron quedar asombrados al ver que era sólo un niño. Ellos esperaban a un hombre. Hablaron entre ellos en un lenguaje que Tom no pudo entender.

Uno de ellos, que sabía hablar inglés, se dirigió a Tom.

—¿Cómo llegaste a esta isla?

—Salí en un bote de vela y la tormenta me hizo naufragar —dijo Tom—. Si miran podrán ver mi barco entre las rocas de la costa de la isla siguiente.

—¿Hay alguien más contigo en esta isla? —preguntó el hombre—. Di la verdad.

¡Tom pudo contestar sin faltar a la verdad que «no había» nadie más con él en la isla! Gracias a Dios los otros estaban en la primera isla.

—No hay nadie más —repuso—. Registren la cueva y lo verán.

Los hombres volvieron a registrar la cueva, pero, naturalmente, no encontraron a nadie. Sin embargo, no parecían satisfechos. Tom pudo darse cuenta de que estaban seguros de que habían otros.

—¿Cómo descubriste esta cueva? —le preguntó el hombre que hablaba inglés.

—Por casualidad —replicó Tom.

—¿Y supongo que también encontraste el bote por casualidad, y viste los submarinos por casualidad? —dijo el hombre en tono desagradable—. ¿Estás seguro de que no hay nadie más contigo?

—Completamente —repuso Tom—. ¿No les hubieran visto en la cueva si estuviesen?

—No vamos a creerte —dijo el hombre con una risa horrible—. Registraremos esta isla y las dos contiguas... ¡y si encontramos a alguien más, vas a sentirlo mucho, pero mucho!



—¡No encontrarán a nadie! —exclamó Tom, esperando que así fuera y deseando poder avisar a Andy y a las niñas de algún modo—. ¿Van a hacerme prisionero?

—Desde luego que sí —contestó el hombre—. Y puesto que al parecer te gusta tanto esta cueva, te dejaremos aquí. ¡Tienes comida... y si estás aquí no podrás ir espiando por ahí! Pondremos a un hombre de guardia en la entrada... de manera que si tratas de escapar, o alguien intenta entrar, será detenido. Nuestro hombre estará bien escondido detrás de la roca de la entrada... y si algún amigo tuyo trata de rescatarte, se llevará una sorpresa.

Tom le escuchaba y el corazón le bajó hasta los talones. ¡Qué idiota había sido! Iba a ser un prisionero... y si los otros trataban de rescatarle también los cogerían, ya que jamás adivinarían que había un centinela escondido tras las rocas, aguardándoles.

Tom se sentó sobre una caja. No iba a llorar. No pensaba demostrar a aquellos hombres lo asustado y preocupado que estaba. Su rostro expresaba valentía y coraje... pero en su interior estaba llorando a mares. ¡Si por lo menos pudiera avisar a Andy!

¡Pero no podía hacer nada... nada! Sólo permanecer sentado en la cueva, rodeado de succulentos manjares, que ni siquiera se molestaba en contemplar, pensando en los otros. ¡Pobre Tom! ¡Era un castigo terrible por haber sido lo bastante descuidado como para olvidar su cámara y lo bastante tonto como para tratar de recobrarla!

Los hombres le dejaron una lámpara. Se estaba haciendo tarde y Tom estaba cansado... pero no podía dormir. Oyó salir a los hombres y supo que el centinela había quedado entre las rocas. No podría escapar. ¡Pero lo intentaría!

De manera que muy despacio comenzó avanzar por el pasillo rocoso en dirección a la cueva arenosa de abajo. Pero sus pies hacían correr las piedras de cuando en cuando y una voz gritó en la oscuridad.

No pudo entender lo que le decía, pero la voz era tan severa que regresó corriendo a la «Cueva Redonda». Era inútil tratar de escapar.

Volvió a sentarse, preocupado por los otros. ¿Qué estarían pensando y haciendo? ¿Adivinarían que había ido a buscar su cámara e irían a buscarle cuando la marea descubriera las rocas a la mañana siguiente? En ese caso, les atraparían sin la menor duda.

Andy y las niñas permanecieron sentadas hasta que les rindió el sueño. Entonces volvieron a la cabaña, se acurrucaron en sus camas y durmieron intranquilos preocupados por Tom y el bote perdido.

Por la mañana, Andy salió cautelosamente, preguntándose si el enemigo habría desembarcado en su isla para buscarles. Pero no pudo ver nada extraño.

Estuvo hablando con las niñas mientras ellas preparaban el desayuno.

—Es seguro que han cogido a Tom —les dijo—. Me temo que no hay duda sobre eso. Bueno, conozco a Tom lo suficiente para saber que no dirá que estamos aquí. No

nos descubrirá. Pero es seguro que ellos buscarán por si hay alguien más por aquí. Tenemos que hacer dos cosas... escondernos de manera que «no puedan» encontrarnos... y luego pensar en un medio de rescatar a Tom.

—¡Oh, cielos! Parece imposible —exclamó Jill, muy preocupada. Mary comenzó a llorar.

—No llores, Mary —dijo Andy, rodeándola con su brazo—. Ahora tenemos que ser valientes. Somos niños ingleses y por eso hemos de tener mucho valor y montones de ideas. Hemos de pensar intensamente y ver lo que podemos hacer para despistar al enemigo.

—Pero Andy, ¿cómo podemos escondernos en esta isla desnuda? —dijo Mary, secándose los ojos y parpadeando entre sus lágrimas—. Registrarán toda la maleza. No hay buenos árboles donde ocultarse. Ni una sola cueva. ¡Realmente, no hay nada en absoluto!

—Tienes razón, Mary —dijo Andy—. Va a ser muy difícil. Pero hay que pensar «algo». Veréis, si pudiésemos ocultarnos y no ser descubiertos, podríamos pensar en un medio de rescatar a Tom... pero si nos encuentran no podremos ayudarle ni escapar para contar nuestro secreto.

—Sí... es muy, muy importante —dijo Jill, pensativa—. Pensemos en las formas de escondernos. Los arbustos no pueden servirnos, ¿verdad?

—Inútil —dijo Andy—. Yo pensé que quizá pudiésemos ir al barco y escondernos en la cabina... pero sé que mirarán allí.

—¿Podríamos escondernos en la cabaña? —preguntó Mary—. ¿Cubriéndonos con el acebo, o algo así?

—No —replicó Andy—. La cabaña no sirve. Nos descubrirían en seguida. Y no hay ningún otro sitio en los otros edificios derruidos. Ojalá conociésemos alguna cueva o algo parecido.

—Es una suerte que tengamos tanta comida escondida en la arena —agregó Jill—. ¡Si «conseguimos» escondernos no nos moriremos de hambre! ¡Sólo hay que ir desenterrando ese almacén de comida!

—Sí... es una suerte —repuso Andy—. ¡Escuchad! Parece el motor de una lancha, ¿verdad?

Andy se asomó a ver, manteniéndose oculto. Sí... una lancha estaba doblando la punta de la isla... una lancha motora con cinco hombres a bordo.



—¡Vienen! —susurró Andy—. Se acercan en una lancha a motor. ¡De prisa...!, ¿dónde nos escondemos?

—Será mejor que vayamos corriendo al otro lado de la isla —dijo Jill con el rostro muy pálido—. El primer lugar que registrarán será este lado donde desembarquen. ¡De prisa, Mary!

Los tres niños salieron de la cabaña y corrieron por el camino rocoso. Cuando la lancha llegó a la playa ya se habían perdido de vista. ¿Lograrían alcanzar el otro lado de la isla sin ser vistos...? ¿Pero qué podrían hacer allí? ¡En la playa no habían más que rocas y arena...! ¡Les iban a encontrar en dos minutos!

## Capítulo XV

### El registro de la isla

Andy y las niñas no tardaron en llegar al otro lado de la isla. Descendieron por el acantilado hasta la playa, que era arenosa, aunque a un lado había un grupo de rocas cubiertas de algas. Era imposible esconderse detrás porque les hubiesen descubierto en seguida.

Se miraron unos a otros con desesperación.

—¿Sería posible ir al mar y mantenerse bajo el agua? —preguntó Jill.

—No —replicó Andy—. Tendríamos que sacar continuamente la cabeza para respirar y nos verían en seguida.

Jill miró las rocas cercanas y lanzó tal grito que Andy y Mary pegaron un respingo.

—¡Chiss! —le dijo Andy, enojado—. Te van a oír. ¿Qué ocurre?

—¡Ya sé como escondernos! —exclamó Jill, sin aliento—. Es la misma idea que tuve para esconder el bote. ¿No podríamos cubrirnos de arena y luego con algas para parecer rocas? Podríamos tendernos junto a esas rocas, y si nos cubriésemos enteramente de algas tendríamos su mismo aspecto.

—¡Cielos! ¡Eso sí que «es» una idea! —exclamó Andy al punto—. ¡De prisa! Yo os cubriré con arena en seguida. Venid aquí.

Los tres corrieron hacia las rocas. La marea estaba baja y la arena estaba dura, aunque húmeda. Andy hizo que las niñas se tendieran juntas, y luego las fue cubriendo con arena, dejando un espacio libre bajo su nariz para respirar. No tenía otra cosa que sus manos, y resultaba una tarea dura. Luego cogió grandes brazadas de algas de las rocas y las echó sobre el montón de arena. ¡Cuándo hubo terminado, las niñas tenían exactamente el mismo aspecto que las rocas cercanas! Era maravilloso.

Andy fue tapando con algas sueltas las marcas que había hecho en la arena. Luego comenzó a excavar un hoyo para él y a cubrirse con la arena y las algas. Luego alzó la cabeza para mirar a las niñas. ¡Realmente ya no sabía qué rocas eran! Estuvo mirando y mirando, pero hasta que una de las rocas se movió un poco no supo que era una de las niñas.

—¡Jill! ¡Mary! —les llamó en voz baja... En cuanto me oigáis chillar como una gaviota debéis permanecer completamente inmóviles. ¡Estáis estupendas! No sabía qué roca erais hasta que una de vosotras se ha movido.

—Andy, tengo miedo de que uno de los hombres me pise —dijo Mary, asustada.

—¡Bueno, pues déjale! —le contestó Andy—. ¡No te aconsejo que le adviertas que no debe pisarte!

Se oyeron risas procedentes de las rocas cercanas. Aunque las niñas estaban asustadas sabían apreciar un chiste. Todos permanecieron quietos durante un rato y luego Andy oyó voces que se acercaban. Gritó como una gaviota y las niñas se estuvieron tan quietas que no se movió ni un alga de las que las cubrían.

Los hombres bajaron a la playa llamándose unos a otros en voz alta. Andy no pudo entender nada de lo que decían. Los corazones de los niños latían con fuerza, y Jill se preguntó si oirían el suyo. Le parecía que sus latidos resonaban como martillazos.

Los hombres miraban a su alrededor. Uno gritó algo a los otros y echó a andar hacia las rocas. Andy estaba muy alarmado.

«Espero que parezcamos rocas de verdad —pensó—. Y que nadie nos pise... o nos descubrirán en seguida... aparte de que nos harían daño».

El hombre se iba aproximando. Se detuvo junto a Andy para sacar un paquete de cigarrillos. Andy le oyó frotar una cerilla, comprendiendo que iba a encender un cigarrillo.

El hombre arrojó el paquete de cigarrillos vacío y dio una chupada al suyo. Una gaviota joven, viendo que el hombre arrojaba el paquete, pensó que podía tratarse de un trozo de pan, y se acercó a mirar, gritando «li-oo, ii-oo, ii-oo» muy fuerte.

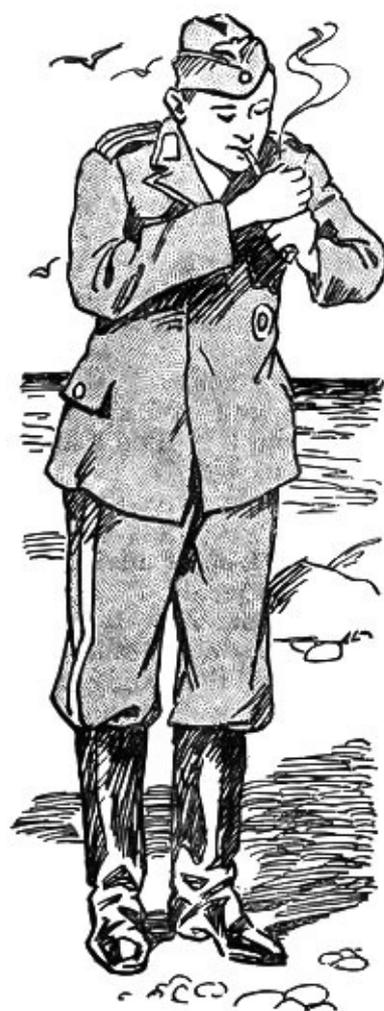
Las otras gaviotas la oyeron y fueron bajando en círculos, preguntándose si habría algo que encontrar. La gaviota joven se puso en la arena y se quedó mirando el paquete sin atreverse a picotearlo porque estaba demasiado cerca el hombre.

Las otras gaviotas bajaron también... y dos se posaron sobre Andy y otra encima de las niñas. ¡Los niños se parecían tanto a las rocas, camuflados de aquella manera, que las gaviotas les tomaron por tales!

Una de las gaviotas pensó que la roca era blanda y cálida, e inclinando la cabeza la picoteó. Andy casi lanzó un grito al notar el picotazo en la rodilla.

Los otros hombres se reunieron con el que fumaba, sin molestarse en subir a las rocas. Uno de ellos dijo que era evidente que allí no podía haber nadie escondido, ya que de otro modo las gaviotas no se hubiesen posado en las rocas, y estarían recelosas.

Durante algún tiempo los hombres permanecieron allí charlando y fumando, y luego volvieron a subir al acantilado. Uno pasó tan cerca de Andy que el niño oyó el



ruido de sus pisadas muy cerca.

Los hombres desaparecieron en lo alto del acantilado. Al cabo de un rato, Andy alzó la cabeza con cautela y miró a su alrededor. No se veía a nadie.

Andy consideró más seguro el permanecer todavía un rato más, tal como estaban... pero sentía frío y humedad y tenía miedo de que las niñas pillasen un resfriado.

—¡Mary! ¡Jill! —les gritó en voz baja—. Creo que los hombres se han ido, pero todavía debemos tener cuidado. Despacio y con cuidado quitaros las algas y la arena. Estad preparadas para quedaros quietas si os aviso.

Pero no hubo necesidad de eso... los hombres no regresaron a la playa. Los tres niños se sacudieron la arena húmeda, pusieron las algas sobre el lugar donde habían estado tendidos y corrieron al amparo del acantilado, donde nadie podía verles, en caso de asomarse.

Las gaviotas levantaron el vuelo llenas de sorpresa y alarma. No entendían cómo las rocas podían convertirse en niños tan de prisa. ¡Y la gaviota joven tomó la determinación de no volver a posarse en una roca... por si acaso se convertía en personal.

—¡Cielos! —exclamó Andy mientras temblaba junto al acantilado—. ¡De buena nos hemos librado! ¡Un hombre casi me pisa una mano bajo la arena!

—¿Qué te has hecho en la rodilla, Andy? —le preguntó Jill, señalando el lugar de la pierna de Andy que estaba sangrando.

—Una gaviota me picó —repuso Andy, secándose la sangre—. No es nada. Vaya, ¿verdad que fue divertido cuando las gaviotas nos tomaron por rocas y se posaron sobre nosotros? ¡Nos han ayudado mucho!

—Una gaviota casi se posa en mi cara —dijo Jill—. No me hubiese gustado mucho.

—Tengo frío —exclamó Mary, temblando—. Ha sido horrible tener que estar tanto tiempo enterrada en la arena húmeda.

Estornudó. Andy le miraba preocupado. No era conveniente para ninguno el ponerse enfermo precisamente ahora. Tomó una decisión rápidamente.

—Los hombres deben haberse marchado ya de la isla —dijo—. Iré a ver. Si se han ido ya, iremos a la cabaña, encenderemos la estufa y nos secaremos. Prepararemos cacao caliente y reaccionaremos.

Las niñas pensaron que era una idea estupenda. Andy subió al acantilado.

—Quedaos aquí hasta oír mi grito de gaviota —les dijo—. Y entonces venid lo más de prisa que podáis.

Llegó a lo alto del acantilado. Y allí, manteniéndose junto a los arbustos, fue avanzando hacia el otro lado de la isla, vigilando por si veía alguna señal que le indicara la presencia de los hombres. Al llegar a la hondonada donde estaban las

viejas edificaciones... vio como la lancha motora se alejaba de la playa. Los hombres habían abandonado la búsqueda y regresaban a la tercera isla. Ya habían registrado la segunda sin encontrar a nadie más que a Tom.

Andy regresó para avisar a las niñas con su canto de gaviota. Ellas treparon al acantilado en seguida y atravesaron la isla corriendo, cosa que les hizo entrar en calor. Andy estaba en la cabaña con la estufa encendida, que les ofrecía un calor reconfortante.

—Quitaros esa ropa húmeda y envolveros en las mantas —les dijo Andy, que ya estaba arropado en una, como un piel roja—. Estoy preparando un poco de cacao.



A los diez minutos los niños se sentían animados y reconfortados. La estufa secó sus ropas y el cacao les calentó. Nadie volvió a estornudar y Andy comenzó a confiar en que su larga estancia bajo la arena húmeda no les ocasionase ningún constipado.

—Andy, ¿qué vamos a hacer ahora? —preguntó Jill, sorbiendo su cacao—. Por fortuna tenemos mucha comida porque la enterramos en la arena del fondo de la playa... pero no podemos irnos porque no tenemos bote y hemos perdido a Tom. ¿Tendremos que quedarnos aquí durante el resto de nuestras vidas?

—No seas tonta, Jill —repuso Andy—. Cada cosa a su tiempo, por amor de Dios. Hasta ahora hemos hecho lo más importante... escondernos bien para no ser descubiertos y ahora tenemos que hacer otra cosa muy importante... ¡rescatar a Tom! Después pensaremos cómo escapar... pero cada cosa a su tiempo, por favor, y sin preocuparnos de lo que va a ocurrir. Si nos preocupamos, nos asustaremos, y nadie sirve para nada cuando se asusta. ¡Necesitaremos de todo nuestro valor y lo utilizaremos!

Jill y Mary se animaron ante las palabras de Andy.

—Me «gustaría» rescatar al pobre Tom —dijo Jill—. Debe estar muy solo y preocupado. ¿Dónde supones que está?

—En la cueva donde dejó su cámara, supongo —replicó Andy, sirviéndose otra

taza de cacao—. Y estoy casi seguro de que habrán puesto un centinela en la entrada, ya que de no ser así, Tom hubiese escapado... de manera que no nos meteremos en aprietos... veremos si hay algún otro medio de rescatar a Tom.

—¿Pero cómo podrá ser? —preguntó Jill.

—No lo sé todavía —contestó Andy—. Pero sé una cosa... que pensábamos que era imposible escondernos en esta isla desnuda... y, no obstante, lo conseguimos. Y por eso, aunque parece imposible rescatar a Tom, debe haber algún medio si lo pensamos bien. ¡De manera que... pensemos!

## Capítulo XVI

### Un descubrimiento emocionante

A nadie se le ocurría cómo rescatar a Tom. Si la entrada de la cueva estaba vigilada, ¿cómo era posible que Andy entrase sin ser visto?

El muchacho lo descartó al cabo de un rato y para distraerse puso el gramófono. Sólo había quedado un disco entero, y era el que tenía una canción de cuna por un lado y las tonadas infantiles por el otro. Las niñas lo escucharon bastante fastidiadas, ya que lo habían oído cientos de veces desde que llegaron a la isla.

—Páralo, Andy —dijo Jill—. ¡Si vuelvo a oír esa voz cantando esa canción de cuna me dormiré!

Andy quitó el disco del gramófono y se fue a la entrada de la cabaña. No tenía miedo de que volvieran los hombres, ya que estaba seguro de que por el momento consideraban que no había nadie en «aquella» isla.

Andy tuvo una idea y regresó con las niñas.

—Creo que sería conveniente que yo fuese a la segunda isla esta noche, cuando haya oscurecido —les dijo—. Es posible que pueda ponerme en contacto con Tom de algún modo y enterarme de lo que ha ocurrido, aunque no pueda rescatarle.

—Oh, Andy... nos quedaremos solas —dijo Mary con desaliento.

—No nos importa eso, si Andy puede ayudar a Tom —intervino Jill—. Nos quedaremos en la cabaña, Andy, y trataremos de dormir mientras tú estás fuera. Pero tendrás cuidado, ¿verdad?

—Lo tendré —repuso Andy—. No quiero que me hagan prisionero a mí también... no necesitáis preocuparos por eso. ¡Ningún enemigo me atrapará!

De manera que aquella noche, cuando sólo tenía la luz de las estrellas para guiarse, ya que la luna no había salido, Andy recorrió la línea de rocas hasta la segunda isla. Fue con mucho cuidado, pues no quería hacer el menor ruido que pudiera llegar a oídos de los que pudieran estar en la playa de la cueva.

Vadeó las aguas poco profundas hasta la arena del extremo más cercano de la playa. Y allí permaneció quieto escuchando, y no muy lejos, cerca del acantilado donde estaba la entrada de la cueva, oyó toser.



«¡Ajá! —se dijo para sus adentros—. ¡Gracias por esa tos, querido centinela! Ahora sé exactamente dónde estás. Detrás de la gran roca de la entrada de la cueva. ¡Bueno, no pienso acercarme a ti!»

El niño estuvo un rato allí, escuchando. El centinela carraspeó y tosió otra vez muy fuerte. Andy sonrió. Echó a andar hacia el extremo del acantilado y allí se puso a trepar con sumas precauciones.

Como no era muy empinado, pronto estuvo arriba, y sin hacer el menor ruido.

Encontró una pequeña hondonada donde los helechos y el acebo crecían profusamente. Se agazapó debajo de un matorral, amontonó los helechos debajo, y durmió plácidamente. Sabía que no le era posible hacer nada hasta que llegase la mañana y pudiera ver dónde estaba.

El sol fue despertando a Andy. Tenía agujetas, y se desperezó bostezando. Sentía apetito, pero allí no había otra cosa que bayas silvestres.

Avanzó con cautela hasta el borde del acantilado. Casi debajo mismo estaba el centinela que oyera la noche pasada, detrás de una roca de la entrada de la cueva. En aquel momento un bote se aproximaba a la playa del que salió un hombre para relevar la guardia al centinela. Estuvieron charlando un rato y luego el primer centinela se fue hacia el bote bostezando, y el nuevo ocupó su puesto de vigilancia.

Andy se sentó para pensar. Retrocedió hasta un lugar que él imaginaba debía estar exactamente encima de la «Cueva Redonda», preguntándose si Tom le oiría si golpeaba el suelo fuertemente con los pies.

Al fin y al cabo, el niño no podía estar muy lejos, ya que la «Cueva Redonda» se internaba mucho en el acantilado.

Y entonces ocurrió algo extraordinario... ¡y tan sorprendente que a Andy el corazón casi se le escapa del pecho!

¡Se oyó un gemido bajo sus pies! Andy estaba tendido sobre la maleza, y al oír el gemido levantó las piernas para mirar de dónde había salido, ya que no podía dar

crédito ni a sus ojos ni a sus oídos.

Se oyó otro ligero gemido, más semejante a un bostezo prolongado. Andy miró la maleza preguntándose si no le habrían engañado sus oídos. ¡Las plantas ni bostezan ni gimen! Entonces, ¿qué era aquello?

Suave y cautelosamente el niño comenzó a examinar el acebo. Lo fue apartando a un lado y ante su enorme asombro descubrió un agujero debajo de las raíces de la planta... un agujero que debía conducir a la «Cueva Redonda», ya que según él debía hallarse exactamente encima de aquella cueva.

Andy estaba tan excitado que se puso a temblar.

«No es extraño que la cueva no olera a humedad ni a aire viciado, como era de esperar —pensó—. ¡Aquí hay un respiradero que va directamente a la cueva! ¡Cielos! Me pregunto si existe alguna posibilidad de rescatar a Tom por este camino».

Arrancó toda la mata para examinar el agujero. La tierra era seca y arenosa. Andy comenzó a escarbar, viendo que era muy sencillo agrandarlo. ¡Supongamos que pudiera hacerlo lo bastante grande como para poder bajar... o para que Tom subiera!

«¡Sabía que existiría algún medio si no abandonábamos la esperanza! —pensó el niño excitado—. ¡Lo sabía!»

Fue arrastrándose hasta el borde del acantilado y se asomó. El centinela seguía allí ocupado en comer su desayuno. Estaría descuidado por algún tiempo.

Andy regresó a gatas hasta el agujero. Estuvo escarbando un poco más y luego se tendió acercando su rostro al hueco. Parecía prolongarse más y más hacia abajo en la oscuridad.

Andy habló en voz baja.

—¡Tom! ¿Estás ahí?

¿Y estaba Tom allí? ¡Sí, lo estaba! Había estado en la «Cueva Redonda», solitario y abandonado, desde que le hicieron prisionero. Le parecía que habían transcurrido años. Estaba muy preocupado por los demás. Comió algo de los alimentos que le rodeaban, pero ahora no tenía apetito. Sentíase desgraciado y atemorizado, aunque no quiso demostrárselo a ninguno de los centinelas que de cuando en cuando recorrían el pasadizo de rocas para ver si todo estaba en perfecto orden.

El hombre que hablaba inglés había ido a verle la noche anterior.

—Hemos registrado la primera isla y ésta —le había dicho a Tom—. ¡Hemos encontrado tu cabaña... y a tus amigos también!

A Tom el corazón le dio un vuelco al oír esto. En realidad, aquel hombre estaba mintiendo, esperando que Tom le dijera algo que le indicase «dónde» estaban los otros. Pero Tom no dijo nada.

—Te digo que hemos encontrado a tus amigos —le dijo el hombre—. Lucharon de firme, pero han sido capturados.

Tom miró al hombre con extrañeza. Sabía perfectamente que las niñas no iban a

luchar contra aquellos hombres. ¿Qué quería decir aquel hombre? ¿Estaría mintiendo?

De pronto, Tom comprendió que aquel hombre esperaba engañarle para que dijera algo de los otros. Aquel hombre ignoraba que «los otros» eran tan sólo dos niñas y un muchacho. ¡Ni siquiera estaba seguro de que «hubiese» ningún otro!

«Bueno, dos pueden jugar a las mentiras», pensó el niño. De manera que, adoptando una expresión de gran sorpresa, exclamó:

—¡Cielos! ¿Entonces «hay» gente en estas islas? ¡Ojalá lo hubiese sabido! ¡Les hubiera podido pedir ayuda!

El hombre pareció sorprenderse. ¿Entonces, aquel muchacho no tenía amigos? ¿Sería cierto que estaba completamente solo? El hombre no sabía qué pensar, y sin decir más, dio media vuelta y salió de la cueva. Tom no pudo por menos de sentirse complacido... ¡El hombre pensó engañarle... pero él estaba seguro de haberle confundido!

Estaba muy solo en la «Cueva Redonda». Tom dormía profundamente toda la noche, pero el día se le hacía muy, muy aburrido.

Se sentó encima de una caja gimiendo con fuerza, luego bostezó ruidosamente. Estaba aburrido y solo.

Permaneció allí sin hacer nada, y entonces oyó un ruido muy peculiar sobre su cabeza... como si escarbaran. Tom se preguntó qué podría ser.

«Tal vez sea un conejo o algo parecido —pensó—. Pero no... no es posible. El techo de la cueva es de roca».

El ruido continuó... y luego ocurrió algo que hizo que Tom pegara un respingo.

¡Una voz extraña y hueca resonó en la cueva! Llenó toda la estancia y Tom apenas entendió las palabras. La extraña voz dijo:

—¡Tom! ¿Estás ahí?

En realidad era la voz de Andy, naturalmente..., pero al recorrer el trayecto desde el agujero hasta la cueva... la hacía profunda y extraña, nada parecida a la de Andy.

Tom temblaba y no dijo nada. No comprendía cómo de pronto se oía aquella voz en la cueva. De modo que Andy volvió a hablar:



—¡Tom! Soy Andy. ¿Estás ahí?

La voz retumbó en la cueva... pero esta vez Tom no estaba tan asustado. ¿Sería posible que Andy le hablase desde alguna parte? Contestó todo lo fuerte que se atrevió:

—¡Estoy aquí! ¡En la «Cueva Redonda»!

La voz de Tom le llegó a Andy confusa y alterada, ya que Tom no estaba tan cerca de la boca del agujero. Andy no entendió lo que dijo, pero supo que era Tom quien le hablaba.

«¡Bien! —pensó—. Tom está aquí: Volveré a hablarle y veré si puedo enterarme de lo que le ha ocurrido».

De manera que otra vez la voz de Andy resonó en la cueva.

—¡Tom! Te hablo desde un agujero que debe conducir a la cueva. Mira si puedes encontrarlo y háblame por él. No te oigo bien. Pero hagas lo que hagas, no dejes que nadie te oiga hablar conmigo.

Tom estaba excitado. ¡El bueno de Andy! Se puso en pie y estuvo buscando el agujero que le acercaría a Andy. ¡Tenía que encontrarlo, tenía que encontrarlo!

## Capítulo XVII

### Una fuga maravillosa

Tom cogió la lámpara y buscó por la cueva. Entonces oyó los pasos del centinela que se acercaba por el pasadizo rocoso de la «Cueva Redonda». Al instante, Tom se sentó y se puso a cantar fuerte la canción de cuna del único disco de gramófono que no se había roto.

—¡Chitón! ¡Chitón! ¡Chitón! ¡No hay de que hablar! Es hora de callar. ¡Mi pajarito dormilón!

Éste era la letra de la canción, bastante tonta por cierto, del disco. Pero le fue muy bien para advertir a Andy que no debía hablar por el momento. El centinela oyó cantar al niño, se asomó a mirar, dijo algo que Tom no entendió, y se fue otra vez. Pareció sorprenderse de que el niño cantara. Tom estuvo cantando la misma canción largo tiempo hasta estar seguro de que el centinela no iba a volver.

Luego se detuvo y, dejando de cantar, se puso a buscar el agujero. ¡No lo veía por parte alguna! El techo de la cueva no era muy alto y subiéndose a las cajas y latas pudo examinarlo casi centímetro a centímetro. Pero no encontraba el agujero que conducía arriba.

La voz de Andy resonó otra vez:

—¡Tom! ¿Has encontrado el agujero?

La voz sonó tan cerca del oído de Tom que éste casi se cae de la caja donde se había subido. Acercó la lámpara al lugar de donde salía la voz. Era el lugar donde la pared y el techo se unían en el fondo. El techo era de roca... pero allí la pared era sólo de arena. Tom metió la mano y sintió una corriente de aire frío que entraba por el agujero.

—¡Andy! ¡He encontrado el agujero! —dijo, metiendo la cabeza por el hueco—. Oye... cuéntame lo que ha ocurrido.

En voz baja los dos niños se contaron mutuamente lo sucedido. Tom se alegró mucho al saber que los otros habían fingido ser rocas cubiertas de algas.

—Me preguntaba cómo os esconderíais —dijo—. ¡No supe imaginar qué ibais a hacer! ¡Oh, Andy, me alegro de que estéis a salvo!

—Bueno, Tom, ahora lo que hay que hacer es sacarte de aquí —exclamó Andy—. Me pregunto si podremos utilizar este agujero. ¿Cómo es ahí abajo?

—Bastante pequeño —replicó Tom—. No podría pasar por él a menos que lo agrandara. ¿Cómo es por ahí?

—Puedo ensancharlo como quiera, escarbando —le dijo Andy—. ¿Tú crees que podrías agrandarlo también?

Tom escarbó con las manos. —Podía agrandarlo por la parte de la pared, pero no por la del techo.

—Tal vez pueda —dijo—. Pero necesito algo con qué hacerlo... no tengo otra cosa que mis manos.

—Yo tampoco tengo nada más que mis manos —repuso Andy—, y ya me están sangrando de arañar el suelo. Escucha, Tom... pronto he de volver con las niñas, mientras las rocas están descubiertas, pero no puedo aguardar a la noche. Tengo que irme ahora mientras la marea esté baja. De manera que llama al centinela y finge que necesitas su ayuda para abrir una lata o alguna excusa semejante. ¿Comprendes? Entonces, mientras él esté en la cueva contigo, yo me arrastraré por las rocas sin ser visto y regresaré.

—De acuerdo —repuso Tom—. ¿Y qué harás entonces?

—Buscaré algo para que los dos podamos agrandar el agujero —fue la respuesta de Andy—. Y lo traeré esta noche. Entonces tal vez podamos agrandar el agujero lo bastante para que puedas escapar. No creo que tenga más de un metro de largo. Ahora aguarda a oír mi canto de gaviota, Tom... entonces llama al centinela, y yo escaparé por las rocas en cuanto le vea entrar en la cueva.

Todo salió bien. Cuando Tom oyó a Andy chillar como una gaviota llamó al centinela, y el hombre entró en la cueva para ver qué ocurría.

Vio que Tom tenía en las manos una gran lata de lengua, y que al parecer había perdido el abrelatas. El centinela no tenía ninguno, pasó mucho tiempo tratando de abrir la lata con su cortaplumas; terminó cortándose el pulgar, y Tom se lo estuvo vendando con su pañuelo, contento de retenerle tanto tiempo en la cueva.

Andy tuvo tiempo de sobra para escapar por las rocas. Ahora las conocía bien y saltaba de una a otra con facilidad. ¡Llegó a la cabaña en un periquete!

Las niñas se emocionaron al verle y tuvo que sentarse y contarles lo que había hecho, por lo menos cuatro o cinco veces. Cuando se enteraron que había un agujero que conducía a la «Cueva Redonda», las niñas se excitaron mucho.

—De manera que he planeado sacar a Tom de allí esta noche... y tengo que llevarme algo con qué cavar —concluyó Andy.

—Aquí hay un pedazo de madera con unos clavos grandes y salientes —dijo Jill—. ¿Te servirá?

—Sí... estupendo —replicó Andy—. ¿No habrá otra tabla para Tom?

Encontraron una que servía. Y entonces Andy dijo algo muy extraño.

—¡Me llevaré el gramófono también! ¡Y el único disco que tenemos!

Las niñas le miraron, extrañadas.

—¿El «gramófono»? —exclamó Jill al fin—. ¿Para qué? ¡Estás loco!

—Sé que parece una tontería —repuso Andy—. Pero lo necesito para algo. Os lo contaré después. ¡Entonces no os pareceré tan loco!

Andy había comido muy bien, ya que estaba hambriento. Luego se fue a hacer la siesta, porque, como dijo, no iba a dormir gran cosa «aquella» noche.

Por la noche, después de las once, el niño volvió a pasar por encima de las rocas llevando consigo las tablas con clavos y el gramófono cuidadosamente colocado sobre sus hombros. Llegó a la playa sin novedad y emprendió el camino del acantilado con cautela.

Y muy pronto, Tom, medio dormido, oyó retumbar una vez más aquella extraña voz en su cueva.



—¡Tom! ¿Estás dormido?

Tom se subió a una caja de embalaje e introdujo la cabeza en el agujero.

—¡Hola, Andy! —le dijo—. No estoy dormido. ¡Te he estado esperando!

—Te voy a tirar una tabla con clavos por el agujero —le dijo Andy—. Agrándalo lo mejor que puedas. Yo también tengo una. Lo ensancharé por aquí. Ten cuidado de que no te caiga arena en los ojos.

Los dos niños se pusieron a trabajar. Ambos rascaron y excavaron con todas sus fuerzas. El terreno era seco y arenoso y era fácil de trabajar. Montones de arena caían por el extremo de Tom, que tenía que retirarse de cuando en cuando.

Por fin el agujero de Andy fue lo bastante ancho como para meterse por él, y gritó a Tom:

—¿Cómo te va? Este extremo ya es lo bastante ancho para que puedas salir. Tengo una cuerda que te haré bajar cuando estés preparado.

—Estoy casi terminando —repuso Tom rascando de firme—. ¡Sólo un par de minutos más!

¡Y por fin su extremo también fue lo bastante ancho para poder introducirse y trepar por él! El niño puso otra caja encima de la que se había subido y se arrodilló sobre ella. Su cabeza y hombros quedaban dentro del agujero... se puso en pie y casi desapareció por el estrecho túnel.

—Aguarda un minuto, Tom —le dijo Andy—. Tengo que bajarte algo con la cuerda. Es el gramófono.

—¿El «qué»? —preguntó Tom, creyendo no haber oído bien.

—El gramófono —dijo Andy—. Tengo miedo de que hagas bastante ruido al

descender por el acantilado, y el centinela pudiera pensar que te habías escapado... pero si yo pongo en marcha el gramófono cantando esa canción de cuna que tú cantaste ayer, creerá que estás en la cueva... y no irá a ver lo que ocurre. De manera que voy a bajarlo, y tú debes colocarlo bien, y atarle un pedazo de cordel para que yo pueda tirar del freno y poner el disco en marcha cuando lo crea conveniente.

—¡Caramba! —exclamó Tom—. ¡Piensas en todo!

El gramófono, atado al final de la cuerda, descendió por el agujero dando tumbos. Tom lo colocó con cuidado detrás de una gran caja de embalaje y puso arena en el borde del disco, y el cordel atado a la palanca de puesta en marcha, y luego ató el otro extremo a la cuerda con que Andy había bajado el gramófono.

—Tira, Andy —le dijo—. Pero ten cuidado, por favor, porque el cordel va atado a la cuerda y no vayamos a romper la aguja por tirar del cordel con demasiada fuerza.

Andy izó la cuerda, desató el cordel del extremo y fue a atarlo a una piedra pesada para mayor seguridad. Luego le gritó a Tom:

—Ya está. Ahora sube tú, Tom. No roces el cordel del gramófono más que lo estrictamente necesario. Aquí está la cuerda. Átala a la cintura y yo te ayudaré a subir tirando de ella... y escucha... «no» olvides tu cámara fotográfica.

Tom se subió a las cajas y comenzó a trepar por el agujero. Habían muchos salientes a los lados en los que podía apoyar los pies. Andy tiraba con fuerza de la cuerda, y de pronto la cabeza de Tom apareció por el agujero junto a los pies de Andy.

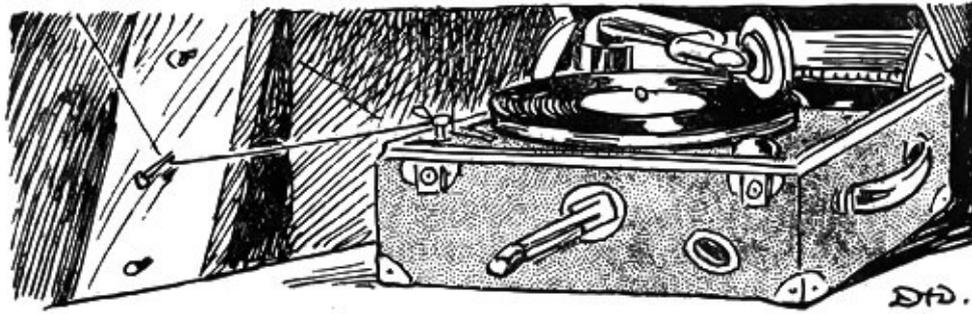
—¡Bien! —le dijo Andy—. ¡Trepa!

Tom saltó al exterior aspirando la brisa fresca con deleite, ya que el aire era bastante denso en la cueva. Andy le desató la cuerda de la cintura.

—Ahora debes bajar el acantilado procurando hacer el menor ruido posible —le dijo—. Espérame en el borde de las rocas. Allí te echaré una mano, porque ahora yo las conozco mejor que tú.

Tom fue hasta el acantilado y comenzó a descender. A medio camino resbaló y tuvo que dar varios pasos de prisa para evitar caerse. Una lluvia de piedras rodó por el acantilado. El centinela, medio dormido, dio un grito en seguida.

Andy comprendió que ya era hora de tirar del cordel que estaba atado al gramófono. Dio un tirón. El freno se apartó a un lado y el disco comenzó a girar. La aguja resbaló sobre el disco y la canción de cuna comenzó a oírse en la cueva. «¡Chitón! ¡Chitón! ¡Chitón!»



El centinela la oyó, creyendo que era Tom quien cantaba. Se sintió satisfecho de que el prisionero estuviese todavía en la cueva, en tanto la canción continuaba, y adoptó una posición más cómoda. ¡Pensó que debía haber sido un conejo el que hizo rodar las piedras por el acantilado!

Andy bajó el acantilado detrás de Tom, contento de que el centinela hubiese oído la canción de cuna pensando en que era Tom. Tom le aguardaba en el límite de las rocas.

—¿He armado mucho escándalo? —susurró—. No he podido evitarlo.

—¡No te preocupes! Puse el disco en marcha y el centinela cree que estás en la cueva cantándote tú mismo para dormir —observó Andy con una risa contenida—. ¡Vamos... no tenemos tiempo que perder!

## Capítulo XVIII

**¡Aaaaa-o! ¡Aaaaa-o!**

Por encima de la línea de rocas los niños subían y bajaban, Tom siguiendo a Andy muy de cerca puesto que ahora Andy conocía perfectamente cuál era el mejor camino. Grandes olas les mojaban, pero no hacían caso. Su mayor deseo era regresar y ver a las niñas sin novedad.

—Estoy seguro de que el centinela no entrará a verme esta noche —dijo Tom cuando por fin alcanzaron la playa arenosa—. Y el que viene por la mañana puede que tampoco entre siquiera... es un individuo muy antipático.

—Bueno... eso nos da un poco de tiempo para pensar lo que hemos de hacer a continuación —replicó Andy—. ¡Aunque me aspen si sé qué será lo mejor!

Se dirigieron a la cabaña que estaba a oscuras, ya que Andy había prohibido a las niñas que encendieran ninguna luz que pudiera ser vista por el enemigo. Mary y Jill estaban profundamente dormidas sobre su cama de ramas.

Al oír entrar a los niños, Mary se incorporó a toda prisa.

—¿Eres tú, Andy?

—¡Sí... y Tom también! —exclamó Andy.

Jill se despertó entonces y los cuatro se abrazaron llenos de alegría. ¡Ahora volvían a estar todos juntos otra vez! Era estupendo.

—Fui un estúpido al tratar de recuperar mi cámara fotográfica —dijo Tom—. Jamás pensé que iban a cogerme. Ahora hemos perdido nuestro bote y va a ser difícil el saber qué hacer.

—Sólo hay una cosa que hacer —replicó Andy—, y es sacar nuestro bote pesquero de entre las rocas mañana por la mañana, como sea... y volver a ponerlo a flote. He observado que se ha movido un poco, y es posible que las mareas le hayan aflojado. Quizá ahora esas dos rocas no le aprisionen con tanta fuerza. De todas formas es nuestra única posibilidad.

—Sí... lo intentaremos —convino Jill—. Es seguro que mañana se descubrirá la fuga de Tom y sé que esta vez registrarán de modo que nos encuentren a todos.

—Bueno, durmamos un par de horas hasta el amanecer —dijo Andy—. De momento, no podemos hacer nada.

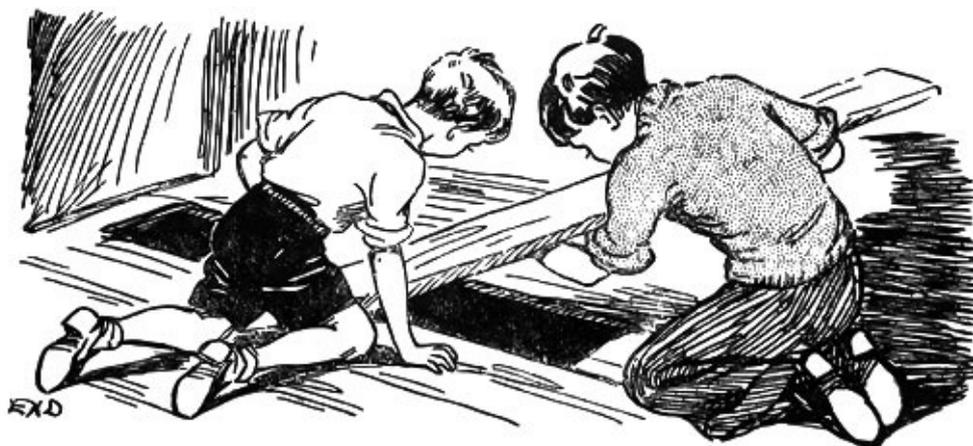
De modo que todos se echaron a dormir hasta que Andy les despertó dos horas más tarde. Estaba amaneciendo y pronto saldría el sol.

Los niños atravesaron la isla y llegaron a la playa donde arribaron la primera vez, después de naufragar. Contemplaron su pobre barco todavía aprisionado entre las rocas. Cierto que se había movido un poco... ya no estaba tan escorado.

Lo estuvieron observando. La marea no estaba todavía muy alta y era imposible llegar al bote sin grandes dificultades.

No pasó mucho tiempo antes de que los niños hubiesen alcanzado su bote y se hallaran sobre su cubierta mojada y resbaladiza. Ahora estaba llena de algas que arrojaron las olas, y el barco parecía viejo y miserable... muy distinto del elegante y pulcro pesquero en el que emprendieron el viaje tan alegremente.

Los niños bajaron a la cabina. Había agua en el fondo. Andy levantó las tablas y estuvo examinando el suelo de la cabina.



Luego salió al exterior y sumergiéndose junto al costado del bote fue a examinar la parte de abajo. Las niñas y Tom le observaban, preocupados.

—«Debemos» reparar el bote como sea —dijo Tom—. ¡Es nuestra única posibilidad!

Cuando Andy se reunió con ellos sobre la resbaladiza cubierta parecía contento.

—¿Sabéis? ¡No es gran cosa! —les anunció—. Creo que podré repararlo fácilmente. Las olas lo han levantado un poco, de manera que he podido llegar a la parte averiada... donde chocó contra las rocas se rompieron algunas tablas.

—¡Oh, «bien», Andy! —exclamaron las niñas, y Tom le dio una palmada en el hombro. ¡Qué maravilla si pudieran volver a ponerlo a flote! ¡Qué suerte que las olas lo elevaran lo suficiente para hacer posible el examinar la parte deteriorada! Tom no tenía idea de cómo pensaba Andy reparar el bote, pero estaba dispuesto a ayudarlo con todas sus fuerzas, para compensar la pérdida del bote robado.

Tom y Andy volvieron a las rocas para buscar una cuerda. Andy estaba seguro de que si todos tiraban del bote cuando la marea estuviese alta, podrían liberarlo de las rocas y llevarlo hasta la playa donde no sería tan difícil repararlo.

—Verás, Tom, ahora no está muy sujeto —dijo Andy—. ¡Y creo que si aguardamos a que suba la marea y haga olas grandes, podremos sacarlo de entre las rocas! Entonces lo llevaremos a la playa como sea y veremos lo que podemos hacer.

—Si por lo menos pudiésemos hacerlo antes de que vuelva el enemigo —dijo Tom—. ¡Me pregunto si habrán descubierto ya mi fuga!

—No pensemos en eso —dijo Andy.

Los niños cogieron toda la cuerda que tenían y se la ataron fuertemente a la cintura. Luego volvieron a la playa. Las niñas seguían en el barco, pero la marea estaba subiendo y pronto tendrían que abandonarlo puesto que entonces quedaba cubierto por las olas.

Los niños ataron las cuerdas en la parte de proa, y luego sujetándose a la cuerda volvieron otra vez a la playa por encima de las rocas, aunque esta vez empapados. La marea subía y subía y los niños tuvieron que meterse en el agua hasta la cintura, ya que la cuerda no era suficiente para llegar hasta la playa.

—¡Mirad! ¡Viene una ola enorme! —gritó Andy—. Tirad de la cuerda todos en cuanto la ola alcance el barco. «¡Aaaaa-o!»

Todos tiraron... y cada uno de ellos sintió que el barco cedía un poco al ser alcanzado por la ola.

—¡Ahí viene otra! —chilló Andy—. «¡Aaaaa-o!»

Todos tiraron de la cuerda con todas sus fuerzas, y de nuevo el barco se movió un poco. ¡Las dos grandes olas, al llegar a la playa, habían calado a los niños hasta los huesos! Ahora el agua les llegaba a la barbilla.

—Agarraos a la cuerda, niñas —les advirtió Andy—. Si vienen muchas olas como éstas podríais perder pie. Pero mientras no soltéis la cuerda no os ocurrirá nada.

Después las olas fueron más pequeñas... y luego el viento comenzó a soplar con fuerza y las olas crecieron. Una enorme alzó su penacho verde por encima del mar.

—¡Viene un monstruo! —gritó Tom—. ¡Cuidado! ¡Nos arrastrará!

—¡Pero antes hemos de tirar del bote! —chilló Andy que estaba muy excitado. Estaba convencido de poder sacar el barco de entre las rocas—. Ahora... «¡Aaaaa-o!» «¡Aaaaa-o!»

La ola rompió contra el bote y al mismo tiempo tiraron de la cuerda. El bote se estremeció y gimió como si tratase de librarse de las rocas que lo aprisionaban, deslizándose unos palmos hacia delante.

La ola gigante había alcanzado a los niños después y todos, quedaban debajo de ella, incluso Andy. Rodaron entre la espuma y Jill tragó una buena porción de agua salada. Mary estaba muy enfadada porque Tom le había puesto un pie encima del cuello, pero Tom lo hizo sin querer. La ola le golpeó con tanta fuerza que se hundió y tuvo que bracear para volver a la superficie.



Ninguno había soltado la cuerda. Todos la sujetaban como Andy les había ordenado. De modo que no pasó mucho tiempo antes de que volvieran a estar en pie, sucediéndose el agua de la nariz y la boca, pero todos dispuestos a tirar con fuerza otra vez en cuanto se acercase otra ola grande.

—¡«Mirad» cómo se ha movido el barco! —gritó Andy con entusiasmo—. ¡Está casi fuera de las rocas! ¡Canastos! ¿No es emocionante?

El bote se había movido un buen trecho. Andy ahora estaba seguro de poder sacarlo, y aguardó pacientemente a que se acercara otra ola... y ¡cielos, era monstruosa! Con la pleamar el viento soplaba con fuerza. Una ola verde asomó su cresta y los niños gritaron.

—¡Mirad ésta!

—Nos tumbará otra vez —dijo Mary con miedo, pero no soltó la cuerda. La tumbara o no, estaba decidida a hacer su parte.

La ola iba creciendo a medida que se acercaba a las rocas donde estaba el barco, comenzó a curvarse un poco... y luego dio contra las rocas y el bote también.

—¡«Aaaaa-o»! —gritó Andy con una voz tan potente como la ola. Y todos tiraron. ¡Cielos, qué tirón fue aquél!

La gran ola les ocultó el bote y vino hacia ellos. Jill lanzó un grito de miedo.

—¡Agarraos! —gritó Andy, algo temeroso también. La ola les arrastró a todos, desprendiéndoles de la cuerda, excepto a Andy, que se sujetó con todas sus fuerzas.

Los otros tres niños rodaron como si fueran corchos hasta la arena de la rompiente. Luego la gran ola se retiró de la playa rugiente y espumeante.

Jill se sentó llorando. Mary permaneció echada completamente aturdida de momento. ¡Tom se incorporó furioso por la ola! Les había vapuleado de un modo infame, pensó.

En cuanto a Andy seguía bajo el agua, todavía agarrado a la cuerda... pero en cuanto pudo ponerse en pie lanzó un grito semiahogado y se aclaró la garganta para librarla de la sal del mar.

—¡El barco! ¡Mirad! ¡Está libre y flotando!

Todos miraron... y allí estaba el pequeño pesquero, libre y meciéndose en el mar, que seguía rompiendo contra las rocas.

—¡Venid a ayudarme antes de que venga otra ola grande! —gritó Andy—. Ahora podemos llevarle a la playa. ¡De prisa, Tom!

Los tres niños, vapuleados y chorreando agua, corrieron valientemente hacia el mar. Cogieron la cuerda y tiraron con fuerza.

—«¡Aaaaa-o!» «¡Aaaaa-o!» «¡Aaaaa-o!» —cantó Andy mientras tiraba.

¡Y el bote llegó meciéndose a la playa! Los niños llevaron la cuerda hasta el fondo de la playa y el bote les siguió hasta quedar sobre la arena.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó Andy, bailando una especie de danza de guerra sobre sus cansadas piernas—. ¡Lo logramos! ¡Ahora veremos lo que es puede hacer!

## Capítulo XIX

### Un sobresalto para los niños

Los cuatro niños estaban tan excitados por haber liberado su bote de las rocas, que al principio no pudieron hacer otra cosa que reír, saltar y aplaudir. Estaban todos cansados después de su larga lucha con el mar, pero tan contentos que se olvidaron de todo... de sus doloridos brazos y piernas, de sus bocas llenas de salitre y de sus ropas empapadas.

El bote permanecía escorado en la orilla. Andy lo examinó con atención. Estaba seguro de que si podía clavar unas tablas en su interior, donde había chocado con las rocas, conseguiría repararlo lo suficiente para regresar a casa.

—Hará agua pero las niñas pueden irla achicando —dijo Andy—. Lo arreglaré lo bastante para que pueda navegar. ¡Caramba! ¡Jamás pensé que lo conseguiríamos!

Los niños habían estado tan ocupados que ninguno, ni siquiera Tom, pensó en desayunarse. Pero de pronto Andy sintió mucho apetito y envió a las niñas a preparar algo que comer.

—Y traed también un jarro de cacao caliente —les pidió—. Estamos todos empapados, y nos sentará bien algo caliente.

Tom fue a buscar las herramientas a la cabaña, y la caja de clavos, tornillos y pernos. Andy iba a estar muy atareado. De una forma u otra el bote tenía que quedar listo antes de que se conociera la fuga de Tom.

Tras un apresurado desayuno, todos se pusieron a trabajar bajo las órdenes de Andy. Andy arrancó algunos listones del techo de la cabina para emplearlos en reparar el bote. Las niñas arrancaron los clavos de dichos listones. Tom observaba a Andy y le iba entregando todo el material que necesitaba.

El ruido del martillo resonó en toda la isla.

—¿Tú crees que nos oirá el enemigo? —preguntó Jill, preocupada.

—No podemos evitarlo —replicó Andy—. ¡No es posible dar martillazos y no hacer ruido! Pásame los clavos más grandes que tengas, Tom.

Todos trabajaban de firme durante toda la mañana, y al fin Andy exhaló un suspiro de alivio.

—Bueno... creo que está arreglado. Irá haciendo agua porque no he podido repararlo como es debido... pero las niñas pueden ir achicándola mientras tú y yo manejamos el bote, Tom.

—¿Está ya preparado del todo? —preguntaron las niñas con interés.

—He hecho todo lo que sé —repuso Andy—. Ahora vosotras id a buscar todas las mantas, y Tom y yo traeremos los comestibles que enterramos en la arena al fondo

de la playa, junto a la cabaña. Recogeremos todo lo que podamos, lo echaremos al agua, y a navegar. ¡Cielos, nunca pensé que podríamos hacerlo!

Los cuatro fueron a buscarlo todo. Estaban contentos y excitados. Puede que tardaron siglos en llegar a casa... pero por lo menos iban a abandonar aquellas extrañas islas desconocidas, llevando consigo su secreto.

Las niñas recogieron las mantas. Los niños ataron las cajas y latas juntas, y atravesaron la isla con su pesada carga para volver al bote.

Era difícil descender por el acantilado con tanta carga, pero lo lograron felizmente. Los niños echaron las mantas sobre la cubierta y los niños almacenaron los comestibles en la cabina. ¡Ahora podían marcharse!

—Aguardad un momento... nos llevaremos la vela vieja —dijo Andy—. Podría montarla otra vez y nos será útil.

Corrió a buscar la vela... y entonces se detuvo de pronto mirando al suelo. Allí, junto a sus pies había algo que le causó gran asombro.

—¿Qué es, Andy? —le gritó Tom viendo el rostro intrigado de Andy.

—Mira esto —dijo Andy, recogiendo una cerilla seca y limpia, acabada de encender.

—¿Qué pasa? Es sólo una cerilla —dijo Tom.

—Es una cerilla que hace poco que ha sido encendida —le hizo observar Andy—. Y está en una arena que ha sido cubierta por la marea desde que hemos trabajado en el bote esta mañana. Bien... ¿alguno de nosotros ha encendido una cerilla y la ha tirado? No... Entonces, ¿quién ha sido?

—Oh, Andy... seguramente estarás equivocado —dijo Jill, casi a punto de llorar—. Nadie más ha estado aquí. Le habríamos visto.

—Me pregunto si habrá venido alguien mientras íbamos a buscar las mantas y comestibles —dijo Andy, mirando a su alrededor—. No me gusta eso... y, ¡oh, cielos... mirad esas pisadas en la arena! ¡No son «nuestras» huellas!

Los cuatro pequeños contemplaron aquellas grandes pisadas. Quienquiera que las hubiese dejado llevaba botas claveteadas... y los niños calzaban zapatos de goma.

Las niñas estaban asustadas. Sí... alguien había estado en la playa mientras ellas iban a recoger sus cosas. ¿Pero quién? ¿Y dónde estaba ahora?

—Bueno... echemos el bote al agua y confiemos en escapar antes de que nos detengan —dijo Andy—. Vamos... nos arreglaremos sin la vela.

Corrieron hacia el bote y cogieron la cuerda para arrastrarlo al mar... pero cuando iban a hacerlo, una voz potente les gritó desde el extremo del acantilado.

—¡Alto! «¡Halt!».

Los niños dejaron de tirar del borde y se volvieron en redondo. Ante ellos estaba el enemigo... ¡Cuatro de ellos! El que gritaba era el hombre que hablaba inglés.

Los niños miraron con miedo a los cuatro hombres que se acercaban rápidamente

por la playa. Se hablaron unos a otros en lengua extranjera. Luego, el primer hombre habló otra vez:

—¡Vaya! ¡De manera que sois cuatro... y todos niños! Éste es el que se escapó... Ah, te crees muy listo, ¿verdad?

—Lo soy bastante —replicó Tom con osadía. «Estaba» asustado... pero no iba a demostrarlo. ¡«No...»; era inglés y esos hombres no debían pensar que podían «asustarle»!

—Sacasteis vuestro bote de las rocas y pensabais escapar felizmente, ¿no es verdad? —le dijo el hombre con aire burlón—. Bueno, pues os equivocáis. Ahora nos llevaremos el bote... y quedaréis prisioneros en esta isla durante todo el tiempo que nosotros queramos. Volved a sacar los comestibles y las mantas. ¡Los necesitaréis si vivís aquí durante meses!

Los niños sacaron todas las viandas y las mantas que tan alegremente habían metido en el barco. Tom se alegró al ver que ni Jill ni Mary lloraban, ¡bien! ¡Eso demostrará al enemigo lo valientes que pueden ser los niños ingleses!

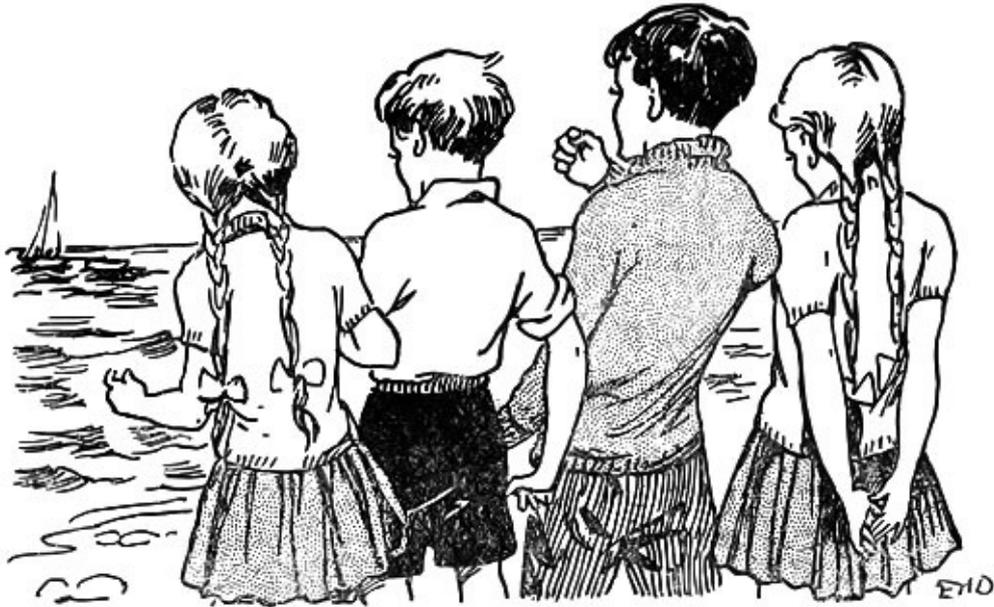
—Ahora nos vamos —les anunció el hombre que hablaba inglés. Y tras dar una rápida orden a los otros hombres, dieron la vuelta al acantilado y reaparecieron con una pequeña lancha que se mecía sobre las olas. Era evidente que habían desembarcado al otro lado del acantilado, estuvieron observando a los niños y por fin les sorprendieron.

Andy y los otros tuvieron que contemplar cómo los hombres bajaban su barco hasta el mar y lo montaban. Habían atado su pequeña lancha detrás, y ahora, saludándoles burlonamente, se alejaron por el agua, dieron la vuelta al acantilado, y desaparecieron de su vista remando con presteza en el bote de Andy.

Los niños les miraban marchar con ira y desesperación en sus corazones. ¡Tanto trabajo para nada! ¡Cómo habían batallado con el mar aquella mañana... cómo habían sufrido por poner a flote su barco! Y ahora habían sido descubiertos; les habían quitado su barco, y eran auténticos prisioneros.

Andy alzó su puño cerrado contra el barco, que se alejaba remolcando el bote más pequeño.





—Vosotros creéis que podéis burlaros de un niño escocés, pero no es cierto. ¡Todavía os venceré! ¡A vosotros y a vuestros submarinos!

De mala gana, los niños recogieron las mantas y los comestibles y fueron subiendo el acantilado para atravesar la isla y regresar a su cabaña. Colocaron los alimentos en el suelo en un rincón, y tiraron las mantas sobre las camas.

Luego se sentaron, mirándose los unos a los otros. Y entonces las niñas comenzaron a llorar, dejando que las lágrimas resbalaran por sus mejillas sin tratar de enjuagarlas. Estaban tan cansadas y tan decepcionadas...

También a Tom se le llenaron los ojos de lágrimas al ver a las niñas tan tristes. Pero se las tragó tras echar un vistazo al rostro de Andy. Los ojos azules del muchacho parecían de piedra y su boca tenía una expresión firme y decidida. Andy no pensaba en llorar ni en lamentarse. Andy estaba enojado y fiero, y permanecía silencioso mirando fijamente ante sí, pensando con todas sus potencias.

—Andy... ¿en qué estás pensando? —le preguntó Tom al fin—. Pareces tan furioso. ¿No estarás enfadado con «nosotros», verdad?

—No —repuso Andy—. Todos hemos hecho lo que hemos podido... y volveríamos a hacerlo. ¡Te aseguro, Tom, que «saldremos» de esta isla! De una manera u otra tenemos que escapar y contar nuestro secreto. No importa lo que nos ocurra a cualquiera de nosotros: debemos intentar regresar a casa y contar lo que hemos visto. En tanto el enemigo permanezca escondido en estas islas pudiendo venir aquí siempre que precise alimentos o combustible, nuestros barcos seguirán hundiéndose por estos mares.

—Oh, Andy... está muy bien decir esas cosas... ¿pero cómo vamos a marcharnos ahora que no tenemos barco? —le preguntó Jill, enjugándose los ojos.

—Ya pensaré cómo —replicó Andy—. Ya se me ocurrirá algo. Ahora quiero estar solo para encontrar una salida en este aprieto. No vengáis conmigo. Quiero estar solo.

El muchacho salió de la cabaña, y trepando al acantilado se sentó entre la maleza con sus ojos azules fijos en el horizonte. ¿Cómo lograría llegar a su casa? ¿Cómo contar su secreto? Durante dos horas permaneció allí sentado, pensando y haciendo cábalas, tan quieto, que las gaviotas que volaban sobre su cabeza se preguntaron si estaría dormido.

Y de pronto Andy se enderezó para ponerse en pie. Fue al encuentro de los otros con los ojos brillantes y la cabeza erguida.

—Ya sé cómo saldremos de aquí —les anunció con orgullo—. ¡Por fin se me ha ocurrido algo!

## Capítulo XX

### Andy traza un plan

Tom, Mary y Jill miraron a Andy, excitados.

—¿De verdad sabes de algún medio para escapar, incluso ahora que nos han quitado el barco? —preguntó Jill—. Eres «muy» listo, Andy.

—Bueno, es inútil tratar de apoderarnos nuevamente de uno de los botes del enemigo, o de recuperar el nuestro —dijo Andy—. Y de nada sirve poner una señal para los barcos que pasen, por dos razones... una es que estoy completamente seguro de que no pasa ningún barco cerca de estas islas, o hubiera descubierto el secreto de los submarinos... y la segunda razón es que también estoy convencido de que el enemigo no nos dejaría poner ninguna señal.

—Continúa —dijo Tom, seguro de que Andy tenía alguna buena idea.

—Bien, mi idea es... ¡que lo mejor es construir una balsa! —exclamó Andy—. No podemos conseguir un bote, ni construirlo... pero sí podríamos hacer una balsa y un mástil para colocar la vela. Tenemos mucha comida para llevarnos... y tú y yo, Tom, podríamos irnos solos y tratar de llegar a casa. No me atrevo a llevar a las niñas... tendrán tanto frío en una balsa abierta... y estarán más seguras aquí.

—¡No vais a «llevarnos»! —exclamó Jill, indignada—. ¡«Claro» que nos llevaréis! No queremos quedarnos aquí... ¿verdad, Mary?

—Escucha, Jill... sólo tenéis diez años y no sois muy fuertes —les dijo Andy con paciencia—. Si os llevamos haréis las cosas mucho más difíciles para Tom y para mí. Si llegamos a casa sanos y salvos podremos venir a rescataros en seguida... y si no llegamos, por lo menos estaréis seguras en la isla.

Las niñas lloraron amargamente al oír esto. Les parecía injusto. Ignoraban que Andy no estaba muy convencido de que lograsen regresar a su casa, y que tenían miedo de que las niñas fueran barridas de la balsa por las grandes olas. Él y Tom eran fuertes... y además eran niños... pero las niñas no podrían resistir el navegar a la deriva en una balsa durante días y días.

Andy se mantuvo firme y las niñas se enjugaron las lágrimas para escuchar sus planes. Tom se preguntaba cómo iban a construir la balsa.

—Tendremos que echar abajo nuestra cabaña de madera para utilizar los tablones —dijo Andy—. Por suerte tenemos muchos clavos.

—¿Pero dónde viviremos si echamos abajo la cabaña? —Preguntó Jill, desilusionada.

—Ya he pensado en eso —replicó Andy—. Veréis, si empezamos a demoler la cabaña, el enemigo lo notaría y adivinaría lo que estábamos haciendo. Bien... yo he

pensado que podríamos fingir que la cabaña se ha derrumbado sobre nosotros, y yo pediría al enemigo que nos diera una tienda de lona en la que vivir. ¡Entonces podríamos vivir en la tienda y hacer nuestra balsa con la cabaña derruida!

—Eso sí que es una buena idea —dijo Tom—. Así tendremos las dos cosas que queremos... algo donde vivir... y madera para construir la balsa... y el enemigo nos ayudará sin saberlo.

—Sí —repuso Andy, sonriendo a los otros tres—. Será mejor que esperemos un día o dos, porque el enemigo nos vigilará un poco al principio para ver si tenemos nuevas ideas para escapar. No haremos nada sospechoso durante los próximos días.

—De acuerdo —dijeron los otros, comenzando a sentirse otra vez excitados. Seguían estando terriblemente decepcionados al pensar que les habían arrebatado su precioso bote... pero no importaba, quizá su balsa tuviera mejor suerte.

De manera que durante los días siguientes, los niños no hicieron más que jugar, bañarse, pescar y vadear, y el enemigo, que cada día enviaba un hombre al mediodía, no vio nada que le hiciera pensar que los niños tenían algún plan.

—Creo que va a haber tormenta —observó Andy la tarde del tercer día—. Ésa sería una buena excusa para que nuestra cabaña se viniera abajo. ¡En cuanto se haya ido hoy ese hombre, convertiremos la cabaña en una ruina!

El hombre llegó y tras echar un vistazo a la isla se fue. En cuanto se hubo marchado, los niños corrieron a la cabaña. Andy quitó los clavos y sacó los tablones. Dando martillazos al tejado consiguió hundirlo en parte y hacer un gran agujero. Consiguió debilitar tanto un lado de la cabaña, que cayó encima de la cama de las niñas.



—¿Verdad que ahora es sólo una ruina? —exclamó Jill, riendo—. Será mejor que extendamos la vela por este lado de la cabaña, Andy, o la lluvia nos entrará esta

noche.

—Sí, eso haremos —repuso Andy. De manera que cuando hubieron hecho todo lo posible para que su cabaña diera la impresión de caerse a trozos, colocaron la vela en el lado abierto como protección, y luego se sonrieron unos a otros.

—¡Y mañana representaremos una bonita comedia para el enemigo! —dijo Andy, riendo—. Fingiremos que durante la tormenta que ahora empieza a dejarse oír, nuestra cabaña fue destruida... y vendaremos la cabeza a Jill como si le hubiese caído encima... y yo me vendaré la pierna también. ¡Y suplicaremos que nos den una tienda con la mayor humildad!

—Espero que no se me escape la risa —dijo Mary.

—Si se te escapa te merecerás una buena azotaina —comenzó a decirle Andy en tono fiero... pero Mary se apresuró a atajarle:

—No lo he dicho en serio, Andy. «No» me reiré. En realidad, estaré muy asustado, aunque no pienso demostrarlo.

—Está bien —dijo Andy, calmándose—. ¡Canastos! ¡Vaya un trueno!

La tormenta comenzó entonces. No fue muy mala, pero los niños se alegraron de tener la protección de la gran vela, que cubría el lado abierto de la cabaña. El viento soplaba con fuerza, y Andy y Tom tuvieron que sentarse encima de la vela; para evitar que volara. Los truenos retumbaban y estallaban y los relámpagos iluminaban las islas. Sin embargo, al cabo de una hora la tormenta había cesado y el viento volvió a apaciguarse.

Por la mañana los niños quitaron la vela y la escondieron bien, ya que Andy no quería que el enemigo conociera su existencia. Procuraron que diera la impresión de que la cabaña había sido derrumbada por el viento, Jill rompió un plato y esparció los pedazos como si la tormenta hubiese sido la causante del accidente.

—Ahora vendaré la cabeza de Jill con mi pañuelo —dijo Andy, sacando uno bastante sucio—. Y emplearé un trapo para atarme la pierna. Diremos que nos lastimamos durante la noche.

Cuando el hombre fue a ver a los niños e inspeccionar la isla como de costumbre, le sorprendió encontrar a Jill con la cabeza vendada y a Andy cojeando.

Andy le gritó:

—¡Eh! ¡Nuestra cabaña se ha derrumbado! ¡Venga a verlo!

El hombre acudió a ver. No sabía hablar inglés, pero comprendió en seguida que la cabaña había caído sobre los niños durante la tormenta. Jill se sentó en el suelo fingiendo llorar, y sosteniéndose la cabeza con la mano. Mary trataba de consolarla.

—Necesitamos una tienda donde dormir —dijo Andy. El hombre no comprendió. Tom sacó su librito de notas y dibujó una tienda. El hombre hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, dijo algo que sonó como «¡Ya, ya!», y se marchó en su bote.

—No llores demasiado, Jill o el hombre querrá ver tu herida —le aconsejó Andy—. Tenía mucho miedo de que te quitase la venda para ver si te habías hecho daño.

—¡Cielos! —exclamó Jill, alarmada—. ¡No había pensado en eso!

—Espero que regrese con una tienda —dijo Tom—. Será mejor que subas al acantilado, Jill, y te sientes en lo alto, así si ese hombre vuelve no pedirá ver tu herida.

Jill se fue con Mary. Tom y Andy aguardaron el regreso del hombre, que volvió a las tres horas... ¡trayendo una tienda! Los niños estaban contentos.

El hombre miró a su alrededor buscando a las niñas. Se tocó la cabeza mirando a Andy. Trataba de decirle que deseaba ver a la niña de la cabeza vendada. Andy le indicó el acantilado con un movimiento de cabeza.

Y el hombre al ver a las niñas sentadas en lo alto del acantilado, pareció satisfecho. Dejó la tienda en la playa, le mostró a Andy las cuerdas y estacas con que montarla y volvió a marcharse en su bote.

—¡Bien! —exclamó Andy—. Montaremos la tienda en un lugar resguardado de la próxima caleta. No quiero que ese hombre visite la hondonada muy a menudo, o se daría cuenta de que los restos de la cabaña van desapareciendo poco a poco.

Montaron la tienda en la cala siguiente, justo al volver el acantilado, en lugar más resguardado del fondo de la playa, donde la maleza crecía en abundancia. Hicieron las camas con acebo y helechos y encima colocaron las mantas.

El hombre volvió al día siguiente y Andy le mostró dónde habían colocado la tienda. Andy cojeaba con el trapo atado a la pierna, cosa que hacía sonreír a los otros... pero el hombre no adivinó que fuera un engaño. ¡En cuanto se hubo ido Andy corrió como de costumbre!

Ahora el tiempo no era tan bueno. El sol no calentaba tanto, y las nubes velaban el cielo, dejando caer algún chaparrón de cuando en cuando. Los niños tenían que permanecer muchos ratos sentados en el interior de la tienda y deseaban comenzar a construir la balsa.

—No quiero empezarla hasta estar seguro de que ese hombre ha olvidado la cabaña derrumbada —dijo Andy—. Ayer trajo su bote a esta playa, en lugar de la siguiente, y apenas miró la isla. Si viene a esta cala hoy, esta misma tarde podemos empezar la balsa.

El hombre fue al mediodía como siempre. Esta vez trajo muchas provisiones, y



trató de hacer entender a los niños que no iba a ir durante varios días. Les mostró tres dedos y sacudió la cabeza.

—Creo que nos quiere decir que no vendrá hasta dentro de tres días —dijo Andy, mientras el corazón le saltaba de alegría. Hizo un gesto de asentimiento al hombre, que en vez de examinar la isla, como de costumbre, se fue derecho a su bote.

—¡Vaya, esto sí que es suerte! —exclamó Andy, satisfecho, en cuanto se hubo marchado—. Estoy seguro de que no vuelve durante algunos días... y nos ha traído una espléndida cantidad de alimentos que nos irán de primera para la balsa. ¡Podemos comenzar a construirla esta tarde con toda tranquilidad!

## Capítulo XXI

### La construcción de la balsa

Los cuatro niños desmontaron la cabaña aquella tarde, arrancando todas las tablas que pudieron.

—Amontonadlas por tamaños —les ordenó Andy—. Ayúdame a sacar este tablón largo, Tom... es demasiado largo para mí solo.

Al finalizar el día los niños tenían dieciséis tablonos de distintas medidas bien ordenados. Andy estaba satisfecho.

—Si mañana sacamos otros tantos, podremos hacer una buena balsa —dijo—. Tom, tú guardas todos esos clavos y tornillos largos, ¿verdad? Pronto los necesitaremos.

—Sí... están seguros —repuso Tom, mostrando a Andy una lata en la que había puesto todos los tornillos y clavos arrancados de los tablonos.

—¿Creéis que será conveniente esconder esos tablonos por si ese hombre viniera mañana, aunque estoy segura de que no vendrá? —preguntó Jill.

—Bien... tal vez sea lo mejor —replicó Andy, que comenzaba a sentirse fatigado y a pesar de que no le apetecía acarrear aquellos pesados tablonos otra vez. De manera que entre él y Tom los fueron llevando de uno en uno para esconderlos entre la espesa maleza. Luego dieron cuenta de una buena comida que las niñas ya tenían preparada.

—¡En mi vida he tenido tanto apetito! —exclamó Tom.

—Lo has dicho ya mil veces desde que estamos en esta isla —observó Jill—. ¡Bueno... a ver si puedes cometer «todo» esto!

Tom tomó el plato. Estaba lleno de lengua fría, patatas asadas y puntas de espárragos en conserva que el hombre les había llevado el día anterior. Había también peras en almíbar, y para beber, leche condensada y cacao caliente. Las peras y la leche condensada estaban tan ricas que Tom quiso repetir.

—¡Cielo santo! ¡Con lo que comes necesitarás llevarte mil latas en la balsa! —exclamó Mary, abriendo otra lata de peras—. Andy, espero que no olvides un abrelatas cuando os marchéis. Sería horrible tener hambre, tener tanta comida a vuestro alrededor... ¡y no poder comer nada por haber olvidado el abrelatas!

Andy sonrió.

—No me olvidaré —dijo—. ¡Cielos, «estoy» cansado!

Todos lo estaban y se quedaron dormidos en la tienda en cuanto se tumbaron en sus camas de helechos. Se despertaron al día siguiente y Andy no sabía si decidirse a comenzar la balsa.

—Estoy seguro de que ese hombre quiso decirnos de que no iba a venir durante unos días —dijo Andy—. Pero «si viniera» por casualidad y nos encuentra construyendo una balsa... sería «demasiado» decepcionante.

—Bueno, una de nosotras podría subir al acantilado para vigilar —dijo Jill con vehemencia—. Y entonces podríamos venir rápidamente y avisaros a ti y a Tom con tiempo para esconderlo todo.

—Sí... claro —repuso Andy—. ¡Es una buena idea! Turnaros cada dos horas. Ve tú primero, Jill, y luego irá Mary.

De manera que Jill fue a sentarse en lo alto del acantilado. Desde allí podía ver la playa de la cueva de la isla siguiente y cualquier bote que se acercara por el agua.

No se veía ningún bote... ¡pero aquel día las islas estaban en plena actividad! Los hidroaviones las sobrevolaban muchas veces y sus motores resonaban con fuerza. Tres bajaron a las tranquilas aguas frente a la playa de la cueva. Jill los observaba con suma atención.

Vio claramente que estaban abasteciendo la cueva. Los hidroaviones se iban al cabo de un rato... pero durante todo el día estuvieron acudiendo otros a las islas, y los niños se maravillaban al ver tantos.

—Bueno, una cosa nos favorece —dijo Andy con una sonrisa—. Esos aviones hacen tanto ruido que no es posible que nadie oiga hoy el ruido de mis martillazos... de manera que voto por que sigamos con nuestro trabajo y hagamos tanto ruido como queramos, ahora que tenemos una oportunidad.

De manera que aquel día en la isla de los niños se dejaron oír los martillazos que daban Tom y Andy al clavar doce grandes tablones sobre otros doce cruzados debajo. Luego encima de estas dos hileras cruzadas, Andy clavó otra de tablas más cortas para hacer que la balsa fuese realmente sólida y pesada.

Los niños añadieron una especie de baranda a la balsa par impedir que las cosas rodaran y se cayeran con demasiada facilidad. Andy era un carpintero experto y conocía todos los trucos mejores par hacer que los tablones quedaran bien conjuntados. Era una obra sólida que comenzó a tomar forma al caer la noche.

Andy había encontrado un poste fuerte que iba a servirles de mástil, pero no pensaba colocarlo hasta que la balsa estuviese a punto de ser echada al agua.

—Podemos esconder fácilmente una balsa sin mástil —dijo—, pero sería muy difícil hacerlo con él, si ese hombre nos hace una visita mañana.

—¿Y cómo vamos a esconderla? —preguntó Tom, contemplando la pesada balsa—. ¡No podemos llevarla rápidamente a ocultarla entre la maleza como hicimos con los tablones!

Andy sonrió.

—La esconderemos en un sitio más sencillo —dijo—. Sencillamente, montaremos la tienda encima, y como la balsa hará de suelo, lo cubriremos con

helechos. ¡No creo que a nadie se le ocurra pensar que nuestra tienda esconde una balsa!

Al cabo de tres días la balsa estuvo completamente terminada y era muy maciza y sólida. Andy había decidido llevar toda la comida dentro de la gran caja de madera en la que el hombre les había llevado las latas y tarros en su última visita.

—Podemos clavar la caja al suelo de la balsa —dijo Andy—, ¡y así nuestros alimentos estarán siempre a salvo! Si los dejamos sueltos sobre la balsa, todo puede irse al agua si hay mar gruesa, a pesar de haber colocado esa pequeña barandilla todo alrededor.

Poco después se oyó el grito de alarma de Jill. Había visto un bote que doblaba el acantilado de la playa de la cueva. Apresuradamente, los niños montaron la tienda sobre la balsa y Mary la cubrió con ramas. Sin embargo, no pudo ocultar la caja de comida que estaba clavada en el centro de la balsa.



—No te preocupes por eso ahora —le dijo Andy—. Pon una manta encima y parecerá un asiento.

Esta vez llegaron dos hombres, y uno de ellos era el que hablaba inglés.

El bote arribó a la cala donde estaba la balsa y desembarcó uno de los hombres.

No era el que había visto la cabaña derrumbada, sino el que hablaba inglés.

Andy fue a su encuentro.

—Por favor, señor, ¿no nos quiere dar un bote para regresar a casa? —preguntó Andy, sabiendo perfectamente que aquel hombre iba a decirle que no.

—No —fue la rápida respuesta del hombre—. Os quedaréis aquí todo el tiempo que nosotros queramos. Pero pronto llegará el invierno y esa tienda no será suficiente abrigo para vosotros. ¿Hay por aquí algún edificio que pueda reconstruirse?

—No —replicó Andy, que no quería que aquel hombre examinara las edificaciones, pues tal vez preguntase dónde estaba la cabaña derruida. ¡Ahora casi había desaparecido del todo después de que los niños se habían llevado todos los

tablones para su balsa!

—Dejadme ver vuestra tienda —dijo el hombre, y a Andy el corazón le dio un vuelco. Sería demasiada mala suerte que descubriese su balsa ahora que estaba terminada. Llevó al hombre hasta la tienda, en silencio.

El hombre miró en el interior y vio la caja del centro cubierta con una manta.



—¿Qué es eso? —preguntó.

—Es la caja de alimentos que el hombre nos trajo el otro día —repuso Andy, quitando la manta. El hombre vio en seguida que sólo era una caja de comestibles y asintió con la cabeza. Por suerte no entró en la tienda, o sus botas claveteadas hubieran podido atravesar la alfombra de helechos y pisar la balsa de madera oculta debajo. Entonces era seguro que hubiese apartado las ramas y descubierto el secreto de los niños.

Jill y Mary observaban, muy pálidas y asustadas. Tom silbaba sentado allí cerca. El hombre seguía mirando el interior de la tienda y todos los niños estaban muy preocupados... y de pronto un gran hidroplano rugió sobre la isla produciendo un ruido ensordecedor.

—¡Mirad! ¡Mirad! —gritó Tom, pegando un salto—. ¿Verdad que es grande?

El hombre alzó los ojos al oír el grito de Tom, siguiendo el avión con la vista.

—Tengo que irme —anunció, bajando a la playa donde estaba el bote—. Os enviaré a unos hombres para que os construyan una cabaña para el invierno. Sed niños razonables y cuidaremos de vosotros..., pues en caso contrario vais a sentirlo.

Los niños dieron gracias a Dios cuando el bote se alejó por el agua. Se miraron unos a otros, exhalando suspiros de alivio.

—Gracias a Dios que ese avión pasó en el momento preciso y que Tom tuvo la ocurrencia de gritar —dijo Jill—. ¡Distrajo la atención de ese hombre! ¡Pensé que iba a entrar en la tienda y mirarlo todo!

—Bueno, creo que ahora estamos seguros para escapar pronto —dijo Andy—. No

creo que envíen ningún hombre por el momento. Mañana por la mañana temprano bajaremos la balsa a la playa, y yo colocaré el mástil y la vela lo mejor que pueda. Entonces Tom y yo nos iremos.

Las niñas no dijeron nada. No les gustaba quedarse solas en la isla... y no obstante sabían que Andy tenía razón. Debían llegar a sus casas como fuera y decir a los suyos los secretos que habían descubierto. La bolsa no era capaz para los cuatro... y las niñas no eran lo bastante fuertes para permanecer días y noches en el mar.

—Bueno, Andy, es muy importante que regreses y cuentes el secreto de estas islas —le dijo Jill al final—. De modo, que por nuestra patria, Mary y yo nos quedaremos aquí sin protestar y haremos lo que podamos mientras tú y Tom emprendéis el camino de regreso. ¡Pero venid a rescatarnos cuanto antes!

—Claro que vendremos —respondió Andy, contento al ver que las niñas iban a ser valientes—. Sois muy buenas chicas las dos... y la verdad es que nos sentimos orgullosos de vosotras... ¿no es verdad, Tom?

—«Muy» orgullosos —exclamó Tom. Y las niñas enrojecieron de placer.

—¡Mañana os desearemos buena suerte! —dijo Jill—. ¡Oh, cómo deseo que lleguéis pronto a casa, Andy! Mary y yo contaremos los días hasta vuestro regreso.

Aquella noche todos se acostaron temprano porque el día siguiente iba a ser muy importante. No durmieron muy bien porque estaban muy excitados.

Por la mañana, muy temprano, desmontaron la tienda, apartaron los helechos que cubrían la balsa y atándole unas cuerdas la arrastraron hasta la playa.

—¡Ahora emprenderemos otra aventura! —exclamó Andy, tirando de la balsa—. ¡Aaaaa-o! ¡Aaaaa-o! ¡Nos vamos al mar!

## Capítulo XXII

### En el mar

Bajaron la balsa hasta la orilla. En el centro Andy, fijo el poste que iba a hacer las veces de mástil. Luego colocó la vela con mucha habilidad. La caja de alimentos estaba fuertemente sujeta bajo el mástil... tenían suficiente para varios días. También llevaban una lata grande con agua, pero confiaban en utilizar el jugo de las latas de fruta para apagar su sed después de haber consumido toda el agua.

Andy había construido dos remos toscos para ayudar a la balsa y para guiarla. Las niñas les entregaron las dos mantas más gruesas para que se tapasen durante la noche, aunque Andy dijo que no les servirían de nada... porque quedarían empapadas cuando la primera ola barriera la balsa. Pero por complacerlas, las llevó.

—Andy, puedes secarlas al sol durante el día —le dijo Jill—, y «tal vez» te alegres de tenerlas. Mary y yo tenemos muchas aquí.

Por fin la balsa estuvo lista para hacerse a la mar. Los niños se despidieron de Mary y Jill con un abrazo.

—No os preocupéis —les dijo Andy, saltando a la balsa—. No vais a saber de nosotros durante días y días, porque hemos de regresar a casa, contar lo ocurrido y luego nuestros barcos tendrán que encontrar el camino hasta aquí. De manera que habrá que aguardar mucho tiempo.

—¿Y qué diremos si el enemigo quiere saber dónde «estáis»? —preguntó Jill, angustiada.

—Decid sencillamente que hemos desaparecido —replicó Andy—. Y si queréis representar otra comedia y llorar un rato... ¡pues hacedlo!

—De acuerdo —exclamó Jill—. De todas formas podéis estar seguros de que no les diremos que os habéis marchado en una balsa.

—¡No... no quisiera que sus hidroplanos recorrieran el mar para buscarnos! —dijo Andy, soltando la vela—. ¡Ahora adiós, Jill! ¡Adiós, Mary! ¡Hasta pronto!

—¡Adiós, Andy! ¡Adiós, Tom! —exclamaron las niñas, tratando de sonreír alegremente, aunque se sentían muy tristes y solas al ver marchar a los niños—. ¡Buena suerte!

Tom empujó la balsa y saltó sobre ella. Luego cogió un remo para guiarla mientras Andy soltaba toda la vela. ¡El viento la hinchó y la pequeña balsa cabeceaba sobre las olas como algo vivo!



—¡Vaya! ¡Si flota, «flota»! —exclamó Jill, saltando de excitación—. ¡Mira cómo remonta las olas!

Los niños agitaban la mano frenéticamente. Pequeñas olas saltaban sobre la superficie de la balsa, mojando las piernas de Tom y Andy. Si encontraban mar gruesa, pronto estarían calados... ¡pero por el momento no se preocuparon de lo que podría pasar! Estaban muy excitados y ansiosos de conducir su pequeña balsa por el camino debido.

La vela se hinchaba perfectamente. Andy la había colocado muy bien y el viento hacía avanzar la balsa con rapidez.

—¡Va casi tan de prisa como un barco! —exclamó Tom, entusiasmado.

—No... no tanto —repuso Andy meneando la cabeza—. Ninguna balsa puede igualar a un bote en velocidad... es tan rústica y pesada. ¡Pero debo admitir que nuestra balsa no es mala! ¡Cuidado... viene una ola muy grande!

¡La balsa remontó la ola... plaf! Empapó a Tom, pero él, riendo, se sacudió como un perro. El sol había salido ya y pronto secó su ropa.

Los niños contemplaron la playa de su isla, ahora ya muy lejana. Todavía distinguían a las niñas, que habían subido al acantilado y permanecían allí en pie viendo alejarse la balsa.

—Espero que Jill y Mary estén bien —dijo Tom—. Pobrecillas... ha sido terrible tener que dejarlas solas.

—Sí —respondió Andy—. Pero era lo único que se podía hacer. Hemos tenido que enfrentarnos con cosas muy grandes, Tom... y por eso hemos de ser lo bastante valientes y fuertes para poder resistirlas.

—Bueno... no tengo miedo —dijo Tom con firmeza—. Y en cuanto a ti, Andy, creo que no existe nada en el mundo capaz de asustarte.

—¡Oh, sí que lo hay! —exclamó Andy—. ¡Pero no demuestro que lo estoy; mira, Tom... ahora puedes ver «todas» las islas!

Los niños se pusieron en pie agarrándose al mástil para mirar el grupo de islas. Les parecieron muy juntas y pequeñas ahora desde tan lejos. Ya no veían a las niñas. Y pronto incluso las islas desaparecieron... y entonces los niños iban a estar completamente solos en el ancho mar.

—¿De verdad sabes por dónde ir, Andy? —le preguntó Tom.

—Más o menos —repuso Andy—. Puedo guiarme por el sol durante el día, y por las estrellas durante la noche. Es una suerte para nosotros que el viento vaya en la dirección precisa. Espero que dure. Ahora es bastante fuerte... pero si cambia, las cosas van a ponerse muy difíciles.

Ahora los niños no distinguían las islas. Estaban solos en el vasto y verde mar. Debajo de ellos el agua era muy, muy profunda. El mar estaba algo picado, y la balsa cabeceaba como un corcho sobre las olas. De cuando en cuando una ola saltaba sobre la cubierta, mojándola. Los niños se acostumbraron y no se movían ni cuando una ola les mojaba la cabeza.

Tom introdujo la mano en el agua fría. Le gustaba el movimiento de la balsa corriendo sobre el mar. El sol brillaba con fuerza y los niños tenían calor. Tom se quitó el jersey colgándolo en lo alto del mástil para ponerlo fuera del alcance de las olas.

—¡Canastos! ¡Me estoy achicharrando! —dijo. Por suerte, los niños llevaban sombreros y de este modo pudieron cubrirse la cabeza o de otro modo el sol hubiera podido hacerles daño. El sol calentaba de lo lindo y por fin se decidieron a darse un baño, agarrándose al borde de la balsa todo el tiempo. Esto les refrescó un poco y luego volvieron a subir a la balsa, mojados y jadeantes.

—Sería terrible que uno de los dos se desprendiese de la balsa —observó Tom—. Va a un paso que pronto nos dejaría atrás en el mar y jamás volveríamos a encontrarnos.

—Bueno, por amor de Dios, agárrate bien entonces la próxima vez que nos refresquemos —dijo Andy—. ¿Qué te parece si comemos algo?

Abrieron una lata de salmón y una lata de peras, e hicieron una buena comida, aunque Tom hubiese deseado tener un poco de pan para acompañar el salmón. Resultaba extraño estar allí sentados comiendo sobre la balsa, solos en mitad de aquel



mar ondulante.

El día parecía interminable... pero por fin el sol se ocultó en el horizonte y el mar cambió del verde al púrpura a la luz del atardecer.

—Ahora no hace tanto calor —dijo Tom, cogiendo su jersey del mástil.

—Tom, mira si puedes dormir un rato —le dijo Andy—. No creo que debemos dormir los dos al mismo tiempo. El viento puede cambiar, o levantarse una tormenta... tú duermes ahora, y yo la haré más tarde.

Tom se envolvió en una manta y trató de conciliar el sueño. Andy le pasó una cuerda por la cintura y le ató a la caja clavada en el centro de la balsa.

—Podrías caerte de la balsa durante la noche —le dijo con una sonrisa—. ¡No me gustaría volverme y ver que habías desaparecido, Tom!

Tom, tumbado de espaldas, contemplaba el cielo. Era una noche clara, sin luna, y las estrellas brillaban con intensidad. A Andy le señaló la estrella del norte.

—Eso me dice que todavía vamos en la dirección debida —observó Andy—. A este paso divisaremos la costa dentro de tres o cuatro días.

—¡Oh... tanto tiempo! —exclamó Tom, decepcionado—. Yo creí que tardaríamos un día o dos yendo a este paso.

—Esto es una balsa, no una lancha ligera —le replicó Andy—. Ahora duerme. Ya te despertaré si te necesito para algo.

Tom se durmió, soñando que iba en un columpio que subía y bajaba por el aire. Era muy agradable. Luego soñó que Jill le regañaba por algo y que de pronto le arrojaba un cubo de agua fría encima. Se despertó sobresaltado.

—¿Te ha despertado la ola? —le dijo Andy con una sonrisa—. Me lo imaginaba. ¡Se ha levantado y al verte dormido ha saltado encima de ti!

Tom volvió a tumbarse, riendo. Pensaba en Andy... en lo bueno que era... siempre haciendo lo que él consideraba lo mejor y más sensato... sin refunfuñar jamás... siempre dispuesto a realizar las tareas más duras. Había sido una gran suerte que Tom y las niñas tuvieran a Andy que les ayudara.

Andy despertó a Tom de madrugada y le dijo que montase la guardia.



—El viento sigue bien —le anunció—. Vigila, Tom. ¿Puedes ver la estrella del norte, verdad? Yo tengo tanto sueño que no puedo tenerme en pie.

Andy se ató, quedando dormido en cuanto su cabeza tocó la manta que le hacía las veces de almohada. Tom se sentó para ver amanecer. Era un espectáculo maravilloso. Primero el cielo se tornó de plata así como el mar. Pronto un resplandor rosado llegó por el este, y fue tornándose de oro. El mar resplandecía y brillaba como si también fuese de oro.

Tom deseaba poder despertar a Andy para que contemplase aquel magnífico espectáculo. No se veía más que mar y cielo, todo resplandeciente de colores. Pero Andy necesitaba descansar y Tom estuvo haciendo su turno de guardia, sobrecogido por la extraña belleza que le rodeaba.

Al cabo de un rato Tom tuvo apetito. Revolvió en la caja de los comestibles para ver qué había. Le apetecía comer jamón o lengua. Cogió una lata de lengua, que una vez abierta olía deliciosamente.

Andy despertó al cabo de un rato compartiendo el desayuno con Tom. Abrieron una lata de piña. El jugo era muy agradable. Llenaron la lata de agua e hicieron una especie de bebida de piña para tomar durante el día.

Andy olfateó el aire, mirando el cielo.

—Va a cambiar el viento —dijo—. Espero que no nos aporte de nuestra ruta. ¡Íbamos tan bien!

El mar estaba más movido, y ahora las olas barrían la cubierta casi cada minuto. Sólo permaneciendo sentados encima de la caja podían mantenerse secos, de cintura para arriba. Un par de veces la balsa se inclinó peligrosamente y Tom tuvo que agarrarse al mástil para evitar que volcase.

—¡Maldición! —exclamó Tom—. ¿Por qué se moverá tanto el mar? Es buena cosa que ambos seamos buenos marineros, o íbamos a marearnos de lo lindo.

Andy miraba el cielo, preocupado.

—Me temo que va a cambiar el viento —dijo—. En ese caso nos apartará de nuestra ruta. El mar se está enfureciendo mucho, Tom. Creo que será mejor que los dos nos atemos al mástil. No quisiera que ninguno de los dos cayera al mar... y una ola grande puede barrernos con facilidad.

De manera que se ataron al mástil y luego observaron las nubes, preguntándose si bajarían... o volcarían hacia otra parte.

## Capítulo XXIII

### Una maravillosa sorpresa

¡Pobre Tom y pobre Andy! El viento cambió y estuvo soplando con mucha fuerza en dirección contraria. Andy tuvo que recoger la vela a toda prisa.

—¡No quiero que el viento nos devuelva a la isla! —dijo—. Debemos flotar sin ninguna vela y esperar lo mejor. Cuando el viento vuelva a cambiar volveremos a desplegarla.

—Quisiera saber si el enemigo ha descubierto ya nuestra escapatoria —comentó Tom—. Si saben que nos hemos ido pueden enviar un avión a buscarnos. Sabrán que vamos en una balsa.

—Bueno, estoy seguro de que las niñas no nos descubrirán —repuso Andy—. Pero es fácil que el enemigo adivine que hemos construido una balsa, si registran la isla y no nos encuentran... y puede que envíen un par de aviones a buscarnos. Ahora estamos lejos de la isla... pero a un avión le será fácil alcanzarnos.

—Espero que no ocurra así —dijo Tom—. ¿Verdad que es odioso este viento? ¡Y no para! Está malgastando todo nuestro tiempo.

El viento era frío. El sol se había ocultado detrás de las nubes y grandes olas rompían junto a la balsa con aspecto verdaderamente maligno.

—Casi parece que quisieran arrastrarnos —dijo Tom, asegurando la cuerda con que estaba atado. Se estremeció. No había refugio alguno en la balsa abierta, ni ningún medio de calentarse o secarse cuando el sol desaparecía.

—Haz movimientos gimnásticos con los brazos, Tom —le aconsejó Andy—. ¡Eso te calentará un poco!

Los niños comenzaron a mover los brazos y a darse palmadas. Las olas pasaban corriendo y la balsa corría también... pero no en la dirección debida, de eso Tom estaba seguro.

Y luego, al caer la tarde, el viento volvió a cesar y a brillar el sol. ¡Qué alivio! Los niños se secaron reaccionando en seguida. Andy volvió a izar la vela.

—Esta noche habrá viento propicio —dijo—. Y estaremos preparados.

Y cierto, en cuanto el sol se ocultó por el cielo del oeste, el viento comenzó a soplar de nuevo... y esta vez hacia el cuadrante preciso. Andy estaba encantado.

La vela se hinchó y la pequeña balsa corría veloz.

—Creo que el viento nos ayudará ahora —dijo Andy, complacido—. Si se mantiene así durante un par de días podemos llegar a casa... o por lo menos ver algún barco a quien hacer señales.

El viento se fue haciendo más fuerte a medida que avanzaba la tarde. El sol iba a

ocultarse por la línea del horizonte cuando Andy se incorporó alarmado.

—¿No oyes un ruido? —le preguntó a Tom.

—Muchos —repuso Tom—. ¡El viento, el de las olas y el de la vela!

—No... no es esa clase de ruido —dijo Andy—. ¡Un ruido como el de... un avión!

El corazón de Tom casi cesó de latir. ¡Seguro que su escapatoria había sido descubierta ya! Se sentó a escuchar.

—Sí... hay un avión por alguna parte —exclamó Andy—. ¡Maldición! Si nos está buscando es seguro que nos encuentra. Ahora que todo marchaba bien y el viento volvía a ayudarnos...

Tom se puso pálido y estuvo escudriñando el cielo, ansiosamente. Los dos niños pudieron oír el rumor de los motores con toda claridad.

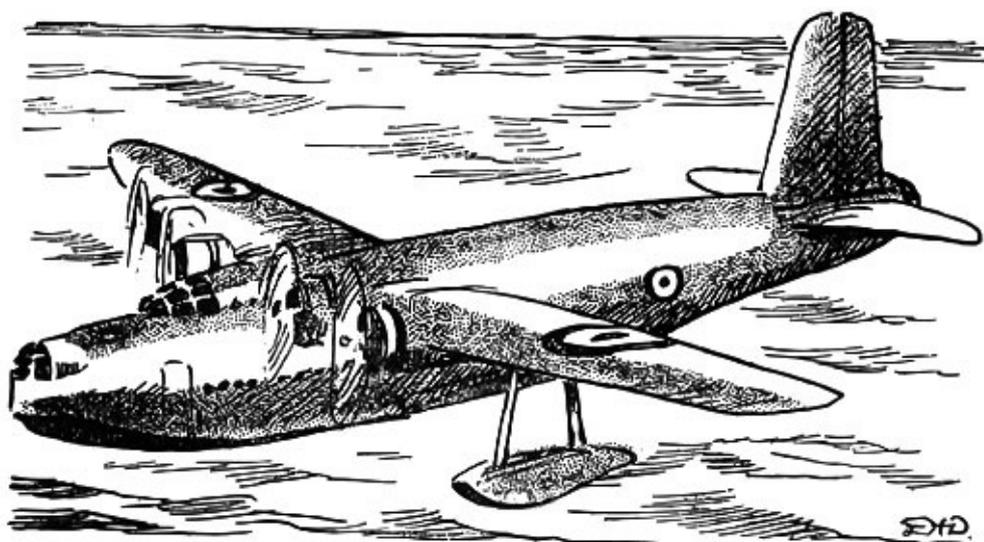
Y entonces apareció el hidroplano volando bastante bajo y muy despacio. Era evidente que andaba buscando algo.

—¿Podemos hacer algo, Andy? —preguntó Tom.

—Será mejor que nos metamos en el agua y nos agarremos a la balsa, y esperemos que los del avión crean que está vacía —repuso Andy—. Sólo asomaremos nuestras cabezas junto a la balsa... y puede que no las vean. ¡Vamos, de prisa!

Los niños se sumergieron a un lado de la balsa dejando ver solamente sus manos y sus cabezas. Aguardaron ansiosamente.

El gran avión llegó zumbando sobre ellos, muy cerca del agua. Había visto la balsa y descendía para examinarla más de cerca. ¡Cómo desearon los niños que la balsa pareciera vacía y el avión se alejara!



El avión pasó por encima de la balsa. Luego dio la vuelta para sobrevolarla de nuevo. Volvió a dar otra vuelta y los niños esperaban que ya se fuera, pero una vez más pasó por encima de la balsa... y luego, ante la desesperación de los niños, patinó

sobre el agua, amerizando no muy lejos de ellos.

—Es inútil, Tom. Nos han descubierto —dijo Andy—. Ya podemos volver a subir a la balsa. Mira... están sacando un bote.

Los niños se subieron a la balsa muy decepcionados. Y entonces Tom lanzó un grito tan tremendo que Andy casi se cae por la borda, del susto.

—¡Andy! ¡Andy! ¡Mira la insignia del avión! ¡Es inglés! «¡Es inglés!»

Andy miró... y desde luego que era la marca bien conocida que llevan todos los aparatos británicos. Y entonces, qué cambio se verificó en los niños. En vez de permanecer sentados, tristes y furiosos, se pusieron a saltar y a bailar como locos en la balsa. Gritaban, manoseaban, brincaban... Y como os podéis imaginar, Tom perdió el equilibrio y se cayó al agua.

Andy le ayudó a subir.

—¡Oh, Andy, es un avión británico... no es enemigo! ¡Cielos! ¡Imagínate si pasa de largo sin examinar la balsa!

Y entonces Tom volvió a enloquecer, gritando de alegría.

El bote del avión se había ido acercando. En él iban dos hombres que gritaron a los niños:

—¡Eh! ¿De dónde sois?

—¡Eo! —gritó Andy—. ¡Eo! —estaba demasiado excitado para gritar nada más.

El bote se arrimó a la balsa para recoger a los dos niños.

—Vaya, si sólo son un par de niños —dijo uno de los hombres—. Supusimos que erais náufragos de algún barco o avión. ¿Cómo llegasteis aquí?

—Es algo largo de contar —repuso Andy—. Creo que lo mejor será contarlo a su jefe, si no les importa.

—De acuerdo. El comandante está en el avión —dijo el primer hombre. Remaron hasta el hidroavión y dejaron la pequeña balsa flotando sola en el océano. Tom tuvo pena. Le había cogido cariño. ¡También lamentaba que se desperdiciase tanta comida!

El bote llegó junto al enorme aparato. Los niños subieron a él y un hombre de rostro grave salió a recibirles.

Y entonces Andy tuvo un segundo sobresalto porque Tom volvió a lanzar un grito que le asustó.

—«¡Papá!» ¡Oh, «papá!»! ¡Eres «tú!»!

El hombre de rostro grave miraba a Tom como si no pudiese dar crédito a sus ojos. Luego le cogió en brazos y le dio un abrazo tan fuerte que Tom sintió como si le fueran a romper los huesos.

—¡Tom! Os hemos estado buscando desde que supimos que os habíais marchado en aquel pequeño bote que no regresó —le dijo—. ¿Dónde están las niñas...? ¡De prisa, cuéntame!

—Están a salvo —repuso Tom—. Las dejamos en la isla. Están seguras. Oh,

papá... es demasiado bueno para ser verdad. Papá, éste es Andy. Ha sido un buen compañero. Jamás hubiéramos escapado a no ser por él.

—¿Qué quiere decir... «escapado»? —exclamó el padre de Tom con sorpresa—. ¿Escapado de qué?

—Tenemos un gran secreto que contarte —le dijo Tom—. Hemos descubierto algo muy extraño. Cuéntaselo, Andy.

—Verá, señor —comenzó Andy—. Fuimos arrojados contra la costa de unas islas desoladas donde nadie vive ahora. El enemigo las está utilizando para sus submarinos e hidroaviones. Hay cuevas llenas de víveres... y debe haber también almacén de combustible.

—¡Qué! —gritó el padre de Tom, y llama uno de sus hombres para que escuchara el relato de Andy. El muchacho se explicó bien.

—Y ahora escapábamos en la balsa que habíamos construido cuando les vimos —terminó Andy—. Nos bajamos de la balsa para ocultarnos... pero ustedes debieron vernos.

—No os vimos —replicó el padre de Tom—. Pero nos intrigaba la balsa vacía y bajamos para examinarla. ¡Qué poco imaginaba que ibais en ella Andy y tú! Este hidroavión y dos más han estado recorriendo estos mares para buscar el velero en que os marchasteis. Teníamos miedo de que fuerais a la deriva en él, medio muertos de inanición. Tu pobre madre ha estado preocupadísima.

—Oh, pobrecilla. Ya me lo temía —replicó Tom—. Pero no importa... estamos a salvo, papá... ¡por lo menos, «espero» que las niñas lo estén también!

—Lo estarán bien pronto —repuso el padre del niño en tono firme—. Iremos a rescatarlas... y a limpiar de submarinos y aviones esas islas. ¡Qué inteligente ha sido el enemigo al tener una base en nuestras propias narices... pero no va a durarle mucho ahora! ¡Habéis hecho algo maravilloso, Tom y Andy!

—Espero que mi padre no se enfade mucho conmigo por haber perdido su barco —dijo Andy—. Aunque ahora tal vez podamos recuperarlo quitándoselo al enemigo.

—Tu padre no se enfadará contigo cuando te vea sano y salvo y sepa lo que acabas de contarme —repuso el padre de Tom—. Sentaos ahora... vamos a despegar.

—¿Volveremos a la isla a rescatar a las niñas? —preguntó Tom, pero su padre meneó la cabeza.

—No —dijo—. Me temo que tendrán que esperar hasta que yo comunique la noticia. Telegrafiaré a casa para decir que estáis a salvo, y que tenemos grandes



noticias... pero nada más. Esto es demasiado importante para contarlo a nadie que no sea la superioridad.

Con gran estrépito de motores el hidroavión se deslizó sobre el agua y luego se elevó graciosamente en el aire. Se dirigió hacia el sur y los niños contemplaron el mar, que ahora quedaba debajo.

—¡Vaya, qué suerte que nos hayan recogido! —exclamó Andy—. ¡Y oh, Tom... qué susto va a llevarse el enemigo!

## Capítulo XXIV

### Lo que les ocurrió a las niñas

Las dos niñas se sintieron muy solas y abandonadas al irse los niños en la balsa. Subieron rápidamente al acantilado para poder verles hasta el último momento.

Estuvieron agitando las manos hasta que la balsa no fue más que un puntito en el mar. Luego la perdieron de vista. Se habían ido.

—Espero que Tom y Andy lleguen sanos y salvos a casa —dijo Jill cuando bajaban del acantilado para volver a la playa—. Sería espantoso que se perdieran en el mar.

—¡No digas esas cosas! —exclamó Mary—. Pensemos en algo alegre. Vamos a comer algo.

Pero ninguna de las dos tenía apetito, y no cesaron de pensar en los dos valientes muchachos solos en la pequeña balsa.

—Espero que hoy no venga nadie a la isla —observó Mary—. No me siento con ánimos para representar ninguna comedia.

Aquel día no fue nadie, y las niñas estuvieron completamente solas. Se bañaron en el mar, se secaron al sol, y luego se volvieron a bañar. ¡En realidad no había más que hacer!

Echaban mucho de menos a los niños, y cuando llegó la noche incluso se sintieron algo asustadas.

—¡Ánimo! —dijo Jill al ver la cara larga de Mary—. ¡Estaremos bien las dos en la tienda! El enemigo ignora que los niños se han ido... y eso es lo importante. Yo diría que ahora ya están bastante seguros... ha estado soplando buen viento todo el día y ya deben estar muy lejos.

Las niñas encendieron la estufa y al llegar la noche la pusieron ante la entrada de la tienda. Les gustaba ver aquella pequeña luz. Hirvieron agua y sentadas en la tienda estuvieron bebiendo cacao caliente mientras las estrellas iban apareciendo en el cielo.

Cuando iban ya a acostarse, oyeron el ruido de un avión sobre sus cabezas. Pasó dos veces sobre la isla y luego se alejó.

¡Y luego, cosa de una hora más tarde, las niñas oyeron el ruido de una lancha motora! Se detuvo en la playa de la cala y oyeron voces masculinas.

—¡Cielo santo! —exclamó Jill, incorporándose alarmada—. ¿A qué vendrán a estas horas de la noche? ¡Pronto verán que los niños no están aquí! De prisa, Mary levántate. Saldremos de la tienda y nos meteremos en el bosquecillo. Tal vez podamos simular que hemos estado paseando por la isla, y así pensarán que los niños también están andando por ahí.

Las niñas abandonaron la tienda y corrieron a los matorrales que había en el centro de la isla. Los hombres dejaron su lancha en la playa y dos de ellos fueron a la tienda.

Alzaron la puerta de la tienda e iluminaron su interior con una linterna. ¡Claro, no había nadie! Uno de los hombres gritó:

—¡Eh, niños! ¿Dónde estáis?

—¡Aquí! —respondió Jill, dando un codazo a Mary—. Ahora grita tú también —le susurró—. Luego volveré a gritar yo, y pensarán que estamos todos aquí.

—¡Aquí estamos! —gritó Mary con valentía, aunque el corazón le latía con fuerza.

—¡En los matorrales! —gritó Jill.

—Venid aquí —les ordenó el hombre que era el que sabía hablar inglés.

—Tendremos que ir —dijo Jill—. Ahora no descubras a los niños, Mary. Finge que están por alguna parte.

Las niñas se dirigieron hacia los hombres, que las iluminaron.

—¿Dónde están los dos muchachos? —quiso saber el hombre.

—¿No les ha visto? —preguntó Jill—. Deben estar por alguna parte. Puede que estén en la tienda. ¿Han mirado ya?

—Sí —replicó el hombre—. Ahora escuchadme... ¿qué significa el haber encendido la estufa aquí fuera? ¿Es que tratáis de hacer señales a alguien?

—¡Dios santo! ¡Naturalmente que no! —exclamó Jill—. Sólo preparamos cacao caliente. Mire... ahí están las tazas sucias.

Deseo no haberlo dicho cuando el hombre miró las tazas... porque vio en seguida que sólo había dos. Miró a Jill con recelo.

—¿Por qué no han tomado cacao los niños? —preguntó.

—No estaban aquí cuando lo hicimos —repuso Jill—. ¿Por qué no van a buscarles?

El hombre apagó la estufa.

—No os atreváis a encender fuego por la noche —les dijo—. ¡Si creo que estáis haciendo señales a alguien lo sentiréis!

—¿A quién podríamos hacer señales? —preguntó Jill—. ¡Ni siquiera sabemos dónde estamos!

El hombre no le hizo caso, y se puso a gritar:

—¡Muchachos! ¡Venid aquí en seguida!

No hubo respuesta, naturalmente... no podía haberla, ya que los niños se hallaban en el mar a varios kilómetros de distancia.

—Mañana vendré a decir a esos niños que cuando les llamo deben contestar —dijo el hombre, enojado—. Ahora me marcho... pero mañana volveré. Decidles que mañana han de estar aquí, junto a la tienda.

Jill y Mary no dijeron nada. No podían decírselo a los niños... y se preguntaban qué ocurriría cuando aquellos hombres descubrieran que no estaban en la isla.

Los hombres se marcharon en su lancha.

—¡Qué lástima que encendiéramos la estufa! —dijo Jill—. Supongo que ese avión debió ver la luz y dio parte... y pensaron que estábamos haciendo señales a alguien. ¡Qué inteligentes nos consideran! ¡Aunque ojalá «pudiésemos» hacer señales a alguien!

Ninguna de las dos podía imaginar lo que harían aquellos hombres cuando fuesen a buscar a los niños al día siguiente y vieran que habían desaparecido. Se acurrucaron juntas, tratando de dormir. Se despertaron temprano y comieron algo. Luego se pusieron a esperar a los hombres.

No había otra cosa que hacer..., era inútil tratar de esconderse. Sólo cabía fingir que ignoraban el paradero de los niños.

La motora no llegó hasta mediodía. Entonces dos hombres fueron a la tienda, y el que sabía hablar inglés miró a las dos niñas.

—¿Y los muchachos? —dijo—. ¿Por qué no están aquí?

—No lo sé —repuso Jill, tratando de hablar con valentía.

—¿Dónde están? —preguntó el hombre, furioso.

—No lo sé —replicó Jill, sin faltar a la verdad.

—¡No lo sabes! ¡No lo sabes! —exclamó el hombre con disgusto—. Es hora de que lo sepas. ¿Están en la isla?

—¿Por qué no va a verlo? —preguntó Jill—. Estoy segura de que no cree lo que le digo..., de manera que será mejor que vaya a mirar.

Los hombres miraron a la animosa niña y luego fueron a inspeccionar la isla. No encontraron a nadie, naturalmente, y regresaron con aspecto preocupado.

Se hablaron de uno a otro en un idioma que las niñas no comprendían. Luego fueron a los edificios en ruinas y los examinaron cuidadosamente. ¡No tardaron mucho tiempo en darse cuenta de que los niños habían deshecho la vieja cabaña!

—¡Vaya! —dijo el primer hombre—. ¡Los niños trataron de construir un bote!

Jill y Mary menearon la cabeza. Estaban muy alarmadas.

—¿Es una balsa lo que hicieron? —preguntó el hombre—. ¿Qué? ¿No vais a decírmelo, niñas malvadas? Entonces ordenaré a mis hidroplanos que busquen a esos niños perversos y los hagan volver. Y todos vosotros quedaréis prisioneros en otra isla hasta que os llevemos a nuestro país, donde permaneceréis mucho tiempo.

Las niñas empezaron a llorar..., no porque tuvieran miedo por ellas, sino porque no querían que los aviones buscasen a Tom y Andy.

Los hombres hablaron rápidamente entre ellos. Era evidente que deseaban regresar a la tercera isla y contar a su jefe lo ocurrido.

—Mañana vendremos por vosotras —dijo el primer hombre—. Y puede que

entonces ya hayamos cogido a esos dos rebeldes. ¡Recibirán su bien ganado castigo, podéis estar seguras!

Se marcharon en su lancha, dejando atrás a dos niñas infelices.

—¡Oh, espero que no cojan a Tom y a Andy! —sollozaba Mary—. ¡Qué mala suerte! Ahora recorrerán todo el mar hasta encontrarles. Y mañana vendrán a buscarnos y se nos llevarán.

—¡Bueno, pues a «mí» no se me llevarán! —exclamó Jill, secándose los ojos con fiereza—. ¡Tendrán que buscarme! Me iré a la segunda isla y haré que me busquen por toda la primera sin encontrarme. ¡Eso les daré un buen susto! ¡Me esconderé en la cueva donde almacenan los alimentos!

—¡Y yo también! —replicó Mary, enjugándose también los ojos—. ¡Aguardaremos a que baje la marea y luego iremos por encima de las rocas!

De manera que cuando la marea bajó aquel día, las dos niñas recorrieron a toda prisa la línea de rocas que unía una isla con la otra, y llegaron a la playa arenosa. No lejos de allí estaba la entrada de la cueva que conducía a la «Cueva Redonda».

—Nadie nos ha visto —dijo Mary mientras corrían hacia la cueva—. Nos esconderemos aquí y el enemigo pensará que también hemos escapado de la isla. Tal vez estén tan ocupados buscándonos, que puede que se olviden de los niños.

—No creo que se olviden de Andy y Tom —repuso Jill, caminando por el pasillo en dirección a la «Cueva Redonda»—. Estoy segura de que ya les están buscando los hidroaviones. He oído despegar en la isla a dos o tres. Mira, Mary..., este cofre está vacío. Soquemos las latas y cosas que quedan en su interior y metámonos dentro. Si oímos venir a alguien, cerraremos la tapa.

Las dos niñas prepararon el arcón y luego se entretuvieron buscando la abertura del túnel que conducía desde la cueva al acantilado de la parte de arriba, pero no pudieron encontrarla.

—Me pregunto si ya es de noche —dijo Mary, puesto que era imposible saberlo en aquella oscura cueva. Las niñas llevaban la linterna de Andy, dado que en la cueva no entraba la luz del día. Se arrastraron hasta la cueva de la playa para ver. Sí..., fuera estaba oscureciendo. Pronto caería la noche.

—Voto porque hagamos una especie de cama blanda con la arena del suelo —propuso Jill—. Podemos cubrimos con esos sacos vacíos. ¡Y por la mañana nos asomaremos a ver si vemos algo!

De manera que se prepararon las camas de arena y se cubrieron con los sacos. Se quedaron profundamente dormidas y no despertaron hasta la mañana.

¡Y entonces, cuando se asomaron a la cueva de la playa, tuvieron una gran sorpresa! Amerizando graciosamente sobre las mansas aguas, había un hidroplano enorme que runroneaba como una gran avispa zumbadora.

—¡Viene a por nosotros! —gritó Mary asustada, y las dos niñas volvieron a

refugiarse corriendo en la «Cueva Redonda».



## Capítulo XXV

### El regreso a las islas

Si las niñas se hubieran detenido a observar con atención aquel aparato, hubieran visto que ostentaba el emblema de «su» país. ¡Era el mismo hidroplano que había rescatado a Tom y Andy! Sabía volado hasta el cuartel general, para dar parte y entregar la cámara fotográfica de Tom. En cuanto las fotografías fueron reveladas y aparecieron en ellas el hidroavión y los submarinos con toda claridad, hubo gran excitación.

Tom y Andy fueron interrogados a fondo. Ellos explicaron su historia bien y con claridad y los hombres que les escuchaban quedaron sorprendidos ante las aventuras que habían vivido los cuatro pequeños.



—Bueno, habéis descubierto un secreto asombroso —dijo uno de los hombres que estaba escuchando—. ¡Nos sentimos orgullosos de vosotros! Ahora podremos dar una verdadera sorpresa a nuestro enemigo y limpiar esta zona de los submarinos y aviones que han estado molestando a nuestros barcos durante algún tiempo. ¡Ignorábamos que la base estuviese tan cerca! ¡No es de extrañar que haya podido causar tanto daño!

—¡Por favor, señor!, ¿y mis hermanas? —preguntó Tom, nervioso—. ¿Las sacarán de allí antes de hacer nada?

Los hombres rieron de buena gana.

—¡Naturalmente! —dijo uno—. Ése será nuestro primer trabajo. ¿No irás a suponer que vamos a olvidar a esas dos valientes niñas, verdad? Oh, no..., enviaremos el hidroplano de tu padre para rescatarlas... y después..., ¡ajá! ¡Una gran sorpresa va a llegar a esas islas!

Los niños sonrieron.

—¿Podemos ver nosotros esa sorpresa, señor? —preguntó Andy.

—No —repuso el hombre—. Será demasiado ruidosa —y volviéndose al padre de Tom le dio unas órdenes rápidamente.

—Vamos —dijo su padre—. Andy y tú debéis venir conmigo a las islas para que me digáis sin dilación dónde están las niñas. Tenemos que sacarlas de allí antes de atacar al enemigo... y me gustaría hacerlo lo más rápidamente posible antes de que nadie sepa que hemos descubierto su secreto.

Los niños estaban emocionados. ¡Volver otra vez a las islas en aquel hidroavión maravilloso! ¡Y rescatar a las niñas en las mismas narices del enemigo! ¡Qué divertido!

Todos subieron a bordo del gran aparato. Fueron hasta él en su bote subieron por la escalerilla que había a un lado y entraron en el avión. Tras unas breves órdenes los grandes motores se pusieron en marcha.

¡R-r-r-r-r! ¡R-r-r-r-r! ¡R-r-r-r-r-r-r-r! El hidroplano se deslizó sobre el agua unos instantes y luego se elevó por el aire con la gracia de una gaviota. Tomó altura, viró en redondo, y luego marchó en línea recta hacia las lejanas islas.

Los niños temblaron de excitación y alegría. Habían corrido muchas aventuras, pero esta última, la de rescatar a las niñas, era la mejor de todas. Contemplaron el mar, aguardando la primera vista de las islas que ahora conocían tan bien.

—En cuanto divisemos las islas, hemos de tener cuidado —dijo el padre de Tom—. ¡No queremos prevenir al enemigo si podemos evitarlo! Dices que hay un buen lugar para amerizar delante de la playa de la segunda isla, Andy. Bien, debes guiarnos cuando las islas aparezcan ante nuestra vista, y nos posaremos sobre el agua. Entonces tú y Tom, con un par de hombres, podéis ir a la primera isla y traer a las niñas. Luego nos ¡remos otra vez y daremos la señal a los barcos de guerra para que vayan a sorprender al enemigo!

—¡Barcos de guerra! —exclamaron los niños—. ¡Caramba! ¡Qué sorpresa para el enemigo!

—Es una sorpresa que se merecen —replicó el padre de Tom en tono grave—. Vamos a enviar tres barcos de guerra y algunos aviones para acabar con esos submarinos e hidroplanos. De manera, que nos interesa sacar a las niñas de ahí lo más

rápidamente posible.

—¡Oh, cielos, cómo me gustaría presenciar la lucha! —exclamó Andy—. Oh, ¿no podría ir yo, señor?

—No —respondió el padre de Tom, pero sonrió al ver la ansiedad del niño, dándole una palmada en la espalda—. Eres un buen chico, Andy —le dijo—. ¡Y me alegra de que mis tres pequeños tuvieran tu ayuda en sus emocionantes aventuras!

Andy se puso rojo de placer. Pensaba que el padre de Tom era un hombre magnífico vestido con su bonito uniforme. Se preguntaba qué diría su propio padre cuando conociera todas sus aventuras... y en su fuero interno sentía cierto recelo, ya que su padre habría de enterarse de que su barco pesquero se había perdido.

Los niños escudriñaron el mar... y en cuanto aparecieron las islas, ambos gritaron de viva voz:

—¡Ésas son!

—¡Las islas, las islas!

—¿En cuál de ellas están las niñas? —preguntó el padre de Tom con ansiedad.

Tom se lo indicó.

—La primera —le dijo—. Y en la siguiente está la cueva donde almacenan los comestibles, y la tercera es donde están los submarinos. No sabemos nada más de las otras. No las hemos explorado.

—Bueno, «nosotros» lo haremos —dijo el padre de Tom en tono grave—. Ahora, Tom, estamos casi sobre la costa de la segunda isla... ¿Es ésa el agua mansa donde podemos amerizar, ahí abajo?

—¡Sí! —exclamaron los niños cuando vieron el brazo de mar que se extendía entre el arrecife y la playa de la cueva. El avión describió un círculo, descendiendo graciosamente. Patinó un poco sobre el agua, como una golondrina, y por fin se detuvo y quedó flotando sobre el agua.

—La marea está demasiado alta y cubre las rocas que conducen a la primera isla —observó Tom, contrariado—. No podemos ir a rescatar a las niñas todavía.

—Entonces, iremos en el bote —dijo su padre—. ¿Ésas son las cuevas donde te escondiste, Tom?

—Sí..., ésa de ahí es la que conduce a la cueva de los víveres —repuso Tom—. ¿Quieres verla, papá? Tal vez encuentres algo de importancia.

—Sí, podemos echarle un vistazo —dijo el padre del niño.

De manera que del avión partió un bote en el que iban los dos niños, el padre de Tom y dos hombres. Desembarcaron en la playa y fueron en dirección a la cueva.

Las niñas se habían escondido dentro del arcén al oír pasos por el pasillo que conducía desde la cueva de la playa a la «Cueva Redonda». Estaban temblando y preguntándose cuándo las descubrirían.

Tom condujo a su padre al interior de la cueva.

—¡Mira! —le dijo—. ¿Ves todas estas cajas y arcones, papá? Están completamente llenos de víveres de todas clases. Te aseguro que nos vinieron de perilla cuando estábamos tan hambrientos. Al principio hice una lista de todo lo que cogíamos, pensando en pagarlo cuando encontrásemos al propietario, pero...

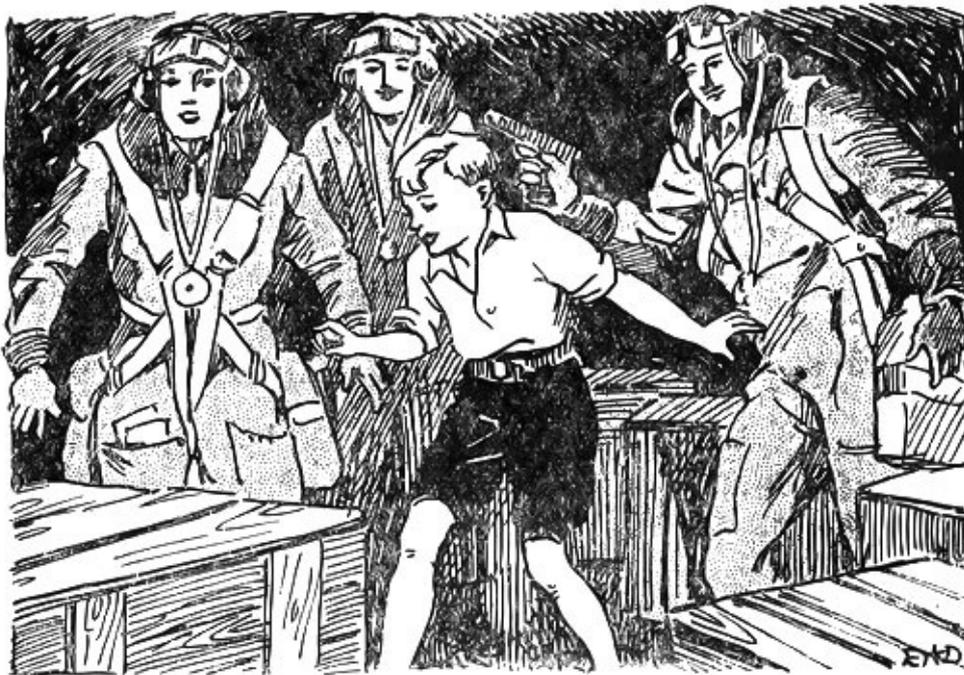
Tom se interrumpió. Se oía un ruido extraño en un gran arcón cercano. Lo miró con sorpresa.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó el padre de Tom en seguida.

—No lo sé —dijo Tom—. ¡Escucha!

¡Eran las niñas, que estaban dentro del arcón, naturalmente! Habían oído la voz de Tom y estaban locas de alegría y excitación..., pero no podían levantar la tapa que habían dejado caer sobre ellas con tanto cuidado. Se había cerrado tan firmemente que no podían alzarla y las dos niñas gritaban y golpeaban la tapa del arcón para hacerse oír.

—Hay algo dentro de ese arcón —dijo Tom, con voz temblorosa—. ¿Nos estará gastando una broma el enemigo?



—Pronto lo veremos —dijo el padre de Tom en tono fiero, y dio una orden a los dos hombres que le acompañaban, y se dirigieron al arcón. Alzaron la tapa... y todos se dispusieron a hacer frente al enemigo.

Pero fueron dos niñas pequeñas, excitadas y desaliñadas las que salieron del arcón gritando con fuerza:

—¡Tom! ¡Andy! ¡Somos nosotras! ¡Nos escondimos aquí porque pensamos que erais el enemigo!

Su padre las ayudó a salir del arcón para abrazarlas. ¡Estaban tan sorprendidas como él! ¡No podían dar crédito a sus ojos!

—¡Papá! ¡Eres tú! ¿Cómo has llegado aquí? ¡Oh, Tom! ¡Andy! Habéis llegado a tiempo para rescatarnos. ¡Oh, qué suerte que vinierais a esta cueva!

—¿Por qué estáis aquí? —preguntaron los niños.

Jill y Mary contaron lo ocurrido atropelladamente. Cuando su padre supo que el enemigo se figuraba que los niños se habían ido en una balsa, se apresuró a hacerles salir de la cueva.

—Regresaremos a nuestro avión —dijo—. Vamos a vernos en un aprieto si el enemigo nos ve aquí. Si realmente creen que los niños se han escapado para contar su secreto nos estarán esperando..., aunque no tan pronto. ¡Vamos!

Volvieron todos al hidroavión. Las niñas se emocionaron al verse en su interior, e incluso más todavía cuando se elevó en el aire dejando el mar debajo.

—Adiós, pequeñas islas —dijo Jill, viendo cómo se iban haciendo cada vez más pequeñas a medida que el avión se alejaba—. Hemos corrido muchas aventuras ahí..., pero de todas formas me alegro mucho de abandonaros.

Los niños miraban hacia abajo mientras el avión volaba a toda marcha. De pronto Tom lanzó un grito:

—¡Barcos de guerra! ¡Mirad! ¡Van a toda marcha! ¿Se dirigen a las islas?

—Sí —repuso su padre—. ¡Pronto va a haber mucho ruido en esas islas! ¡Y mirad..., ahí están también los aviones que van a ayudar a los barcos!

Una escuadrilla de aviones voló cerca del hidroavión. Los niños estaban tremendamente excitados. ¡Qué lástima tenerse que marchar antes de que empezara la diversión!

—Y ahora, a casa con vuestra madre —dijo el padre de los niños—, y Andy con su padre. Los dos se alegrarán mucho de veros otra vez.

—¿Pero qué dirá mi padre por su bote desaparecido? —se preguntó el pobre Andy—. ¿Qué «va» a decir?

## Capítulo XXVI

### El final de las aventuras

El hidroavión voló sobre el agua, y por fin llegó a las playas del pequeño pueblecito pesquero donde vivía Andy, y pasaban temporadas los otros tres niños. Amerizó descansando sobre el mar con sus grandes alas desplegadas.

La pequeña playa pronto se vio llena de gente..., pescadores con sus esposas, niños, veraneantes..., todos gritando y vitoreando. ¡Se había esparcido la noticia de que los cuatro niños desaparecidos habían sido encontrados!

Enviaron un bote para recoger a los niños. ¡El que remaba era el padre de Andy! ¡Cómo gritaba al verle!

—¡Papá! ¡Hemos vuelto!

El hombre de la barca que iba en el bote sonrió, saludando con la mano. Había estado terriblemente inquieto por Andy y los niños... y ahora su corazón rebosaba de alegría. ¡Estaban a salvo!

Los niños se agolparon en el bote, hablando todos a un tiempo. El padre de Andy dio una palmada en el hombro de su hijo y le sonrió mirándole con sus ojos tan azules como los de Andy. Ninguno de los dos habló mucho, pero se estrecharon las manos con alegría. El padre de Tom fue con ellos. Tenía dos días de permiso e iba a pasarlos con su mujer y sus hijos.

La gente, en la playa, seguía vitoreando. El pequeño bote fue arrastrado playa arriba por la gente solícita. Todos deseaban estrecharles las manos y decirles lo contentos que estaban al ver regresados a los niños. ¡Y entonces los niños vieron a su madre! Corrieron hacia ella, abrazándola como osos, chillando y riendo.

—Vamos, vamos, que a mí también me toca algo —dijo su padre, sonriendo, y toda la familia unida subió por la playa. Andy fue con su padre. Como no tenía madre, le quería el doble.

¡Cuánto charlaron aquella noche! Antes que nada, su madre les hizo quitarse sus ropas sucias y tomar un buen baño.

—¡No os conozco cuando estáis tan sucios! —les dijo—. ¡Poneos ropa limpia, por amor de Dios!

Pronto estuvieron aseados y con otra ropa. Era agradable sentirse limpios y frescos otra vez. Rodearon a su madre tratando de contarle todas sus aventuras en seguida.

—Andy estuvo maravilloso —dijo Tom—. Jamás hubiésemos podido hacer lo que hicimos de no haber sido por él. Las niñas también fueron muy valientes..., estoy orgulloso de ellas.

—Y el bueno de Tom tampoco estuvo mal..., excepto que dejó olvidada su precisa cámara y nos metió a todos en un buen aprieto —replicó Jill—. Fue tan valiente como el que más.

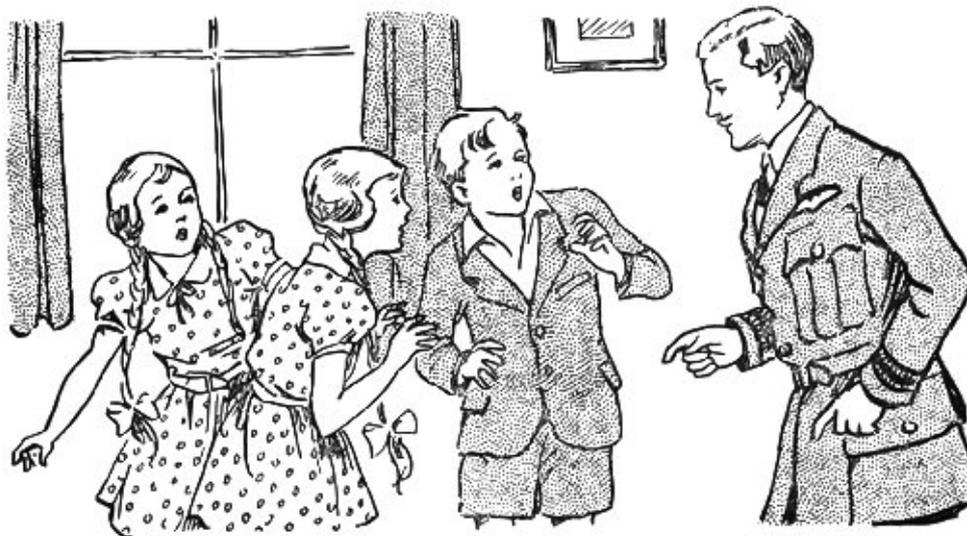
—Bueno, estoy orgulloso de todos vosotros —dijo su madre, abrazándoles—. Pero, oh..., me asusté tanto al ver que no regresabais. Mandé aviso a vuestro padre y vino en su hidroavión y os ha estado buscando durante días. No quiso darse por vencido... y ha sido una suerte que no lo hiciera porque os ha encontrado a tiempo. Ya sabes que tú y Andy jamás hubierais llegado aquí en esa pequeña balsa.

—¿De veras que no? —exclamó Tom, sorprendido—. Yo creí que sí podríamos.

—No creo que Andy pensara que había muchas esperanzas —dijo el padre del niño—, pero sabía que era vuestra única oportunidad... y además que era su deber el comunicar a alguien el gran secreto que habíais descubierto. Significa muchísimo para nuestro país el conocer el secreto de esas islas desiertas.

Cuando su padre terminó de hablar, se oyó una explosión apagada. Tom miró a su padre.

—¿Son disparos? —preguntó.



—Sí. Será el fin de esos odiosos submarinos —dijo su padre muy serio—. Ya no habrá más barcos nuestros hundidos sin el menor aviso por ese nido de submarinos. ¡Y creo que nuestros aviones alejarán a todos los hidroaviones de esas islas..., los que no sean destruidos, volarán a su país presa de pánico! ¡Nuestros pilotos no tienen rival!

Los niños guardaron silencio y escucharon retumbar las lejanas explosiones. Imaginaron las islas bajo el terrible fragor del fuego. Mary se echó a llorar.

Su padre la rodeó con su brazo.

—Sí, Mary —le dijo—, es algo por lo que hay que llorar, el pensar que hemos de luchar contra tanta maldad y perversión. Es la razón contra el error y hemos de ser fuertes y valientes cuando luchamos contra un enemigo tan malvado como el nuestro.

Pero, sécate los ojos..., ¡tú estás del lado bueno y eso es algo de lo que uno debe sentirse orgulloso!

Andy llegó corriendo a la casa.

—¡Eh! —les gritó—. ¿Oís los disparos? ¡Me imagino que están volando las islas! ¡Qué sorpresa para el enemigo!

—Andy, ¿se ha enfadado tu padre por haber perdido su bote pesquero? —le preguntó Tom, sabiendo lo mucho que Andy temía la reacción de su padre.

—No ha dicho ni una palabra al respecto —repuso Andy—. Ni una palabra. Se ha portado muy bien. Iremos a pescar con mi tío ahora, que hemos perdido nuestro propio bote. Tal vez algún día ahorremos lo bastante para volver a comprar otro.

—Yo de ti no me preocuparía de eso —exclamó el padre de Tom inesperadamente—. ¡Me parece que mañana vas a recibir una sorpresa!

—¡Oh!, ¿qué? —exclamaron todos los niños, y Andy miró al padre de Tom con extrañeza.

—Aguardad y veréis —fue su respuesta. De manera que tuvieron que esperar... ¡y al día siguiente llegó la sorpresa!

Andy lo vio primero. Estaba en la playa remendando redes y los otros niños le ayudaban. Andy alzó la cabeza por casualidad... y vio un bote pesquero que doblaba la punta del acantilado.

—¡Hola! —exclamó Andy—. ¿De quién es ese bote? ¡Nunca lo he visto! ¡Caramba, qué bonito es! ¡Mirad su vela roja!

Los niños se pusieron en pie para contemplar cómo el bote pesquero llegaba a la playa. Era realmente bonito, con su pintura fresca y su vela roja hinchada por el viento.

Cuando llegó a la playa, desembarcó un hombre. Al ver a los niños, gritó:

—¡Eh, echadme una mano!

Ellos corrieron a ayudar.

—¿De quién es este bote? —preguntó Tom.

—Tengo que encontrar a su propietario —repuso el hombre—. Es para el niño cuyo nombre lleva el bote.

Los niños miraron el nombre del bote. Allí, pintado osadamente, estaba el propio nombre de Andy... «¡Andy!»

—«¡Andy!» ¡El bote se llama «Andy»! —chilló Jill—. Oh, Andy, ¿significa eso que el bote es para ti? —Andy miró al tripulante del bote con asombro y alegría.

—¡«No puede» ser para mí! —dijo.

—Pues, si tú eres Andy, es tuyo —dijo el hombre—. Tengo entendido que es una pequeña recompensa del Gobierno de nuestro país por tus buenos servicios. ¿No has sido tú quien ha descubierto el secreto de esas islas y has perdido tu propio bote al hacerlo?

—¡Canastos! —exclamó Andy, a quien no se le ocurrió otra cosa, antes de quedarse contemplando aquel precioso bote con deleite y orgullo. Era el mejor de la bahía. Era bonito de proa a popa. ¡Jamás, jamás hubiese podido ahorrar el dinero suficiente para comprar otro igual!

Los otros tres niños estaban locos de alegría. Habían sentido tanto que Andy perdiera su bote, porque sabían que él y su padre vivían de la pesca. Y ahora Andy tenía un bote mucho mejor... y no podía reprimir su contento. Bailaron y cantaron, dando palmadas a Andy en la espalda hasta casi hacerle caer.

—Debéis compartir el bote conmigo —les dijo Andy de pronto al recuperar el habla—. ¡Nos pertenece a todos!

—Bueno, nosotros hemos de volver pronto al colegio —le dijo Tom con pesar—. Pero vendremos siempre durante las vacaciones, Andy..., entonces lo compartiremos. ¿Podemos probarlo ahora?

Mucha gente acudió a la playa para admirar el nuevo bote pesquero. El padre y el tío de Andy llegaron corriendo... ¡y al saber la noticia apenas podían creerlo!

—Se llama «Andy» —les dijo Tom con orgullo—. ¿Verdad que es bonito? Es porque Andy fue tan valiente y ha ayudado tanto a su país. Y va a compartirlo con nosotros cuando vengamos de vacaciones.

El padre de Andy subió al bote y lo estuvo examinando cuidadosamente. Sus ojos azules resplandecían de gozo.

—¡Ah, Andy, muchacho! —le dijo—. Éste es un bote digno del propio rey si le apeteciera salir a pasear. ¡Esta tarde saldremos con la marea y pescaremos juntos! ¡Y tú debes escribir al rey y a su Gobierno dándoles las gracias por este hermoso regalo! ¡Ha sido muy generoso de su parte!

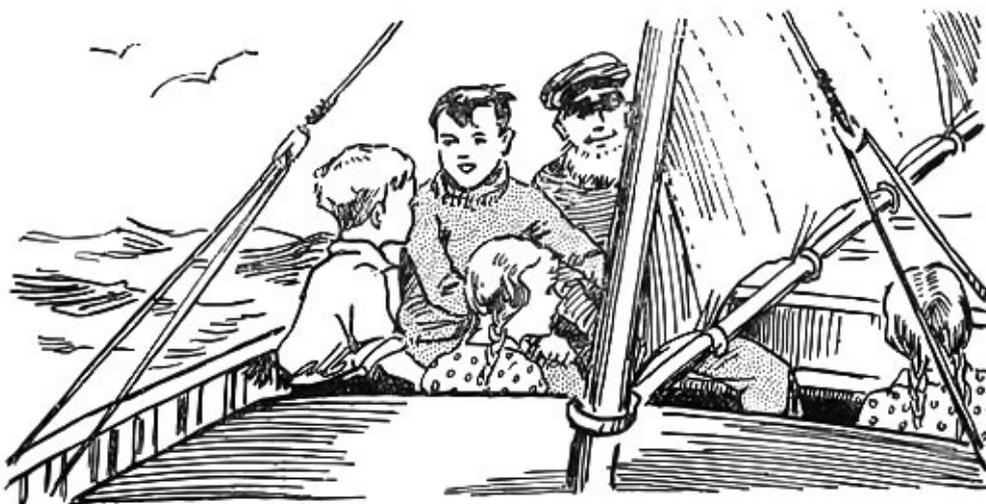
Andy no era buen escritor, así que Tom escribió la carta por él y la echó al correo. Y entonces Andy, su padre y los tres niños subieron a bordo del bote para realizar juntos el primer viaje.

La vela roja se recortaba contra el cielo mientras la henchía la brisa de la tarde. El bote se mecía graciosamente sobre el agua... y luego avanzó con la corriente. ¡El «Andy» comenzaba su primer viaje!

—¡Ahora no os perdáis en nuevas aventuras! —les gritó el padre de los niños, que había acudido a la playa—. Ahora ir sólo a pescar... y traedme algo para el desayuno. ¡Esta vez no quiero hidroaviones ni submarinos!



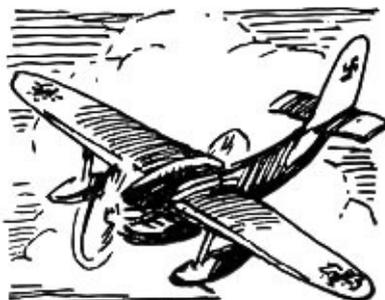
Todos rieron. La vela flameaba alegremente y el bote corría como algo vivo hacia las zonas de pesca.



—¡Es un bote hermoso y valiente! —dijo el padre de Andy.

—¡Entonces «Andy» es como su amo! —exclamó Tom—. Porque él es así. ¡Buena suerte al «Andy», tan hermoso y valiente... y buena suerte para ti, Andy!

Y ahí les dejaremos a todos, navegando en el «Andy»... y les diremos lo mismo..., buena suerte a ti, Andy, y a tu bote de vela roja. ¡Buena suerte!





ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsy, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.